



## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buene, Arlandas, Ariza Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borrajo, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Camposamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Calamaque, Dacarrete, Díaz, José María, Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguiluz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Angusto Suarez de), García Gutiérrez, Gavangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenza, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Marios, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olóaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmieron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Abril de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

## SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—España y sus colonias, por D. Manuel Becerra.—Los afrancesados, por D. J. Güell y Mercader.—La educación de la mujer, por D. Eusebio Asquerino.—Los ferro-carriles del Pirineo central, por D. P. Calvo y Martín.—La independencia de América, por D. Emilio Castelar.—El novelista y autor dramático Gustavo Freitag, por D. Juan Fastenrath.—Los bufones en Italia, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.—Poetas arábigo-almerienses, por D. Antonio M. Dumovich.—La Sociedad geográfica de Madrid y el doctor Lenz, por D. Manuel de Foronda.—La fuente del cura, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—La consulta, por don J. R. Gallinar.—Christ, por D. José Selgas.—Modus vivendi, por D. Eusebio Blasco.—El ángel de mis amores, por D. Cándido Rodriguez Pinailla.—Anuncios.

## REVISTA GENERAL.

Más que en busca de la Páscoa de Resurreccion parece que caminamos hacia el diluvio. Pero en este viaje, sino el campo lleno de flores que acaricia con su mirada el sol; si no aquellas hermosas mañanas que elijen, el amor para correr alegre y gozoso por las alamedas del Retiro, los ruiseñores para ensayar su cántico divino y los estudiantes para ganar el curso, hemos encontrado una duda científica digna de que los aficionados á la prehistoria la resuelvan ó la immortalicen. El diluvio no duró cuarenta días ó esos días fueron tan largos como aquellos seis en que Dios, de la nada, hizo este mundo de las ingratinidades y de los paraguas. De otro modo no se explica que á estas horas no se haya cumplido en nosotros un nuevo Deucalion. Las cataratas del cielo, que segun la frase bíblica, parecian abiertas cuando Noé navegaba llevando encerrado en su arca un muestrario de la creación, debe haber encontrado quien las abra otra vez. Por lo menos, es indudable que el sol nos ha retirado su amistad. ¡Qué días tan tristes! Nuestra admiracion por las grandezas de Inglaterra ha perdido mucho desde que tanta negrura en el cielo nos ha enseñado cómo los ingleses viven. Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas; nosotros seríamos capaces de venderlo todo por un rayo de sol.

Natural de Andalucía, si no miente la última cédula de vecindad que le ha proporcionado Camposamor, el sol se está portando estos días muy mal con sus paisanos. Más terrible que el fuego, que como los avaros muere de hambre, es la inundacion, y Sevilla, la hermosa capital andaluza, la de la Torre del Oro y el alcázar soberbio, está siendo víctima de una inundacion que ha llevado como un torrente el espanto y la amargura, al mismo sitio donde se habian dado cita la

belleza y la felicidad. El cuadro es desconsolador, tristísimo. Leguas de terreno convertidas en lago inmenso en cuya superficie se ven como flotando las copas de los árboles y los tejados de las casas. Esta desventura ha sido para Sevilla tan grande como lo sería para una mujer bonita verse sorprendida por terrible desmayo en el momento de adornarse con flores, para ir á un baile. La esperaban la Semana Santa, con la Procesion del Santo Entierro; las ferias con sus tibias noches de amor y de esperanzas; las corridas de toros con su loca y delirante alegría. Ahora sólo la aguarda horror y tinieblas. Y tambien un consuelo: la caridad. Si el Guadalquivir se ha sublevado contra Sevilla, ya volverá á lamer los pies de aquella gran ciudad, se ha dicho. Esta profecía se funda en que la fiera se ha rendido muchas veces. Que la profecía se cumpla; que el pensar que el domador pueda ser de la fiera, nos espanta.

En estos días no hay en Madrid elocuencia posible.

Porque al orador más ilustre se le oiría como quien oye llover.

\*\*

El telégrafo nos anunció primero, que el Consejo de Ministros de Francia trataba de adoptar medidas enérgicas con respecto á la insurreccion de las tribus fronterizas á Túnez, y más tarde que el Gobierno se presentó á las Cámaras, leyendo Mr. Ferry una declaracion en la que el Gabinete reconoce la necesidad de perseguir toda rebeldía. Las noticias que se reciben de Túnez son cada día más graves; los insurrectos, en número de 3.000, perfectamente armados, están dispuestos al ataque, y todas las tribus en esa agitacion precursora de las grandes catástrofes. En los propósitos del Gabinete de la vecina república entra, no solo el de castigar á las tribus nómadas que han invadido las sometidas al Gobierno francés, sino tambien el de emprender una verdadera guerra de conquista, para cuyo objeto está ya de acuerdo con los Gobiernos de Inglaterra é Italia. El país recibe esta guerra contra el Bey de Túnez, con toda alegría, como Inglaterra la paz con los boers.

La Gran Bretaña, revocando la anexion del Transvaal proclamada el 12 de Abril de 1877, ha destruido una justicia y una arbitrariedad. Esta solución á la guerra con los boers, satisfactoria siempre, es mucho más honrosa para Inglaterra despues de las derrotas sufridas, porque á nadie se oculta, que si en el fragor de los combates y en las sangrientas victorias hubiese querido encontrar la satisfacción de su orgullo, fácil le hubiera si-

do conseguirlo. Cuando se vea acusada de egoísta, Inglaterra podrá presentar un elocuentísimo argumento para su defensa, ya que Gibraltar depone como testigo, haga imposible la absolucion completa.

Los principales periódicos de Atenas consideran insuficientes las últimas proposiciones de la Puerta, y aconsejan al Gobierno helénico romper las hostilidades. En tanto, M. Brailas, ministro de Grecia en París, ha presentado al ministro de Estado francés una comunicacion de su Gobierno pidiendo que sea oída Grecia ántes de que las potencias fijen definitivamente las fronteras greco-turcas. Poco probable es que el Gobierno del rey Jorge pueda suscribir á las condiciones que presenta Europa, y que modifiquen tan sensiblemente las resoluciones de las conferencias de Berlín. Despues de tres meses, la Grecia se ha acostumbrado á las eventualidades de la guerra. Las Cámaras han concedido al Gobierno todo lo que ha pedido para aumentar el ejército, que hoy, equipado é instruido, asciende á 54.000 hombres.

En tales condiciones se consideraría por Grecia como una humillacion pasar por lo que se pretende, sin oír su voz. Si esta voz se atiende, posible y aún probable sería llegar á una solución pacífica. En Rusia, á la muerte alevosa ha contestado la reprobacion popular; al crimen de los nihilistas, el extravío de sus perseguidores; á las amenazas anónimas la guerra ciega. De todos los puntos de Rusia, de todas las ciudades del imperio llegan á San Petersburgo despachos expresando el dolor causado por la muerte de Alejandro II. La sociedad rusa ha comprendido que tiene que luchar, que si la reforma política es una necesidad, las conspiraciones del nihilismo pueden llevarla á una anarquía espantosa, y ante este peligro se ha puesto en guardia. Falta hace que Alejandro III proceda con gran prudencia. La sociedad rusa sigue al borde del cráter de un volcan. La muerte de Alejandro II no ha hecho más que despertarla.

\*\*

El idioma de la política española está reducido estos días á unas cuantas palabras. Los periódicos las manejan con éxito, y de esta manera no es raro que ni ellos dejen de encontrar asunto para discusiones y polémicas, ni nosotros oigamos hablar de otra cosa que de disolucion, distritos, elecciones y votos. Los ultramontanos han pensado en que no pudiendo acumular fusiles, les convendría acumular votos; los conservadores se proponen echar toda su fortuna en las urnas que guarden los votos; el Gobierno consulta diariamente á los gobernadores; y los demócratas, roto

el retraimiento, aceptada la política de benevolencia, seguros del éxito de su propaganda, esperan á que las elecciones lleguen, para convencerse entonces de lo que significan y valen las repetidas promesas del Gobierno.

La democracia aceptó la política de benevolencia, porque ha visto en el cambio de Gobierno el primer paso en el camino de sus esperanzas, no porque creyera que había llegado al término de su viaje. Censurar por sistema hubiera sido insensato; no aplaudir las reformas hechas, injusto; creer que hemos llegado á la tierra de Promisiones tanto como cerrar los ojos á toda nueva luz y el espíritu á toda nueva esperanza. El Gobierno, porque le interesa, dirá públicamente que esta declaración es trascendentalísima é importante; pero su conocimiento de la política no le permitirá creer en conciencia que quien la hace lleva la voz de la democracia española. Lo que esta piense, siente y ama, oígalos en los banquetes y en los meetings; apréndalo de los partidos numerosos y no de las personalidades, que viven en soledad espantosa; y no olvide que en la democracia, como en los pueblos libres, la disciplina no es una imposición sino un resultado del convencimiento general.

En esperanza de más venturosos días, los conservadores, que no saben ya cómo hacer creer al país que la trompeta apocalíptica ha sonado para los constitucionales, entretienen en censurar en el Gobierno faltas de iniciativa por no haber hecho en dos meses lo que ellos ni siquiera intentaron en seis años. ¿Qué hace el Gobierno? dicen: ¿en qué piensa? El país quiere mucha administración: ¿para cuando lo deja? Y no saben que á estas lamentaciones acompaña un coro de secuestros, de irregularidades y de falsificaciones que se escapan de las páginas de la historia de la administración conservadora para imponer á los caídos el silencio de la seriedad y del arrepentimiento.

No arrepentidos de sufrir decepciones, los moderados históricos, saliendo de sus sepulcros, se reunieron en junta magna para nombrar junta directiva y acordar el plan de conducta que en los momentos actuales les conviene seguir.

La decoración de la sala del palacio del conde de Cheste debía ser igual á aquella del acto tercero del *Roberto*, donde los fantasmas tienen congreso y baile, y cambiarse despues, por arte de la prestidigitación y obra del conjuro, en aquella de los *Hugonotes*, en que hay conjuración y gritos de guerra. La junta de los moderados fué una batalla de fantasmas. Por eso no han quedado restos de la lucha, ni víctimas, ni partido; sólo quedan recuerdos y sombras.

Los disidentes del moderantismo han ido á engrosar el círculo conservador, ya honrado con grandes de España y pequeños húsares.

Los periódicos canovistas creen que el Gobierno habrá tomado esta importancia del círculo conservador á protesta.

Mejor haría en tomarlo á risa.

En la calle de Carretas, que prefirió este nombre al de un marino ilustre por que no se dijese que tenía en poco la tradición del heroico pueblo madrileño, vecina á aquellos leones que, como los ángeles menores, sólo tienen cabeza pero que se tragan todos los secretos de amor, todas las recomendaciones, todas las noticias que la necesidad encarga al correo que lleve y traiga, hay una casa de amplia fachada y lujosa apariencia, que todas las noches se hace notar por la confusa muchedumbre que se agolpa á sus puertas, y las de iluminación por un barco y una locomotora, hechas con mariposas de luz, que en los balcones del piso principal están puestas para que el aire juegue con ellas y se disputen la admiración de los transeuntes.

Presentaba aún no hace muchos años, á la luz del gas, la casa á que nos referimos, tres cuadros dignos de que un pintor hábil en el dibujo y en el colorido los trasladase al lienzo. Abajo el teatro de la Infantil, el cantonalismo de la escena; comedias al minuto como las targetas de defunción, actores improvisados, baile cancanesco, público que aplaude á gritos como en una plaza de toros. Arriba la Tertulia Progresista, recuerdos y esperanzas, las agitaciones de la política que iban allí á morir tranquilas ó á romperse furiosas como las olas que besan las arenas de la playa en día de calma y se estrellan contra las rocas cuando la tempestad las enloquece de ira, haciéndolas que se atrevan á escupir al cielo. En el centro el Círculo de la Unión Mercantil, al principio un término medio entre la fiebre abrasadora de la política y la delirante alegría del can-can; despues, una sociedad que defiende los sagrados intereses del comercio; que pide reformas, que protesta contra los privilegios, que da forma á las quejas justísimas de la clase mercantil española, que se hace aplaudir por la opinión y escuchar por los Gobiernos.

El Círculo de la Unión Mercantil ofreció despues una tribuna á los oradores más notables de nuestro país, y éstos á ella acudieron ganosos de propaganda para sus opiniones, de difundir la enseñanza que es la luz, de aceptar reconocidos la noble amistad con que el comercio de Madrid, de historia gloriosísima les brindaba. Por esa tribuna han pasado el curso anterior Sanromá, Pedregal, Corradi, Fernandez y Gonzalez (D. Modesto), Vicuña, Echegaray, Moreno Nieto, Rodó y Casanova, La Hoz (D. Santos), Rodriguez (D. Gabriel), Lopez Muñoz, Silvela (D. Luis), Figuerola, Prieto y Prieto, del Valle (D. Manuel), Aguilera, Bona, Lastres,

Carballeda, Galdo, Ruiz Castañeda, Vilanova, Morret... Los oradores que explicaron las conferencias que ahora reunidas en un elegante tomo acaban de publicarse y forman un libro importantísimo.

¿Necesitaré hacer el elogio de estos oradores, ponderar su elocuencia, alabar su ilustración y su talento? Cada uno de ellos merecería una semblanza: todos juntos son dignos de que Timon los retratase.

Camposamor ha leído en el Ateneo de Madrid su nuevo poema, *Los buenos y los sabios*. El público conocía ya el primer canto, un pórtico admirable y magnífico que nos hacía esperar un palacio lleno de preciosidades artísticas. La noche de la lectura, y pocos momentos antes de que esta comenzase, Camposamor tenía miedo de que ciertas apreciaciones políticas que en *Los buenos y los sabios* hace, le robasen un éxito.

Esto demuestra que su modestia está casi á la altura de su genio, y que como profeta merece mucho menos crédito que como artista. Al poco rato la admiración del público había estallado en aplausos frenéticos, y asistimos á una de las ovaciones más grandes, más entusiastas, más unánimes de cuantas hemos presenciado.

Se ha dicho con verdad, que el nuevo poema de Camposamor es una de las poesías más grandiosas del siglo que es el eco del desasosiego humano, de la inmensa nostalgia de dicha, de amor, de justicia, de caridad que siente el hombre. En esta obra están maravillosamente mezclados el placer y el dolor, las risas y las lágrimas, la fé y la duda, lo que nos hace amar la vida, y lo que nos lleva á aborrecerla y á odiarla. De aquí su grandeza. Retrata á lo vivo á esta época, que se rie de todo y en todo cree, que teme más á la cárcel que al presidio, que se arrodilla delante de los santos y los encuentra feos, que vá á un baile á llorar y tal vez á un cementerio á reirse. Camposamor ha coronado con *Los buenos y los sabios* su estatua de poeta eminente y originalísimo.

El pedestal de esa estatua es la gloria.

Llego tarde á hablar de *El señorito Octavio*, tan tarde que está á punto de agotarse la segunda edición de esta novela y un ingenioso crítico ha propuesto que para la tercera se cambie su título por el de *El señor don Octavio*. Esto me consuela. *El señorito Octavio* no ha necesitado de la amistad. Su suerte ha sido tan venturosa, que ha logrado, él que tan ansiosamente leía en *Vegalar* las revista de salones de *La Epoca*, que este periódico le dedique en su hoja literaria un artículo tan encomiástico como justo. Si sus deseos soñaban con el éxito, alcanzado le tiene.

Yo no podía decir nada de Armando Palacio Valdés, ni exponerme á que los demás me recasaran por amistad manifiesta. Ha sido para todos crítico antes que novelista, y para mí amigo cariñoso antes que crítico y si yo hubiese dicho que era un escritor elegante é ingenioso, que tenía bellísimo estilo, que pintaba con rara maestría, tal vez se habría creído que exageraba. Hoy ha dicho más que esto todo el mundo, y al repetirlo no hago sino unir mi voz al coro general de la crítica, que ha saludado con elogio la nueva obra del autor de *Los oradores españoles*.

Estos elogios son merecidos. En *El señorito Octavio*, la crítica más exigente no podrá negar personajes bien caracterizados, descripciones bellísimas, cuadros de costumbres dignos de que un pintor de renombre los firmase; situaciones de efecto dramático, pensamientos é imágenes notables.

Palacio Valdés, que tan bien ha hecho la semblanza de nuestros novelistas, merecerá que haga la suya con cariño, quien en lo futuro retrate á los novelistas españoles.

El último hurto de que nos han hablado los periódicos podría llamarse el hurto de la buena ventura. Da asunto para una novela y para una causa criminal. Personajes: una aristocrática dama que desea que le lean su sino en las rayas de la mano izquierda, para saber que hay una mujer muy morena que la quiere mal, y un hombre muy sabio que la quiere bien; una criada que favorece los deseos de su señora, dos gitanas de ojos negros y brillantes, morena tez, sonrisas picarescas, vestido corto y manos largas. Las gitanas aprovechan una distracción de la aristocrática dama, y al final de la buena ventura nota esta que tiene algunas ilusiones más y diez y seis mil reales menos. El desencanto fué completo. Pero se explica siendo dos las gitanas; porque mientras una dijo la buena ventura hizo al dinero la otra mal de ojo.

La temporada del teatro Real ha concluido con un beneficio para los Asilos del Pardo. Nadie dirá que la Empresa no mira por el porvenir de los abonados. La que ahora termina ha sido una temporada de lucha entre los deseos de oír óperas y la ronquera de los cantantes; entre el empresario y los artistas, entre la tranquilidad de muchas familias y los gorgoros de la Patti; entre los partidarios de la música del pasado y los defensores de la música del porvenir.

El estreno de *Lohengrin* ha hecho las discusiones entre los amigos y los adversarios de Wagner,

más animadas é interesantes. Pero aunque la conciliación parece imposible, hay una verdad en que todos convienen.

Que es más propio de la música el amor, que las tablas de logaritmos.

—¿Qué flores le gustan más á una mujer?  
—Las que la dicen.

MIGUEL MOYA.

## ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

### ARTÍCULO VII.

Entre las cualidades positivas y negativas del humano entendimiento, una de las últimas, que corresponde á su pereza, es la fuerza que tiene la rutina y la oposición sistemática á todo el que viene á trastornarla; y esto pasa en las sociedades como en el individuo, viendo diariamente sus manifestaciones en los diferentes ramos del saber, así en las ciencias como en las artes, siendo raros los casos en que, por ejemplo, un médico que haya aprendido un sistema, prescindida de él, aunque la experiencia haya demostrado las ventajas del contrario. Este es el fundamento de lo que pudiéramos llamar ley sociológica, pues que, con cortas excepciones, la idea de reforma, en cualquier sentido que ella sea, es compañera inseparable de la primavera de la vida, así como al invierno de esta, generalmente va unida la conservadora. Tiene esta resistencia su lado bueno y presta su servicio á la sociedad, haciéndola reflexionar con madurez y examinar las reformas que se le proponen antes de adoptarlas, evitando de esta manera varios desencantos, perturbaciones y descabros á que la arrastrarían la elocuencia de ilusos y fanáticos. Pero si tal tendencia presta el servicio que acabamos de indicar entre ciertos límites, viene á ser perjudicialísima cuando, traspasándolos á pesar de las demostraciones del raciocinio y de las pruebas de la experiencia, resiste tenazmente á la luz de la verdad. Si la índole peculiar de estos estudios nos permitiera profundizar más esta materia, fácil sería encontrar la razón, el por qué de tanta clase de fanatismos como se encuentran en cada individuo y de tan distintas índoles. Mucho se ha hablado del fanatismo religioso, y es seguramente el más perjudicial por las proporciones que alcanza, demostrando la estadística de los manicomios ser el que produce más casos de locura. Hemos dicho que los hay de diferentes índoles y tan contradictorios, que parece difícil encontrar de ellos una explicación racional. ¿Quién no ha conocido en su vida á algun jugador que hace alarde de no creer en Dios, en la amistad, en el amor, y cree, sin embargo, en que le hace perder su fortuna un individuo que está á su lado, ó á otro que no creyendo leal y honradamente en el espíritu creador ni en el del hombre, cree, no obstante, que el de Aristóteles acudió al llamamiento hecho sobre una mesa, y lo que es más raro aún, le habló en griego, y á pesar de no conocer una palabra de este idioma, lo ha entendido perfectamente, y lo que es más extraordinario, sirviéndole de intérprete una mesa?

No podemos continuar en este camino que nos llevaría muy léjos; vengamos, pues, á lo principal. Cuando una sociedad entera, dominada por una casta sacerdotal ó influida grandemente por temor, por creencias religiosas ó por otras razones, llega á tomar por dogmáticas, y por consiguiente, por inmutables, leyes cosmológicas de tiempos muy anteriores, y que si responden en parte, á la verdad, en unos casos no lo expresan por completo y en otros son enteramente contrarias á lo que la experiencia y el cálculo demuestran, correspondiendo, más bien, á las creencias de generaciones que muchos siglos antes han descendido á la tumba; es un extremo difícil que esa sociedad no se estanque, no se paralice y, por consiguiente, se atrofie y se muera. Si, por ventura, los pueblos ó razas que se encuentran en dicha situación tienen una iniciativa individual y un sentido tan fuertes que, contra la tendencia en general y las opresiones de todas clases, puedan, por un lado ú otro, como relámpagos en la oscuridad de una noche tenebrosa, hacer brillar un rayo de luz rompiendo el círculo de hierro que les oprime, lo verifican con un trabajo de tal suerte lento y penoso, que el entendimiento humano de muchas generaciones será poco menos que perdido é improductivo para el adelanto en general, y la humanidad perderá muchos siglos, ó mejor expresado, retrasará mucho tiempo su progreso. Fortuna grande será para la parte del globo que se trate ó para todo él en general, el que otro pueblo, libre de esas trabas y preocupaciones, obedeciendo á otras tendencias é ideales, empuñe la bandera de la civilización y de la cultura; y, aunque sea por medio de la guerra y de los combates, venga á ponerse al contacto con el anterior que, no por hacerse la guerra dejan los pueblos de hacer comercio é ideas, y además, aquella es, por su naturaleza, intermitente y de corta duración, y los que en el campo de batalla han combatido, se entienden y se ayudan mutuamente en los tiempos de paz, compenetrándose de esta manera las dos civilizaciones diferentes. Así como del trato entre el hombre y la mujer resultan perfeccionamientos complementarios para cada uno de los dos sexos, del mismo modo la compenetración de las civilizaciones conduce al mejoramiento y al progreso de

estas. Este es el gran servicio que ha prestado á la actual civilización, la alcanzada por la dominación árabe en España.

Dominaba en aquellos tiempos toda la Europa cristiana, ó, por lo ménos, la parte de ella más adelantada, las discusiones teológicas, si á veces importantes, con frecuencia de alguna nimiedad, que es hoy punto ménos que inconcebible como instrumento dialéctico para tales discusiones la más ó ménos propiamente llamada escolástica, y como tipo modelo á que habian de arreglarse las ciencias cosmológicas, el tratado de Ptolomeo en la parte concordante con la tradición hebraica. De suerte que los entendimientos encerrados ó que se dedicaban al estudio estaban encerrados en estos tan estrechos límites, que no era posible, ó, por lo ménos, difícilísimo, el que dejarán de extraviarse en juegos de pura imaginación y fantasía, siendo la situación tanto más grave cuanto dichos principios habian sido, con mal acuerdo, declarados dogmáticos, y el desgraciado que por una poderosa iniciativa se atrevía á echar una mirada más allá del círculo trazado por la idea teológica, tal como la entendían los directores de la institución, era severamente castigado de un modo que pudiera servir de escarmiento á los demás osados. Así, que las ciencias tomaron un aspecto teológico; por ejemplo: la astronomía se confundió con la astrología; se consultaba con frecuencia, remunerándolos por sus trabajos, á los que estudiaban en el porvenir, la marcha de los astros, sin perjuicio de cortarles la cabeza ó llevarlos á la hoguera en momentos de exacerbación de fanatismo, cuando sus horóscopos no habian gustado. La química se convirtió en alquimia, dedicándose principalmente á convertir los metales en oro y hallar el elixir de la vida. También eran frecuentemente consultados los alquimistas, á fin de que por medio de sus retortas, signos cabalísticos, animales, etc., predijeran el porvenir; sucediéndoles como á los anteriores, pagando muy caras las sumas recibidas y siendo en algunas ocasiones tostados en vida por profesar la magia. Como nada en el mundo se hace inútilmente, algunos de aquellos trabajos han servido más tarde como datos ó experiencias para las ciencias naturales cuando entraron por el camino seguro del cálculo y la observación. Pero el estado de las inteligencias era de tal manera extraño y anómalo que un conocido sábio y escritor anglo-americano exclama lleno de dolor: «¡Cuántos siglos perdidos para el progreso humano!» En tal estado de cosas, dominadas las escuelas por disputas teológicas y disidencias de secta, dispuesto el poder civil á prestar decidido apoyo al teocrático que por completo le dominaba y, en su consecuencia, á repetir los escarmientos con los disidentes que, tuvieran ó no razon, tenían la desgracia de ser en menor número; era punto ménos que imposible que las escuelas salieran de este círculo. El vicio fundamental se desprende á primera vista sin más que observar que las miradas se dirigían todas al pasado y de ahí aquella idea de hablar del siglo de oro. ¡Pobre humanidad! El siglo de oro para ella estaba delante. Sin embargo, no se atrevía á mirarlo como quien teme ver la luz. Tenía su vista constantemente sobre los siglos que habian sido, que es lo mismo que el hombre que creyendo investigar la perfectibilidad humana se separase del contacto y estudio de sus semejantes, se fuera á encerrar á las catacumbas entre las cenizas de los que habian pasado para no volver á ser.

Inteligencias de acuerdo en las escuelas, comprendiendo que la ciencia y el arte habian de buscarse en sus libros y no en las tradiciones de un pueblo, por sagradas que ellas sean; comprendiendo que no bastaba saber lo que tal ó cual maestro habia dicho, sino estudiar por sí mismo, probar y demostrar la verdad ó el error sentado por los antiguos y siguiendo el mismo ó diferente método que ellos; llevar su óbolo al saber en general; buscaron con afán aquellos focos de luz que, partiendo de España y de Sicilia y á través de repugnancias y persecuciones, traspasaban los límites que la guerra y el azar habian impuesto á los pueblos, é iban por toda Europa á sembrar la buena semilla. Añádase á esto el que, como ya hemos dicho, los árabes no se contentaron con un saber teórico, sino que lo llevaron á la práctica, aplicándolo á las artes, á la agricultura, á la industria, etc., y se comprenderá fácilmente que las exigencias del comercio, las necesidades de la vida y del bienestar y el interés del lucro, estimularon de consuno á negociantes, potentados y pensadores para que buscaran con todo anhelo la averiguación de los procedimientos que producían tales resultados, buscándolos, ya en los libros escritos por los árabes, ya viniendo á tomarlos de viva voz á la Atenas de Occidente. De todo lo expuesto se infiere de cuánto les es deudora la Europa, y la parte que les cabe en el renacimiento. Si fuera posible les debería, aun más que por todo esto, por otro hecho que debió servir de lección á aquella y que desgraciadamente esta no se ha apresurado á tomar ni aun hoy ha tomado por completo. Cuando á tal grado de esplendor, de riqueza y de saber se habia elevado el Mediodía y el Oriente de España, bajo aquella dominación vivían allí, juntas, en amigable consorcio, aparte de otras sectas de menor importancia, tres religiones principales: la cristiana, mahometana y judaica, conservando cada una sus creencias, tal vez compadeciendo á las otras por creer que estaban en el error, tratando de catequi-

zarse recíprocamente, pero trabajando de consuno y explicando, en ocasiones, la misma cátedra hombres de creencias opuestas y de religiones que habian librado y habian de librar muchísimas batallas. Esto prueba una vez más dos hechos fundamentales, á saber: que si hay principios de derecho y de libertad que solo pueden implantarse en las naciones cuando estas llegan á cierto grado de madurez y de cultura, los hay también que pueden ser implantados en los pueblos, cualquiera que sea su grado en la escala de la civilización, sin más condiciones que la existencia de un Gobierno con la fuerza y resolución necesarias para hacer respetar el derecho de cada uno. Prueba al mismo tiempo que las cuestiones religiosas toman siempre un aspecto grave cuando el Gobierno, á nombre del Estado, se inmiscue en la resolución de cuestiones que están fuera de su competencia, y además, la mayor parte, si no la totalidad, de las guerras civiles en las cuales se pelea á la sombra de una bandera religiosa ó ocultaban, bajo este nombre, miras de ambición terrenal ó era un grito de lo que hay de más noble en el hombre, de su conciencia oprimida por la tiranía ó el despotismo. ¡Ojalá reyes y pueblos se convencieran de esta verdad para no violentar jamás ni aun las conocidamente preocupaciones que solo al tiempo y á la instrucción toca desvanecer, y que, preocupaciones y todo son dignos de tenerse en cuenta, tanto por respeto al individuo y al ciudadano, como porque no es la fuerza ni la violencia, venga de donde viniere, el camino por donde ha de concluirse con la superstición! El sentido comun aconseja á los Gobiernos, como á los individuos, salir con energía de los conflictos irremediables, pero evitarlos mientras que dignamente puede hacerse. Ciertamente la libertad de cultos no estaba allí formulada tal como se verifica en las Constituciones modernas de los pueblos libres; pero sí la ley, que exigía el respeto mútuo de todos y cada uno, y, despues, la costumbre, que hacia poco ménos que inconcebible que un hombre pudiera imponer á otro, por la fuerza, sus creencias. De esto resulta una inmensa ventaja para la sociedad y no menor para las religiones mismas, á las cuales, como á toda manifestación humana, corresponde plenamente aquella profunda sentencia, ya citada, de Ignacio de Loyola: «que el peor de todos los enemigos es no tener ninguno delante.»

Cuando religiones encontradas viven al contacto unas de otras, se depuran de los vicios y abusos que lleva consigo todo lo que hace el hombre, su moralidad se sublima, los fetichismos y supersticiones caen por tierra, los hombres encargados de representar y predicar, tal como lo entienden, las relaciones entre la criatura y el Creador, se esfuerzan por todos los medios para hacer su conducta intachable, para cultivar su inteligencia y extender sus conocimientos; y la dignidad humana, satisfecha, porque nadie obliga á violentar su conciencia, comprende el respeto que debe á las demás: no oculta lo que piensa; oye y tolera las opiniones más encontradas á las suyas, y comprende, por fin, que hay más de noble y levantado en sostener una opinión, siquiera sea sola en contra de la generalidad, que mentirse á sí mismo y engañar á los demás. Esta escuela de respeto mútuo viene á ser la fuente de los caracteres viriles y honrados. El corazon humano se apasiona con entusiasmo de aquello que cree espontáneo de su conciencia y que ninguna fuerza coercitiva exterior le obliga á conservar. Esta verdad la vemos comprobada sin más que echar una mirada por los pueblos más libres, que son también los más sinceramente religiosos.

La parte de España no dominada por los árabes, pero al contacto con ellos por medio de la guerra, el comercio, la amistad particular, el amor, por las mil circunstancias de la vida, no podía ménos de participar, en mayor ó menor grado, de los adelantos y ventajas de sus coparticipes en el dominio del suelo ibero y así hemos visto con qué fuerza y con qué abundancia salieron de aquí en los siglos XII, XIII, XIV y XV los centros de instrucción, de cultura y de trabajo. Ya hemos dicho lo conveniente á nuestro propósito con respecto á Universidades y centros de enseñanza, siendo de todos bien conocidos los diferentes que poseyó España de industria y fabriles, así como sus ferias y mercados, que á algunos de ellos acudían los mercaderes de la mayor parte de Europa. Pero, hay más: á pesar de ser aquí la religión romana la única y exclusiva del Estado, y á excepcion de algunos casos de fanatismo y furor no siempre desinteresado, es lo cierto que vivían en cierta armonía las mismas religiones que antes hemos enumerado. Arabes y judíos eran con frecuencia médicos, ayos, consejeros de los reyes, hombres de negocios y encargados de la gestión financiera. Así, por ejemplo: un embajador extranjero decía á su corte, hablando de Castilla: «aquí todos se dicen fervientes cristianos y pelean llevando por signo la cruz del Calvario; pero es lo cierto que así en la corte, como en los palacios de los grandes señores, hay hombres de gran influencia por su mérito y su saber que son judíos y mahometanos y puedo asegurar que la gente que rodea y aconseja al Sr. de Haro, por ejemplo, más de un tercio no profesa la religión cristiana.» Pero, qué más: los dos grandes monumentos que dieron más nombre á Alfonso X, las Partidas y las Tablas, estas fueron hechas por un árabe y un judío y no fué extraño á aquellas un hombre de la última nacionalidad. Si la índole de estos trabajos

lo permitiera, pudiéramos aducir innumerables pruebas de lo que afirmamos; pero nos contentaremos con una decisiva, que es el tratado ó capitulación de 28 de Noviembre de 1491, concedido por los Reyes Católicos á los moros de Granada cuando fué vencido aquel último vestigio de la dominación árabe; y dejamos á la consideración de nuestros lectores el pensar si dicho documento que á continuación insertamos, pudo usar de mayor tolerancia que la que, anteriormente se acostumbrara á usar. Basta para ello tener en cuenta, por un lado la influencia decisiva alcanzada por la Iglesia, y por el otro el que aquellos eran los últimos restos del poder árabe, y por consiguiente no habia para qué temerlos.

«Capitulaciones en virtud de las cuales Granada se rindió á los Reyes Católicos.»

Despues de arreglar en los primeros párrafos de la capitulación cuanto se referia á la entrada en la ciudad y toma de posesion de las fortalezas, continúa de esta manera el convenio entre ambas partes.

«Que una vez entregadas las fortalezas, sus altezas y el príncipe D. Juan su hijo, por sí y por los reyes sus sucesores, recibirán como sus vasallos y sus súbditos naturales bajo su palabra, protección y real socorro al rey Abi Abdilehi, su corte y todo el pueblo, pequeños y grandes, tanto hombres como mujeres, vecinos de Granada, del Albaizin, arrabales y fortalezas, aldeas y lugares de su tierra y de las Alpujarras y de las otras comarcas que participen de este acuerdo y capitulación de cualquier manera que sea. Dejaránles sus casas, propiedades y heredades entónces y en todo tiempo y para siempre; y no se permitirá que les hagan mal sin que la justicia intervenga, ni que se les quiten sus bienes en todo ó en parte. Léjos de esto, serán respetados, honrados y considerados por sus súbditos y vasallos, como lo son todos los que viven bajo su gobierno y sus órdenes.

«Que sus altezas y sus sucesores dejarán siempre vivir á todos los moros grandes y pequeños segun sus leyes, y que no permitirán que se les quiten sus mezquitas ni sus torres ni sus muezines, ni los productos ó rentas que consagran á esto, ni que turben sus usos y costumbres.

«Que los moros sean juzgados en sus procesos y sus leyes por el derecho de Xara que ellos acostumbran usar, en el consejo de sus cadís y jueces.

«Que no se permitirá que les quiten ni ahora ni nunca sus armas y caballos, exceptuando los cañones grandes ó pequeños.» De suerte que los árabes amparados por este tratado, de cuyo cumplimiento y respeto á la palabra empeñada nos ocuparemos más tarde, eran más afortunados que los españoles que vivimos tres siglos despues.

«Que todos los moros que quieran pasar á Berbería ó á otros países, puedan vender sus propiedades, muebles é inmuebles, como mejor les parezca y á quien mejor les convenga, y que sus altezas y sus sucesores en ningún tiempo no se las quitarán ni permitirán que se las quiten á los que se las hayan comprado. Que si sus altezas quieren comprarlas pueden hacerlo por el precio que se haya fijado de antemano.

«Que sus altezas, concedan á los moros que quieran ir á Berbería ó á otros países un pasaje libre y seguro en sus familias, bienes muebles, mercancías, joyas, oro, plata y toda clase de armas, menos los cañones. Y para los que quieran irse inmediatamente, habrá diez navés grandes, que durante un espacio de setenta días, los conducirán á los puertos que ellos designen en libertad y seguridad.

«Y además de esto, todos los que en el espacio de tres años quieran irse podrán hacerlo, y sus altezas ordenarán que les den navés que los lleven al país que quieran, adonde serán conducidos en seguridad, á condicion de advertirlo cincuenta días antes, y que no lleven consigo ni flete ni otra cosa.

«Que pasados los dichos tres años, puedan ir á Berbería siempre que quieran, pagando á sus altezas un ducado por cabeza, y el flete de las navés que los trasporten.

«Que si los moros que quieran ir á Berbería no pueden vender sus propiedades, puedan dejarlas confiadas á terceras personas, que cobren las rentas á condicion de que todo lo que perciban pueda ser enviado á Berbería ó á donde quiera que se hallen, sin que pueda oponérseles el menor impedimento.

«Que ni sus altezas ni el príncipe D. Juan su hijo, ni los que les sucedan, pueden obligar á los moros á llevar marcas en los vestidos como las llevan los judíos.

«Que los moros de Granada y su reino me pagarán durante los tres primeros años las contribuciones que se pagan por las casas y bienes, y que sólo pagarán el diezmo de sus cosechas, y ganados como es costumbre entre los cristianos.

«Que sus altezas ordenarán que no se puede en ninguna ocasion tomar á los moros sus criados y caballerías, sino á condicion de pagarles equitativamente y de no tomarlos contra su voluntad.

«Que no se permitirá á los cristianos entrar en las mezquitas de los moros y sin permiso de los alfaques, y que de que entrarse de otra manera será castigado.

«Que el rey Abdilehi, sus alcaldes y cuantos de él dependen y todo el pueblo de la ciudad de Granada, sean bien tratados y respetados por sus

»altezas y sus ministros, y que se atiendan sus razones y se les guarden sus costumbres y ritos, y que dejará á todos los alcaldes y alcaúques cobrar sus rentas y gozar de sus preeminencias y libertades, como tienen costumbre de hacerlo y es justo que se les conserve.

«Que sus altezas ordenarán que no se expulsen á los huéspedes de los moros, ni que á estos se les quiten sus vestidos, ni sus pájaros, ni sus bestias, ni sus provisiones de ninguna clase sin su voluntad.

«Que los pleitos que ocurran entre moros sean juzgados por la ley Xara, que llaman de la Zuna y por sus cadís y jueces, según sus costumbres, que en el caso de un pleito entre cristiano y moro sea dada la sentencia por el alcalde cristiano y el cadí moro.

«Que ningún juez puede perseguir á ningún moro por el delito que otro haya cometido ni que se encarcele al padre por el hijo y al hijo por el padre, ni el hermano por el hermano, ni á un pariente por otro; que solo el que haga el mal lo pague.

«Que los moros no darán ni pagarán á sus altezas más tributo que los que tenían costumbre de dar los reyes moros.

«Que no se permitirá á nadie maltratar de palabra ni obra á los cristianos ó cristianas que antes de estas capitulaciones se habían hecho moros, y que si algún moro tenía por mujer alguna renegada, no la obligarán á ser cristiana contra su voluntad; solamente será interrogada en presencia de cristianos y de moros, y su voluntad será respetada: lo mismo se hará con los hijos é hijas de un moro y una cristiana.

«Que ningún moro ó morisca será obligado á ser cristiano contra su voluntad, y que si alguna joven ó casada ó viuda, por cualquier motivo de amor quisiera volver al cristianismo, no será admitida antes de ser interrogada.

«Que los jueces, los alcaldes y gobernadores que sus Altezas pondrán en la ciudad de Granada y su territorio, serán personas tales que honrarán á los moros y tratarán con amor y respetarán estas convenciones: que si alguno de ellos hiciese algo ilegítimo, sus Altezas deberán castigarlos y castigarlos.

«Que sus Altezas y sus sucesores no preguntarán ni inquirirán las cosas que los moros hayan hecho, de cualquier clase que sea, antes del día de la rendición de la ciudad y de las fortalezas: que todos los moros cautivos, hombres ó mujeres, que se encuentren en poder de los cristianos, serán puestos en libertad sin pagar nada por su rescate en el espacio de cinco meses los que se encuentren en Andalucía y de ocho los que estén en Castilla.

«Que sus Altezas ordenarán guardar las costumbres que tenían los moros respecto á las herencias, para lo cual tomarán por jueces á los cadís.

«Que las rentas de las mezquitas y las otras cosas que hay costumbre de dar á los Mudejares, y los estudios y escuelas donde se enseña á los niños, quedarán á cargo de los alcaúques para que las distribuyan y repartan como juzguen conveniente y que sus Altezas y sus ministros no se mezclen en esto ni ordenen que las tomen ni se apoderen de ellas nunca jamás.»

Este último artículo corrobora lo que anteriormente hemos dicho sobre la importancia que daban á la instrucción primaria hasta el punto de poner como condicion en el tratado que acabamos de dar á conocer, habían de quedar incólumes las escuelas; prestándose, por otra parte á reflexiones dignas de tenerse en cuenta. Una buena parte de la nobleza que concurrió á la toma de Granada es muy dudoso que supiera echar su firma haciendo alarde de no saber escribir; y como el error, cuando se apodera del espíritu humano, echa en él tan profundas raíces, que es difícil desarraigar, aún existen entre nosotros gentes que creen de buen tono hacer letras de tal forma que sirvan para todo menos para ser legibles, que es lo único que se necesita; y como escribir mal en el sentido material de la palabra, es simplemente no saber escribir, semejantes alardes nos parecen de la misma índole que lo que resulta de los que por moda ó tontería gastan anteojos sin necesitarlos, que es, pura y simplemente, fingir una imperfección física, ni más ni menos que el que aparentase ser sordo, cojo ó cosa semejante. Bien dice á propósito de aquellos Rochefaucauld: que la vanidad humana convierte á veces en moda los vicios y defectos que no tiene la energía de corregir.

La otra reflexión, aún más importante, consiste en considerar que si los vencedores hubieran sido vencidos no habría necesidad de semejante artículo, porque es difícil suprimir lo que no existe, y dos siglos más tarde, cuando concluyó la dinastía austriaca, apenas se encontraban más españoles que supieran leer y escribir que los que habían seguido alguna profesión literaria y algunos comerciantes; siendo tal el descuido de este ramo de la enseñanza, que Felipe el valeroso, primer rey de la dinastía borbónica, tratando de estimular á las personas que se dedicaron á la tan penosa como mal retribuida carrera de maestros de escuela, los declaraba tan nobles como los que se dedicaban á las bellas artes. Pero, á pesar de aquel buen deseo de lo que, sobre el particular, intentaron los ministros de Carlos III, las nacientes Sociedades de Amigos del País, las de comerciantes en algunas

capitales, la Asociación de maestros de Madrid titulada de San Casiano, y sobre todo, los esfuerzos que la justicia exige recordar, hechos por el príncipe de la Paz, hace muy pocos años; el 75'9 de los habitantes de España eran perfectamente iletrados; y cuenta que para este cómputo se tenía en cuenta los dos sexos y, por consiguiente, los del fuerte, que por sus ocupaciones y profesión tenían necesidad de poseer este rudimento; pero tratándose del bello sexo, la relación de las que casi sabían leer y escribir era el de 7 por 100, y hoy mismo la proporción, aunque no tan subida, no anda muy lejos, teniendo la triste honra de figurar sobre este punto entre las naciones más atrasadas de Europa. Un ministro de la Restauración ha sostenido en una de las Cámaras la tan anticuada como peregrina teoría de que no es de gran conveniencia para el pueblo, ni para la nación, que los que carecen de bienes de fortuna posean los elementos indispensables para comunicarse con sus semejantes.

El clero católico, que tiene una organización á la cual ninguna otra ha llegado ni se le parece, que no han sido grandes sus ocupaciones ni lo son al presente, porque es grande el número de sus individuos, que ha dominado por completo y en absoluto este país durante muchos siglos y especialmente en los tres últimos, no se ha cuidado de la enseñanza para nada y aún la ha mirado con cierta antipatía, á pesar de los esfuerzos de algunos ilustres y virtuosos prelados y de una bula del Pontífice que estatua terminantemente que cada párroco tuviese un co-adjutor y se dedicara á la enseñanza de la lectura, escritura y doctrina cristiana de todos sus feligreses. Pero no hubo medio de vencer su antipatía ó indolencia, y como todo pecado lleva consigo la penitencia, no culpen á nadie más que á sí mismo, si han perdido y pierden de día en día, con una gran rapidez, una influencia que sólo se sostiene artificialmente por cuestiones de partido ó bandera y que, en último resultado, es para los protegidos un grave mal á la corta ó á la larga. ¡Qué sería hoy esta nación si hubieran cumplido con su deber y qué diferente la situación del clero, su influencia y el respeto hacía él de las otras clases!

MANUEL BECERRA.

(Continuará.)

## LOS AFRANCESADOS.

Las ideas fundamentales de la gran revolución de 1789, tuvieron en España partidarios celosos y entusiastas, aun antes que en la nación vecina se reunieran los Estados generales. Desde el advenimiento de la casa de Borbon al trono de España, las relaciones, no ya políticas sino particulares entre Francia y España, se estrecharon mucho. El comercio de las ideas se facilitó de un modo extraordinario, y bien pronto,—á pesar de las dificultades que naturalmente había de suscitar nuestra manera de ser tradicional,—la filosofía, las ciencias político-sociales, todo el movimiento intelectual que agitó á la Francia en el siglo XVIII, se dejó sentir en España. Feijóo, en su *Teatro crítico*, dió un golpe terrible al fanatismo católico, burlándose con gran prudencia y comedimiento, pero quizás más acerbamente que el mismo Voltaire, de ciertos misterios en eterna pugna con la razón humana. Cabarrús, Roda, Azara, Floridablanca, Aranda, Jovellanos y Campmany, que á tanta altura pusieron la jurisprudencia, la economía política y el derecho público, al combatir las intrusiones de la Iglesia en el poder civil, al regenerar la enseñanza en nuestras Universidades acabando con la tradición escolástica, al facilitar el cultivo de las ciencias exactas y naturales, fomentando el comercio, la agricultura y la industria, echando los cimientos de las Asambleas populares en la creación de aquellas Sociedades de amigos del país en donde toda innovación hallaba entusiasta acogida, tan solo obedecían á los impulsos de su inteligencia, nutrida ya del manjar incitante y sabroso de la moderna filosofía.

No faltan, sin embargo, quienes en nuestros días sostienen lo contrario de esta observación naturalísima. Se ha dicho que nuestros estadistas y reformadores del siglo XVIII, y aún los legisladores de 1810, aún cuando fueron muy celosos de la supremacía del poder civil sobre el eclesiástico, á pesar de sus manifiestas tendencias á la igualdad política, á la reglamentación previa, en lo posible, de todos los actos de gobierno, y teniendo en cuenta sus generosos deseos en favor del mejoramiento moral é intelectual del pueblo, nada habían de común con los filósofos y enciclopedistas de Francia, que era muy diferente en el fondo y en la intención el pensamiento de unos y otros, negando que aquellos ilustres varones fuesen demócratas, ni revolucionarios en el sentido político de esta palabra. Se ha querido presentar á nuestros grandes hombres del siglo XVIII, como á meros defensores de las prerogativas de la Corona contra las tendencias absorbentes de la corte de Roma, aislados enteramente del movimiento económico, político y social de su tiempo; se ha querido asimismo suponer que, si bien en el Código constituyente de 1812 se aborda de frente la gran cuestión de los derechos de los pueblos ante las prerogativas de los reyes y de la nobleza, no por esto nuestros legisladores de Cádiz pensaban cambiar las bases

de la antigua sociedad española, de la manera radical que la Asamblea de 1789 lo había hecho respecto de la sociedad francesa. ¡Grave error! La libertad civil y política arranca de la libertad de conciencia, la lucha entre la razón y la autoridad, la libertad y el despotismo; la soberanía del pueblo y la de los reyes, empezó en el siglo XVI, no cesó en los siguientes y dura todavía.

Los católicos se dividieron entonces en protestantes y papistas; éstos en infalibilistas y jansenistas, y más tarde, de entre los extraños á estas disputas teológicas, surgió la división de ultramontanos y regalistas. El resultado de esta lucha solo podía ocasionar el enflaquecimiento de la autoridad eclesiástica y, de rechazo, de la autoridad real. Los jesuitas tenían razón cuando al contender con sus adversarios decían que los jansenistas, regalistas y revolucionarios ó demócratas, son ramas de un mismo tronco todas ellas alimentadas «por la savia del árbol maldito que surgió en el campo de la inteligencia humana al emanciparse de la tutela de la Iglesia de Roma.» Pudo suceder, y sucedió, en efecto, que algunos de esos reformadores españoles no tuvieran conciencia del alcance de sus teorías y aspiraciones, porque sabido es que las ideas, aun en la esfera individual, se desarrollan á veces, no solo sin el apoyo eficaz del que las concibe ó las adquiere, sino á veces contra la voluntad del que en estos casos se halla. El conde de Florida-Blanca, por ejemplo, que tanto trabajó en la expulsión de los jesuitas, y tan entusiasta se mostró por las reformas económicas y sociales del reinado de Carlos III, aquel eminente estadista y pensador ilustre que tenía á honra estar en relaciones con los enciclopedistas, filósofos franceses y hasta con los revolucionarios de 1789, asustóse como un niño ante las primeras y más naturales consecuencias de la Revolución, y sin darse cuenta de que él había sido y era también revolucionario, la combatió desdichada y puerilmente hasta su muerte. Pero es indudable que la inmensa mayoría de los hombres de algún valer que figuraban entonces entre los reformistas, tenían plena conciencia de sus opiniones y no se les ocultaba su alcance y trascendencia. Aranda, Cabarrús, Jovellanos y otros ilustres, permanecieron en ellas. Lo que hicieron con laudable prudencia, dado el carácter y pésima educación del pueblo español, fué no precipitar los acontecimientos ni adelantarse al tiempo. Si la generación que les sucedió, ó mejor, la nuestra, hubiera procedido con igual prudencia; si los reformistas no hubiesen pasado con frecuencia los límites de lo práctico, encariñándose de lo desconocido y utópico, y los conservadores no se hubiesen aferrado á la reacción resistiendo sistemáticamente, otra muy distinta sería nuestra situación política, y la historia de nuestra moderna regeneración no tendría tantas páginas luctuosas.

La Revolución estableció, pues, entre Francia y España una corriente de simpatía, sobre todo, entre las inteligencias cultivadas. Cuando la Revolución tomó en Francia un carácter hostil á Luis XVI, debilitóse esta simpatía, de parte de España: no por razones políticas, sino por el interés dinástico y de familia. La guerra contra la República francesa se emprendió contra la opinión de todos nuestros políticos y pensadores, y si en una buena parte de España logró excitar el entusiasmo en favor de esta guerra, fué tocando el resorte del patriotismo, siempre vibrante en el corazón del pueblo español y aprovechando el natural horror que inspirar debían ciertos excesos de la demagogia parisien, de cuyo relato, con todas las exageraciones á que la cosa se presta, se encargaban por lo común nuestros frailes en sus peroratas de ofertorio. La paz de Basilea fué bien acogida, y los trece años que se siguieron de buenas y estrechas relaciones con el Directorio, el Consulado y el Imperio, prescindiendo de las grandes faltas políticas que en sus relaciones con Francia en este transcurso de tiempo cometieron los Gobiernos de Carlos IV, contribuyeron poderosamente á estrechar más y más aquellos lazos de simpatía. Por otra parte, el espectáculo de prosperidad y grandeza que ofreció la nación vecina durante este período glorioso de su historia, era para tentar á cuantos en España sentían el aguijoneador deseo de reformas y desdenaban el medio social y político en que vivían. Contemplaban aquel pueblo grande y magnánimo, en medio de sus extravíos, sobreponiéndolo todo al amor de la libertad y de la patria, resistiendo á los reyes de Europa y venciéndolos, cuando no humillándolos, y comparábanlo con nuestro pueblo abyecto, ignorante y pobre, incapaz de nada grande si no le movía el fanatismo clerical, que por completo le dominaba, sufriendo, sin murmurar apenas, la ignominiosa corte de María Luisa.

Veían aquel Directorio ó aquel Consulado, compuesto de hombres ilustres, rodeado de la aureola de prestigio que da la elección popular, culto, espléndido, protector de las ciencias y las artes, y consideraban París una moderna Atenas. Veían aquel Imperio—surgido del fiat pronunciado por el genio de la guerra—fuerte, poderoso, respetado, terror de la Europa y admiración del mundo, llevando en las garras de sus águilas el Código inmortal de 1789, y en su admiración por todo lo grande, llegaron muchos á olvidar el origen tiránico y liberticida del nuevo poder, forjándose la ilusión que el Imperio francés podría continuar en el mundo la misión trascendental y civilizadora que en la Edad antigua tuvo el Imperio romano, siendo Napoleón el Constantino de la democracia

moderna. Y cuando al lado de este cuadro de grandeza contemplaban el que ofrecía España, petrificada en sus viejas instituciones fundamentales, interrumpida bruscamente la acción reformadora del reinado de Carlos III; en ajuje el clero; alejados del poder, desdeñados por la corte todos los hombres de saber y de prestigio, y entregada la difícil dirección de los negocios públicos á un valido impopular é ignorante; exhausto el Erario, casi destruida nuestra marina, reducido y descuidado el ejército, ni tranquilos en el interior, ni en el exterior respetados, ¿qué extraño es que del lado de la Francia se inclinaran muchas inteligencias privilegiadas, y el sentimiento de libertad y el deseo de reformas, hicieran que no pocos viesan con gusto la caída vergonzosa de los Borbones, y con indiferencia la invasión de las legiones francesas en nuestras comarcas?

De entre los españoles que en este caso se hallaban, salieron los entonces llamados afrancesados, que en el fondo eran tan sólo liberales reformistas, tan celosos como el que más de la honra y la independencia de la patria. Bien sabemos que no todos los españoles que formaron causa común con los franceses se hallaban en este caso. No olvidamos aquellas felicitaciones dirigidas á José Bonaparte en Bayona, por la comisión de la grandeza española, por la del Consejo de Castilla, la del ejército y la del clero que allí se constituyeron, y cuyos representantes, en su inmensa mayoría, no se habían distinguido hasta entonces ni se distinguieron después por sus opiniones liberales.

No olvidamos aquella Junta Suprema de Gobierno que dejó Fernando en Madrid, puesta servilmente á las órdenes de Murat que la presidía, y sobre todo, á aquel cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo, que fué el primero en felicitar al emperador en cumplimiento de una dulce obligación que Dios le imponía. Pero ni en el clero, ni en la grandeza, ni en el ejército, tenían en aquel tiempo numerosa representación los hombres ilustrados y liberales, y por lo tanto, la sumisión de la mayor parte de los reunidos en Bayona no obedecía á ninguna idea trascendental y elevada, y sólo á servilismo y á apocamiento debe atribuirse. En rigor no eran estos afrancesados: eran adictos á la real familia, cortesanos de Godoy ó de Fernando, que pasaron á serlo de Napoleón, como adscritos á la corona que graciosamente le fué cedida, y no supieron qué hacer al verse en el atolladero en que tan torpemente se habían metido. Además pudo haber, y hubo seguramente, algunos infelices que simpatizaban con los franceses y sirvieron al poder intruso, inspirados en motivos bajos y miserables; pero estos fueron en escaso número y de más escasa importancia todavía considerados por su influencia social. Por regla general, en todas las poblaciones de España, los manifestamente afrancesados, antes de la invasión y durante los primeros años de ella, eran personas ilustradas y de posición independiente y que venían distinguiéndose por su amor á las reformas liberales. Afrancesados fueron Anas, Arribas, Cabarrús (este, si bien francés de origen, era considerado como español), Urquijo, Pereira, el poeta Melendez-Valdés y otros que si bien veían con disgusto la dominación extranjera, no podían avenirse á que se regenerase la patria reinstalando en su trono á los Borbones, y sobre todo, que se continuasen manteniendo las viejas instituciones de Gobierno.

Napoleón, aprovechándose hábilmente de estas tendencias, que se manifestaron en toda España tan pronto se supo la lamentable conducta de la familia real, tuvo buen cuidado en indicar que sus intentos se reducían á sentar en el trono español una dinastía liberal y popular, sostenedora de las reformas políticas que el espíritu de los tiempos reclamaba. En la Constitución de Bayona todavía aparece vacilante, como temeroso de no hallar en España el apoyo suficiente á las reformas liberales; pero al llegar á Madrid en Diciembre de 1808, se apresuró á dar los célebres decretos de Chamartín, aplaudidos por todos los hombres ilustrados y liberales. Disolvió el Consejo de Castilla, ó por lo menos, destituyó á todos sus individuos, calificándoles públicamente de «cobardes é indignos de ser magistrados de una nación brava y generosa.» recordando con esto que se habían servilmente sometido á José, y al salir éste abrazaron el partido español y volvían entonces á humillarse á los franceses. Suprimió el Tribunal de la Inquisición, como atentatorio á la soberanía y la autoridad civil; redujo á una sola las encomiendas que podían poseerse; abolió el derecho feudal, disminuyó, reduciendo á una tercera parte, el número de los conventos que había entonces en España, que no eran pocos, y suprimió las aduanas en el interior del reino, estableciéndolas todas en la frontera en Francia.

Hasta llegó á crear en Madrid y en las grandes poblaciones, ocupadas por los franceses, la guardia nacional para la conservación de la libertad y del orden público. Su hermano José se esforzó también en seguir por esta senda, sobre todo desde Abril del siguiente año en que la fortuna fué más favorable á las armas francesas, y parecía más seguro en su vacilante trono. Hizo nuevas reducciones en el número de los conventos y dió gran impulso á la venta de los bienes procedentes de manos muertas; protegió con leyes y reglamentos la industria y la agricultura, acabando de quitar las trabas que habían quedado en pie desde las reformas introducidas por Carlos III. En Hacienda, el ministro Cabarrús creaba las cédulas

hipotecarias, con cuyos valores facilitábase la adquisición de bienes nacionales.

Abolió el llamado voto de Santiago, librando de esta gabela injustísima á los labradores; dió mayor impulso á la enseñanza pública, sobre todo á la instrucción primaria; se reglamentó convenientemente la concesión de grados en el ejército, ampliáronse las atribuciones de los municipios, decretó la creación de la Guardia cívica y la formación de la estadística de la población de toda España, (1) y quitó á la gente de iglesia toda la jurisdicción civil y criminal. Por otra parte, los mariscales franceses procuraban inculcar en las provincias de su mando el convencimiento de que sólo de la regeneración del país se trataba, y á este efecto, destruían inveterados abusos y añejas y perjudiciales costumbres, con aplauso de todas las personas sensatas é ilustradas, (2) alentaban y protegían las Sociedades de Amigos del País, iniciando y llevando á cabo en algunas poblaciones obras de ornato y utilidad pública.

De este modo le fué fácil á Napoleón atraerse hombres de arraigo y de verdadero mérito, y á muchos liberales á quienes había logrado fascinar con formales promesas de reformas políticas y hasta sociales (3). Por otra parte, en el mismo ejército de Napoleón había causas poderosas para retener á los demócratas españoles en espectación benévola. Nos referimos á la vasta conspiración organizada por la Sociedad secreta llamada de los Filadelfos, que tenía por objeto destronar la familia imperial y restablecer en Francia la República.

La conspiración tuvo ramificaciones vastísimas en los ejércitos de Napoleón en toda Europa, y en el de España, las divisiones que mandaban Soult y Saint-Cyr estaban comprometidas. Inútil es decir que aquel tiempo y hasta el año 1810 que duró la conspiración, los demócratas de las provincias ocupadas, en contacto con los conspiradores para alcanzar la independencia y libertad de España, más confiaban en el triunfo de la República en Francia que en los esfuerzos de nuestro ejército, mandado por generales ineptos y enemigos de toda reforma. Desesperanzaron por otra parte los demócratas al ver el fanático entusiasmo de las muchedumbres por el rey Fernando, de cuya malicia y falta de ilustración los hombres de entonces todo lo temían.

Pero descubierto y desbaratado el plan de los conspiradores; viendo á Napoleón del todo entregado á sus antojos de imperante; conocidas sus intenciones de incorporar á Francia las provincias españolas comprendidas entre el Ebro y los Pirineos (4); notando que contra lo que se esperaba evidenciábase más cada día el espíritu liberal de nuestro país y revelábanse las tendencias democráticas de la Revolución en las trascendentales afirmaciones de algunas Juntas (5), publicado que fué el decreto de convocatoria de Cortes, la inmensa mayoría de los llamados afrancesados abrazó la causa de la patria, que era de la libertad, trabajando para encauzar la corriente política en bien de las ideas que sustentaban, destinadas á regenerar á España y hacerla entrar en el concierto de la civilización moderna.

J. GUELL Y MERCADER.

### LA EDUCACION DE LA MUJER.

¿Quién no conoce la Eva de la Escritura que han idealizado los poetas y los pintores, agotando sus maravillosos pinceles y su espléndido estilo? Unos la han adornado de una cabellera de oro, otros la han pintado radiante de belleza, y la tradición nos la presenta en medio de las selvas, agobiada bajo el enorme peso de su primera falta, por los remordimientos eternos, y esta débil criatura sufre todo los yugos, se encorba bajo todas las miserias, y se prosterna delante de todas las tiranías.

(1) Véase la *Gaceta de Madrid* del 4 de Mayo de 1810.

(2) Los mariscales Saint-Cyr y Suchet en las comarcas que ocuparon en Cataluña dispusieron la traslación de los cementerios á las afueras de la población, prohibiendo además las inhumaciones en el interior de los templos.

(3) «Sobre todo,—decía José Bonaparte en una proclama á los españoles:—Deseamos establecer el sosiego y fijar la felicidad en el seno de cada familia por medio de una buena organización social.»

(4) Extraña irrisión, exclama á este propósito un historiador francés, la de pretender que la izquierda del Ebro viniese á ser compensación de los gastos de Francia en España.—Era—añade entre otras cosas—reducir á la desesperación y lanzar para siempre á las filas de la insurrección á todos aquellos que, animados de la esperanza de mejorar de sistema, y sintiendo vivamente la necesidad de su regeneración política, se habían adherido momentáneamente á la nueva dinastía.

(5) En una proclama de la de Sevilla, se dice: «Se cuidará de hacer entender y persuadir á la Nación, que como esperamos de esta cruel guerra á que nos han forzado los franceses, y puestos en tranquilidad y restituido al trono nuestro rey y señor Fernando VII, bajo él y por él se convocarán Cortes, se reformarán los abusos y se establecerán las leyes que el tiempo y la experiencia dicten para el público bien y felicidad.»—La junta de Zaragoza dice en su proclama que «en el caso que los franceses atentasen contra la vida del rey y de su hermano y tío, para que España no careciese de monarca, usaría la nación de su derecho electivo:» reminiscencia de los antiguos fueros de Aragón que sobreponían á todo la soberanía del pueblo.

El hombre comenzó su obra de dominación y la mujer fué su primera víctima. Ejercía el derecho del más fuerte, que le parecía mejor, sobre su compañera y la hizo su víctima. Esta es la historia de la primera edad del mundo, y de dos seres iguales ante la miseria, el hombre desarrolló el primer abuso del poder, y la mujer sufrió esta serie de martirios que terminan hoy por su apotheosis.

Cuando el hombre vagaba errante por los bosques, la mujer era una bestia de carga: ella llevaba su hijo, la tienda, el mobiliario primitivo. Ella siembra y recoge la cosecha, cuece los alimentos, y cose las pieles que cubren su desnudez, la del hombre y la de sus hijos. El hogar doméstico dulcificó apenas los acerbos dolores de su condición primera: ella participó con el buey ó el camello del trabajo del día, y disputó á los perros los restos sangrientos que no devoró la voracidad del dueño.

Pero la mujer estaba dotada del instinto de lo bello, y parecía tener conciencia de su porvenir. Su primera necesidad, su primer deseo, como entre todos los seres oprimidos, dejando aparte la coquetería, fué la de agradar, y su poder nació con sus encantos. Así, aunque desnuda, se cubría los brazos, el cuello, de conchas nacaradas ó de collares de granos de brillantes colores, adornaba sus orejas de vértebras de peces, y se mutilaba la nariz y los labios, creyendo de este modo que se ostentaba más bella.

La mujer, que era un instrumento de trabajo, se convierte en un instrumento de placer. Es la vida pastoril que dulcifica las relaciones domésticas; entre los pueblos pastores la mujer entra en el seno de la humanidad. En los lieros ocios en que suspende su trabajo diario, se emplea en reemplazar el traje propio de las bestias salvajes con el de lana, que presta á sus actitudes más gracia y á sus formas más esbeltez, y garantido su rostro por el velo de los rigores de las estaciones, conserva algunos años más su belleza. Su destino cambia y se mejora, y cada civilización la engrandece; ya se trata de merecerla, y el hombre empieza á adorarla.

Elena aparece y es robada: los pueblos disputan por arrebatarla á sus raptos, y la mujer entra á paso de gigante en la historia. Pero si algunas célebres mujeres arribaron á la fortuna, si coronaron su frente con la auréola de la gloria, la inmensa mayoría de este sexo desgraciado gemía bajo un yugo de hierro.

¿Qué había de suceder en aquella época en que las princesas de Homero iban á labar la ropa en las fuentes ó en los ríos? Los ejemplos de las amazonas, de las intrépidas guerreras que nos ha transmitido la tradición; las leyendas del Madagascar nos han descrito la comarca habitada solamente por mujeres, que fué colonizada más tarde, al parecer, por un pobre pescador llamado Buraha, que fué arrojado, con su barca, por la tempestad, en aquella playa desconocida, y los marinos que le acompañaban fueron acogidos por la hospitalidad femenina, y los naufragos salvados no quisieron volver á embarcarse y abandonaron á Buraha, que, prudente como Ulises, huyó de tan peligrosa hospitalidad, y la fábula supone que fué llevado por un delfín á la isla de Santa María, en la que fundó una colonia.

Continuó el martirologio de la mujer, y el mundo antiguo, lo más anómalo y extraño que ofrece á nuestros recuerdos, fué que la libertad, la riqueza, los gozes refinados de la cultura de las bellas artes, fueron el goce exclusivo de las cortesanas, y en la organización de la familia la mujer era la primera de las esclavas, y en los más bellos tiempos de la república romana, según refiere Plutarco, Catón el antiguo prestó su mujer á uno de sus amigos por tres años, y al cabo de este tiempo volvió á recobrarla. Es preciso añadir que los romanos eran casi bárbaros, ignorantes, groseros, grandes guerreros y administradores; pero ajenos al amor, á las artes, y la mujer, sinónima de arte, es la que inspira el arte, y este hecho que hemos citado antes, no se realizó nunca en Atenas, en este pequeño pueblo del Atica, el primero en respetar hasta la cortesana, porque adoraba la belleza.

La historia de la mujer, de este ser encantador, es la de la humanidad entera, y cuanto más libre es la mujer, se eleva más el nivel moral y se puede sostener como un axioma, que el respeto que se consagra á la mujer y la valiosa importancia que se le tributa en un pueblo son el verdadero criterio de la civilización que distingue á este pueblo.

La Grecia nos ha legado la Vénus de Milo, la obra maestra de la belleza plástica, pero los progresos de esta época no habían concurrido para la mujer sino respecto del desarrollo de su belleza física, y estaba reservado al cristianismo el ennoblecirla por la familia y el divinizarla por las costumbres caballerescas de los tiempos feudales.

Por la educación superficial que había recibido, la ociosidad que la rodeaba, la ausencia del marido por las luchas constantes de aquella revuelta y agitada época, la mujer, impulsada por el sentimiento de lo maravilloso, se entregó en manos de un poder nuevo.

Desde el siglo undécimo fué instrumento de este poder inquieto, celoso y dominador absoluto que se introdujo bajo el techo conyugal para estudiar los pensamientos y modificar las tendencias, y entonces cesó la intimidad entre las almas de los cónyuges, se verificó una escisión y comenzó la

lucha de los Guelfos y Gibelinos trasportada á la familia, lucha gigantesca establecida sobre un pequeño teatro, pero de funestas consecuencias, y debemos confiar en que la cultura de los espíritus, el progreso de los tiempos, el buen sentido, guiado por la afección, acabarán de conquistar la victoria.

Se dirige la misma pregunta á un viajero, ya venga del Mogol, de la China, de la Circasia ó de cualquier region del globo. Es la preocupacion constante el saber si las mujeres son bellas. No se trata de inquirir si son buenas y virtuosas, y esta pregunta abate un poco el ídolo.

Todo es relativo. Una mujer graciosa y que resalta por sus excelentes dotes, presta un atractivo á todo lo que la rodea, y se puede decir que la sonrisa de una mujer basta para embellecer á un país.

Algunos viajeros confirman nuestra opinion, refiriéndose, por ejemplo, á Yucatan, una provincia de Méjico, donde la tierra es una llanura monótona, que no riega ningun rio, ni la circundan montañas, y que les ha parecido bello, encantador, al través del velo poético que le prestan sus habitantes.

Señalan tambien á Aden como una isla volcánica y un país árido, desolado, desnudo de toda vegetacion, donde sus moradores tienen una expresion de fisonomía tan dulce, y sus mujeres un rostro tan agraciado, que encontraban hasta agradable aquel clima devorante y su desierta roca.

Indican á Madagascar como un país dulce y hospitalario, de un clima templado, de una tierra fértil que no exige de los seres que abrigan, ni lucha ni combate, porque sus hijos no tienen grandes necesidades, y por consecuencia, carecen de vicios. Cuando han comido sus pirámides de arroz, jóvenes y viejos, mujeres y niños van á sus faenas; la ciudad parece quedar desierta y muchas casas son abandonadas, y basta colocar un palo tirado en el suelo delante de la puerta entreabierta, para advertir al que pasa la ausencia del dueño, y este inocente emblema, símbolo de la buena fe de las gentes, es suficiente para la defensa de la propiedad: ninguna persona se atreve á violar este recinto que se sirve de este palo tutelar.

La mujer no trabaja la tierra, y se aleja raramente de la casa. Se limita á preparar el alimento de la familia, á tejer telas y á estar al cuidado de sus hijos.

El hombre toma á la mujer por *via* de ensayo, la guarda, ó la cambia á su gusto, lo que no impide á la repudiada de encontrar otro marido que la acepte, y como la adopcion se realiza en las costumbres, los hijos encuentran otra madre tan tierna como la que los abandona. Generalmente, en el Norte, sobre todo en Madagascar, el hombre posee tres mujeres, la esposa legítima y noble, la de condicion ménos elevada, y la esclava bella, que repudia cuando se vuelve fea.

Así el hijo de esta comarca es un sér sensual por excelencia, y la mujer no parece otra cosa á sus ojos que un objeto de primera necesidad. En la hospitalidad que él practica con religion, ofrece desde luego una casa que sirva de abrigo al viajero, pescados, arroz y otros frutos, su mujer ó su hija. El desgraciado cree obrar bien, y en vano los misioneros hacen esfuerzos para modificar estos instintos groseros; estas inteligencias candidas no comprenden la castidad; la vida de abstinencia del prelado, les admira sin persuadirles de su error. En todas las poblaciones de raza negra la mujer vive casi en idéntica condicion, es instrumento de lucro, de trabajo, de placer; solamente el tipo de belleza que se le atribuye, cambia segun el ideal de su dueño.

Speke, relatando su visita al rey Mieza, habla de sus mujeres con espanto. Este rey negro no poseía un serrallo, sino un rebaño de elefantes. Las desgraciadas mujeres luchaban para obtener una obesidad monstruosa. Un decreto ordenaba que comieran sin cesar, y en el intervalo de las comidas se veían obligadas á beber leche sin interrupcion hasta morir. Speke habla de una de estas favoritas, cuya pierna era más gruesa que su cuerpo.

El rey de Dahomey tiene otros gustos. Además de la sangre que se ha complacido en derramar, creó un cuerpo de guardias de su persona, formado de las jóvenes más bellas de su reino, que ascendían á tres mil. Este tirano imponía á sus amazonas el voto de castidad, tan difícil de observar, en Africa sobre todo, y estas guerreras lo demostraron de un modo tan evidente en una revista, que 750 ofrecieron el testimonio público de haber violado el voto de continencia, y todas fueron decapitadas.

Y la mujer turca, degradada, envilecida en el harem de los grandes, es cambiada por otras, segun las circunstancias de su señor.

La poligamia, este principio desmoralizador, tiene por fundamento la idea absurda é indigna de que la mujer no está dotada de alma. Los mormones, adoptando igual doctrina, toman todas las mujeres que pueden alimentar, á fin de salvarlas, porque dicen que las mujeres no pueden entrar en el cielo sino son conducidas por un esposo. Esta corrupcion musulmana es un desafío arrojado á la faz del universo. Esta raza ha abolido la familia, se ha atrevido á matar el amor, que constituye el encanto de la vida y la hace posible.

En Asia, la mujer india es víctima de instituciones deplorables: prostituye su juventud al culto de Brahma, para sucumbir mártir de una preocupacion

deplorable, y en el Thibet parece que predomina como un honor que toda una familia de hermanos se contente con una esposa vulgar.

¡Qué costumbres tan bárbaras y tan diferentes! Polígamo y monógamo á su vez, el hombre, abusando del derecho del más fuerte, modifica la moral, á su gusto, y salvo en la civilizacion cristiana, convierte á la mujer en una bestia de carga, en una esclava de sus apetitos.

Aparece de esta diversidad de costumbres, que la historia de la mujer es la historia de la moral en cada region del globo, pero la moral verdadera es la que nos impone la nocion del bien y del mal, y la conciencia no puede engañarnos.

Cada falta engendra su expiacion y abate el carácter del que la comete.

La familia no puede vivir sin la esposa, sin la madre. El judaismo, nacido en el período de la vida nómada, dispersado entre tantas naciones por la ley de la historia, ha conservado la sólida base de la familia, y alimentado siempre el amor de una cultura progresiva, en los tiempos más desgraciados, y fué una fortuna para la humanidad que el cristianismo saliera de este pueblo, para derramar los gérmenes de la vida de familia fuera de los límites de esta tribu, para diseminarlos en el mundo.

La sociedad griega, á pesar de su civilizacion avanzada, no pudo encontrar la ley constante de un continuo progreso. La cultura romana, despues de Caton el antiguo, ha hecho ver al mundo toda la grandeza de la mujer casta. La gran Cornelia, la madre de los Gracos, nos ofrece un magnífico testimonio de la dignidad de la virtud, todo el poder moral de la matrona respetable y venerada.

Pero el espíritu de Roma abrazó con preferencia el desarrollo exterior.

La familia no tenía valor, sino por los servicios que podía hacer á la ciudad, al Estado, y el día en que la educacion se hizo individual comenzó la decadencia del Estado romano.

El cristianismo, durante algun tiempo, parecía ser la llave de la formacion de la tribu y del municipio, para asegurar la base de la familia en todas las transformaciones sucesivas de los pueblos, pero el elemento fundamental del municipio y del Estado lo suministraron las tribus alemanas consagrando el culto de la familia.

¿Quién ignora que la mujer, la madre, han ejercido una inmensa influencia en el destino y en la carrera de los más grandes hombres? El padre es el jefe de la familia, pero la madre es el centro, y debe ser el verdadero representante de la casa; la presencia de la madre dá sola toda su plenitud al sentimiento, á la afeccion del hogar. Y por esta razon debe ser la única mujer del esposo, y no una de sus mujeres; debe ser libre y no esclava; debe tener una gran parte en la educacion general, y no ser excluida, porque en la marcha natural de las cosas, en razon de su contacto más frecuente con el niño, conoce y penetra mejor su manera de ser, las particularidades de su carácter, las disposiciones de su espíritu, que el padre, cuyas impresiones son más raras, cuyo juicio es guiado por principios generales y no por observaciones particular y frecuentes.

¿Quién duda que sucede tambien lo contrario? Pero abundan los ejemplos para probar que las madres son las primeras institutrices y si no se puede negar, en general, que á ellas corresponde esta parte de la educacion, que decide con frecuencia y para siempre de la salud del cuerpo y del alma de sus hijos, cómo no se ha de pensar en mejorar esta educacion, para que cumpla con acierto é inteligencia deberes tan sagrados como difíciles? Es necesario que se perfeccione la educacion de la mujer para que ejerza de una manera fructuosa su poderosa iniciativa sobre el niño y sobre el hombre en provecho del desarrollo general.

Pero la educacion de la mujer ha sido siempre incompleta. Las ideas que reinaban en las sociedades antiguas, no permitían á la mujer que constituyera una posicion realmente favorable. El cristianismo creó escuelas en los conventos que atrajeron á la juventud femenina, y se formaron congregaciones de mujeres consagradas á la instruccion. Pero esta instruccion, principalmente religiosa y dogmática, bien poco práctica y económica, no tenía verdaderamente por fin un desarrollo intelectual.

¿Cuánto tiempo ha sido necesario para que se reconozca la insuficiencia de esta educacion monástica! El venerable Fenelon escribía hace más de doscientos años. «¡Es preciso que la mujer sea instruida conforme á las obligaciones de su vida. Ella debe vigilar la educacion de los niños; para los hijos hasta cierta edad, para las hijas hasta su casamiento; ella debe vigilar la vida, las costumbres y el servicio de las gentes de su casa. Ved en lo que consisten sus funciones y en las que debe ser instruida.» Votos bien sábios, si se considera el estado general de las escuelas de las niñas en el siglo xvii, y aun en el siglo en que vivimos. No vamos á ocuparnos en este artículo de la cuestion tan debatida de la emancipacion de la mujer. En tésis general, consideramos á la mujer como el ángel del hogar, su vocacion natural es la de ser esposa y madre. Pero más de una mujer no es esposa y madre. A más de una mujer son dados los más grandes medios de ejercer una gran influencia sobre la suerte de la humanidad. El estado de la sociedad moderna, y un desarrollo ulterior la darán la suma de libertad individual conve-

niente, para que tome la parte activa que le corresponde en la solucion de las cuestiones generales que interesan á la humanidad.

EUSEBIO ASQUERINO.

## LOS FERRO-CARRILES DEL PIRINEO CENTRAL.

Probado queda en los artículos anteriores que á ninguna Compañía conviene construir la línea de Canfranc y si la de Gavarnie, porque con la primera perdería y con la segunda ganaría no poco; pues hé aquí para la Compañía concesionaria que tomase la línea férrea central directa, su cuenta arreglada con la combinacion de Canfranc.

Noventa millones más que gastar, de pesetas, en la primera que en la segunda. El tráfico más importante, que, partiendo desde Madrid hubiese continuado por Zaragoza, Huesca y la línea central francesa, desviado en Calatayud, sería dirigido hácia Pamplona, Bayona y Burdeos. Lo que costaría además 172 kilómetros en terreno difícil el cual se halla á la vez en las dos travesías.

El tráfico, que partiendo de Valencia y de todo el litoral español del Mediterráneo para ir á Francia por Huesca, sería desviado en Mequinenza, para dirigirse á Barcelona ó Perpiñan. Por tanto, nadie, en nuestro juicio, debe interesarse en la construccion del ferro-carril de Canfranc, porque el capital empleado en ella sería improductivo; y si se hace algun día, que sí se hará *la de Gavarnie*, aún sería más inútil.

El periódico el *Messenger de Bayonne*, trajo hace años una discusion larga sobre los ferro-carriles del Pirineo, sin mentar para nada la travesía por Gavarnie; sólo la crítica de su redactor se dirigía exclusivamente contra la travesía de Somport ó de Canfranc; pasó como sobre áscuas por la otra que defendemos, creyendo tal vez que las dos travesías de Gavarnie y Aldudes, lejos de excluirse, son partes integrantes de un sistema completo, en el cual cada una hace su papel en provecho de todos los intereses. Para el *Mensajero* en su crítica exclusiva, no hay necesidad de ninguna travesía más por los Pirineos; sus deseos eran y son que queden aislados 500 kilómetros de fronteras y que se obligue á todo el mundo á pasar por Behovia, ó por Gerona y Perpiñan; esa es su conclusion y á esto tienden sus razonamientos, dando por única razon que un hilo tendido entre París y Madrid pasa sobre Bayona. ¡Valiente argumento! Ya hemos dicho que podrán pasar los pichones, pero no pasarán los wagones que quieran adoptar la línea más corta, pues:

	Kilómetros.
Por Gavarnie, Zaragoza, Calatayud...	1.346
Por Burdeos, el Roncal, Castejon, Soria.....	1.400
Por el Noguera Pallaresa.....	1.430
Por Puigcerdá.....	1.438
Por Burdeos, Aldudes, Pamplona, Zaragoza, segun <i>El Memorial de Pau</i> , periódico de la localidad.....	1.441
De París á Madrid hay,...	
Por Bayona, Pamplona, Zaragoza, Calatayud.....	1.449
Por Burdeos, Bayona, San Sebastian, Búrgos, Valladolid.....	1.452
Por el Esera, Luchon, Benasque, la Glere.....	1.455
Por Perpiñan, Gerona, Barcelona..	1.863
Por Canfranc, Jaca, Zaragoza.....	1.445
Por Bayona, Pamplona, Calatayud..	1.456
De Lyon á Madrid hay,...	
Por Barcelona y Perpiñan.....	1.363
Por el Esera y Luchon.....	1.374
Por Gavarnie y Zaragoza.....	1.295
Por Perpiñan y Barcelona.....	1.565
De Burdeos á Madrid.....	
Por Luchon, Esera y la Glere.....	952
Por Gavarnie.....	891
Por Canfranc.....	869
Por Bayona, Pamplona y Calatayud.	862
De París á Valencia.....	
Por Perpiñan, etc.....	1.630
Por Luchon, etc.....	1.376
Por Gavarnie.....	1.351
Por Canfranc.....	1.434
Por Bayona, Pamplona y Calatayud.	1.459
De Lyon á Valencia.....	
Por Perpiñan, etc.....	1.130
Por Luchon, etc.....	1.295
Por Gavarnie.....	1.279
Por Canfranc.....	1.440
Por Bayona, etc.....	1.446
De Burdeos á Valencia.....	
Por Perpiñan, etc.....	1.104
Por Luchon, etc.....	873
Por Gavarnie, etc.....	815
Por Canfranc, etc.....	853
Por Bayona, etc.....	876

No es, pues, por Bayona por donde el hilo bayonés haría pasar el ferro-carril.

¿Lo será por Calatayud? Aún ménos, pues resultarian por lo ménos 65 kilómetros de abreviacion á la línea de París á Madrid por Gavarnie. Si no es por Tolosa, ni por Pamplona, ni Calatayud por donde el hilo bayonés pretendía conducir la vía férrea en otro tiempo, lo sería por Sigüenza, Soria, Calahorra y los Aldudes ó el Roncal. Veámoslo. Por esta primera direccion, el *Messenger de Bayonne* anunciaba hace años que había entre París y Madrid 1.287 kilómetros, dando 506 entre Bayona y Madrid; lo cual no puede ser cierto porque solo

de París á Pamplona, por Burdeos, Bayona y los Alduides, hay 924 kilómetros, y de París al Roncal cerca de 900 kilómetros, y por poco que se tengan en cuenta las sinuosidades impuestas por el Duero, el Ebro y otros rios, y por más de tres cadenas de montañas que habria que atravesar, la carta medida con compás, acusa una distancia de más de 480 kilómetros para distancia entre Pamplona y Madrid, por Zaragoza, y de más de 450 kilómetros para la del Roncal á Madrid, por Castejon y Soria por ser más directa: hoy sabemos que de Madrid á Pamplona, por Zaragoza, hay 525 kilómetros; luego sumado con 924, da 1.449 kilómetros, en vez de los 1.287 que decia el *Message*; y en cuanto á la que pasa por el Roncal y Castejon y Soria con el aumento que ordinariamente se toma entre la quinta y sexta parte de la distancia total, por poco que la topografía sea accidentada, como sucede aquí que dicho trazado tiene que atravesar tres cadenas de montañas y dos rios importantes, obtendremos para la distancia entre París y Madrid, por la línea nueva del Roncal, sobre 1.400 kilómetros; lo que aumenta en más de 50 kilómetros de más con respecto á la línea de Gavarnie.

Pero los bayoneses debieron tender tambien el hilo entre Madrid y Lyon, segunda capital de Francia, y entre Madrid y Marsella, la tercera, y en este caso hubieran hallado que el hilo pasaba tan cerca del companario de Gavarnie, que esta vez sí que seria verdad que pichones y wagones atravesarian la cadena en el mismo punto. Las dos distancias medidas nos darian entre Madrid y Lyon:

Por los Alduides..... 1.456 kilómetros.  
Por Gavarnie..... 1.295 »

¿Cuál será de estas dos travesías, señores de la compañía del Norte y señores bayoneses, la que el comercio pedirá que se suprima? Bien cierto que no será la de Gavarnie con más de 150 kilómetros de menos que recorrer. Tampoco creemos que pedirá que se suprima la de los Alduides ó el Roncal, porque esta línea aún hallará en las cuencas del Ebro y del Duero necesidades especiales que satisfacer, puesto que por un lado hay siempre para el comercio alguna cosa que ganar en la rivalidad para el bien que puede satisfacer entre dos líneas diferentes, la necesidad de agotar una parte importante de sus tráficos en el mismo origen; y aunque es evidente para nosotros que la travesía por Gavarnie tendrá una utilidad comercial mayor que las demás, sentiríamos mucho, sinceramente lo decimos, que no tuviese la línea de Pamplona para servir de estimulante.

Estudiando el cuadro de distancias que ponemos más arriba entre París, Madrid, Burdeos, Valencia, Lyon, cuadro en que el comercio verá, la industria, y los capitalistas constructores, que la línea central directa por Gavarnie siempre sale, menos en una que es de Lyon á Palencia por Perpiñan, con una distancia menor de algunos kilómetros que las demás, tanto que en algunos casos excede esta diferencia en favor de nuestra línea de más de 500 kilómetros, y por él conocerá qué líneas de esas deben suprimirse y cuáles deben construirse, las primeras, en igualdad de circunstancias de trazados, seguridad, baratura, etc., y por cierto que indudablemente el comercio, la industria, la agricultura, etc., conocerán que, por lo que hasta aquí llevamos escrito y probado, la línea preferible á todas, bajo todos los puntos de vista, es la línea de Gavarnie-Torla, pues por lo menos, en cuanto á lo que se refiere á la línea del valle de Aspe y de Canfranc por el paralelo que hemos establecido entre ambas, se ve entre las dos líneas estas, de Canfranc y Gavarnie, una economía de 90 millones de pesetas, más lo que deben costar además en la travesía del valle de Aspe los 172 kilómetros en terreno difícil que se hallan á la vez en las dos travesías, desprendiéndose de aquí una curiosa conclusion y es: que las sumas ahorradas en la travesía de Gavarnie, bastarian para cubrir las subvenciones nacionales que exigirian sobre las dos vertientes de la cadena pirenaica, la construcción de todos los ferro-carriles que haya que hacer en toda la longitud de los 500 kilómetros de los Pirineos; por tanto, y sobre esto, llamamos la atención del Gobierno, de la nación, de los señores diputados y de todo el mundo, que el ferro-carril de Canfranc, aun con subvención, será improductivo, y haciendo el de Gavarnie cualquiera empresa puede construirlo sin subvención, y la nación ahorrar no pocos millones.

Bien sabemos que el proyecto aprobado por el Gobierno para el paso por el Pirineo Central es el de Canfranc por el Pantano y Huesca, con pendientes de 31 milímetros, cuya variante tiene pocos partidarios, pues es mejor trazado el de Ayerbe con 20 milímetros, y mucho mejor que el del valle del Cinca con pendientes de 35 milímetros, que tendrá muy en cuenta, y más que la Junta Superior Consultiva de Guerra, la Compañía que tome á su cargo la explotación de aquel camino si se llega á hacer; pero aunque la preferencia de hecho y de derecho otorgada al proyecto de Canfranc por la ley de 1870 no la ignoramos, nosotros cumplimos nuestra misión señalando á todos algo mejor que ese proyecto con grandes ventajas, que muy bien pudiera suceder que llegado el momento de obrar y construir, nuestros vecinos señalasen la necesidad de fijar más y volver á estudiar otra variante por la brecha de Rolland, para perfeccionar del todo el proyecto y marcar el punto obligado internacional de la línea directa de París, Madrid, Lisboa, en cuanto estén ultimados todos los pro-

yectos del Noguera y del Roncal, todos los expedientes, informes y dictámenes, así civiles como militares, del lado de acá de los Pirineos, pues así lo exigen los adelantos de la civilización y del progreso que pugnan con trabas que en algun tiempo hubieran podido justificarse, contrarias á la necesidad y facilidad de comunicarse que tienen todos los pueblos cultos. En nuestro sentir, y ya lo hemos dicho antes, debe aprobarse, votarse y construirse la primera la línea central directa, por Zaragoza, Huesca y Gavarnie; inmediatamente debe hacerse la línea local de los Alduides ó el Roncal, que otorgada sin subvención, es de necesidad; no siendo tan urgente, á nuestro modo de ver, por los intereses que va á servir, la del Noguera ó Puigcerdá, que con la de Barcelona y Perpiñan no puedan esos estarlo bien por ahora, y aplazarse algo más esta para cuando las otras dos estén en explotación ó próximas á concluirse, aunque, vuelvo á repetir, que esta de Gavarnie es una verdadera arteria comercial y de gran importancia, atendidos los grandes y pequeños intereses del porvenir que satisfará, siendo el mayor de ellos el interés central que se resume en la union de las dos capitales París y Madrid, por la vía más corta posible que pasa por Zaragoza, Gavarnie y el centro de Francia, hallando esta en todas partes una población numerosa, atravesando el corazon de las dos naciones con un tráfico considerable, alejada siempre del mar y de los peligros que puede traer este algun dia, siendo garantía de no quedar interrumpida su circulación, y más inofensiva que las demás para la independencia de las dos naciones, por las montañas inabordables que rodean su paso hacia la frontera; y para servir esos intereses generales entre París y Madrid habrá otros caminos por Burgos y Pamplona, tocando unos cuasi y otros lamiendo el mar sobre una gran extension, los cuales pueden, en tiempos de paz, hacer gozar á su tráfico de esa ventaja, y suplir, regularizar ó moderar, caso de necesidad, á la línea central por una competencia saludable.

Entre Madrid y Lyon habrá del mismo modo varios caminos; uno, el más corto, por Gavarnie, con las mismas ventajas de tráfico y seguridad política; otro por Perpiñan y el litoral haciendo los mismos servicios que las líneas de Bayona entre París y Madrid. Además, entre Madrid y Burdeos habrá las direcciones litorales por Bayona, y despues, en su defecto, la de Gavarnie, más lar-

ga seguramente, pero no tanto que cause en las relaciones comerciales un peligro serio.

Digamos algo tambien de los pequeños intereses de las localidades especiales, citando entre otras Jaca, el valle de Aspe, Oloron y Pau.

Lo que piden éstos es la travesía de la cadena pirenaica por Somport, cuyo tráfico quedaria siempre sin importancia ni actividad, por hallarse despojada, á causa de su longitud, inevitablemente, del gran movimiento internacional, que es el más importante: pero por otro lado, tendrian una travesía de los montes, dirigida, es verdad, por otros valles, mas tan cercanos y bien dispuestos para los negocios generales, que un inmenso tráfico, venido de todos lados, les asegurará el servicio más activo, las tarifas más moderadas y la vigilancia más constante y eficaz; y por otra parte, una union inmediata á esa travesía, no por sencillos ramales constituyendo vías sin salida, sino por líneas continuadas á lo lejos, participando de la red general de cada nacion y dando á todas esas localidades servicios importantes.

Así es que deberian hacerse, para Jaca, la línea secundaria que uniese Vitoria y Pamplona con Huesca, por el rio Aragon, la cual conduce tambien á Barcelona y Valencia, y le valdrá más que la estéril direccion del Gállego ó del valle de Aspe que no conduce bien á ningun lado.

Para Oloron, que no obtiene nada absolutamente en la combinacion de Somport, la línea de Pamplona á Lyon, despues el ramal hacia Urdos, los cuales se ramifican así en todo el canton.

Para el valle de Aspe, ese ramal hacia Urdos, trazado siempre en el fondo del valle, que le valdrá más, sin duda, que el placer bastante pueril de ver con el recurso de un buen anteojo, los convoyes rodar como flechas sobre las cimas descarnadas que lo dominan á 5 ó 600 metros de altura.

Para Pau, en primer lugar, hacia Zaragoza una abreviacion que era ya de nueve kilómetros, con el trazado de pendientes más suaves que las del valle de Aspe.

Despues la línea de Pau á Pamplona por Oloron y el país vasco, que tambien tiene algun interés para nosotros los españoles.

Y despues, por último, para ir á Barbastro, á Barcelona y Valencia, una abreviacion de más de 100 kilómetros.

Damos aquí dos cuadros de distancias, que son bien interesantes.

Cuadro de distancias comparativas entre Zaragoza y diversas ciudades de Francia, siguiendo las seis travesías centrales de los Pirineos.

	DISTANCIAS.						Abreviaciones en favor de Gavarnie.	
	Por el valle de Aspe.	Por Gavarnie	Por el Cinca.	Por Luchon y el Esera.	Por el valle de Aran.	Por el Noguera Pallaresa.	Máxima.	Mínima.
París.....	1.089	1.006	1.077	1.094	1.166	1.228	222	71
Lyon.....	1.095	982	1.026	1.013	1.085	1.078	113	31
Burdeos.....	508	470	574	591	663	725	255	38
Toulouse.....	499	385	417	404	476	469	111	19
Montauban.....	539	426	470	457	529	522	113	31
Agen.....	482	369	440	457	529	591	222	71
Mont de Marsan.....	439	326	451	468	540	606	280	113
Auch.....	412	299	370	387	459	525	226	71
Tarbes.....	338	225	350	367	439	505	280	113
Pau.....	281	244	408	424	446	562	318	37

Segundo cuadro de las longitudes comparativas de las diversas travesías centrales de los Pirineos por vías férreas, comprendidas entre el camino de hierro de Toulouse á Bayonne y el de Zaragoza á Barcelona.

TRAVESÍAS.	PUNTO DE PARTIDA.	PUNTO DE LLEGADA.	Las dos vertientes septentrional y meridional reunidas.			Longitud de menos á construir por Gavarnie.	
			En llanura.	En país quebrado.	Longitud total.	En llanura.	En país accidentado.
			Longitud.	Longitud.			
Por el valle de Aspe..	Estacion de Pau.	Estacion de Zuera	90	165	255	49	41
Por Gavarnie.....	Id. de Lourdes.	Id. de Venta Viollada.	41	121	162	»	»
Por el Cinca.....	Id. de Mour.	Id. de Monzon.	42	145	187	1	24
Por Luchon y el Esera.	Id. de Montrejeau	Id. de Monzon.	59	130	189	18	9
Por el valle de Aran y el Rivagorzana.....	Id. de Montrejeau	Id. de Lérida.	97	122	219	56	1
Por el Noguera Pallaresa.....	Id. de S. Martory	Id. de Lérida.	93	155	248	52	34

El primer cuadro comparativo suministra enseñanzas interesantes. Por el se vé, que de las 40 villas francesas, resumiendo, por lo menos, los  $\frac{9}{10}$  del interés que tienen los franceses, al propio tiempo que los  $\frac{1}{10}$  del interés europeo para llegar á España, á Zaragoza, la cual, para todas es el camino de Madrid, de Lisboa y de las tres cuartas partes de la Península, la travesía por Gavarnie realiza siempre una abreviacion notable que se eleva hasta 318 kilómetros, sin descender nunca á menos de 19. Y este ahorro en la distancia, se verifica precisamente en Toulouse sobre la travesía por Luchon y Benasque, que parece ha tenido, hasta de hoy, el privilegio de excitar ciegamente, un poco puede ser, las simpatías entusiastas de aquella importante ciudad, cuyos habitantes deben tener gran interés en abandonar esa travesía por la de Tarbes á Gavarnie, siendo de notar el

caso, que la conclusion general que se deduce de las cifras de ese cuadro anterior, no podrá cambiarse por los documentos más precisos que un dia se obtengan sobre las cuatro travesías orientales, por provenir de estudios completamente ultimados, puesto que en ningun caso esos estudios pueden conducir á obtener trayectos más cortos que el simple desarrollo de los valles recorridos, suprimiendo los 12 kilómetros añadidos en el cuadro anterior, á cada una de las travesías para la ascension de la cima central, quedando aún en ese caso imposible, reducida la economía de la distancia á siete kilómetros. Tambien debe despreciarse toda combinacion que tienda á reducir el trayecto hacia Zaragoza para una de las cuatro travesías orientales, haciéndole franquear diagonalmente, con peligro de un aumento notable en la longitud á construir y en el gasto, la region

subpirenáica española, en lugar de ir á enlazarla cerca de Lérida ó Monzon, á la línea de Barcelona á Madrid. La curva horizontal que va del Gállego al Cinca, á la altura de 470 metros sobre el mar, y trazada sobre las cartas de estos proyectos, revela un relieve tal, que no es necesario estar técnicamente iniciado en las dificultades prácticas de esta clase de trazados para apoyar la inutilidad de un trazado de este género, en favor de toda línea que no venga de la parte alta del valle del Ara, es decir, para toda otra línea que no sea la de Gavarnie.

El segundo cuadro pone á la vista de todos, los trayectos de las seis travesías y demuestra el mismo, que la de Gavarnie, ofrece comparativamente á las demás, sobre la longitud de vía férrea á construir especialmente para franquear los Pirineos, fuera de la red de los ferro-carriles, indispensables á las necesidades interiores de cada una de las dos naciones, una notable disminución, puesto que esa es ya de 25 kilómetros, sobre la más corta de sus rivales. Bueno será observar que Huesca, siendo capital de provincia, deberá ser atravesada por la red española de vías férreas, aún cuando la comunicación internacional central no se construyese, y de aquí, y no de Violada, deben partir los gastos que incumben, especialmente á la línea de Gavarnie. Por último, se puede asegurar hoy con la carta geológica en la mano, confirmada además por las muestras recogidas para toda la travesía de Gavarnie, que es en el trayecto de ésta en el que se encuentran las rocas más fáciles de explotar, y que aún antes que los estudios detallados y ultimados de sus cinco rivales ó seis se hayan hecho, estábamos, y estamos persuadidos, que su construcción presentará sobre todos, sin excepción, una economía notable.

P. CALVO Y MARTIN.

### LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA.

La idea de la independencia de América era una de las ideas capitales con que se inauguraba nuestro tiempo. Nosotros mismos habíamos contribuido á esparcirla en la conciencia humana, ayudando á Washington contra Inglaterra. Cuando los tratados de 1815 se formaban, cuando los reyes se repartían á girones el mapa de Europa, el silencio de la muerte era interrumpido por ese gran movimiento americano que en los países tropicales, donde el hombre parece rendido y esclavizado á la naturaleza, promulgaba las libertades fundamentales con la misma energía que los anglosajones en sus frios países; muestra evidente de la unidad del espíritu humano y de la universalidad de sus ideas.

No atribuyamos la independencia de América al odio y solo al odio hacia los españoles. Ciegos habrían de ser los americanos si no recordaran que nuestros navegantes les despertaron á la vida; que nuestros soldados destruyeron aquellos imperios donde se reunían los abusos y refinamientos del despotismo con la barbarie de las tribus salvajes; que nuestros sacerdotes llenaron aquellas selvas, donde humeaban los sacrificios cruentos, con las palabras del Evangelio; que nuestros arquitectos levantaron y hermosearon sus ciudades; que el génio de nuestros poetas se infiltró en su génio, y la sangre de nuestras venas en su sangre, y que en cincuenta años de descubrimientos fabulosos y de fabulosas conquistas les donamos una civilización que nos había costado quince siglos de martirios.

Nadie puede dudar que nosotros habíamos hecho por nuestras colonias cuanto cabía hacer dentro del espíritu reinante en la península. Las habíamos unido sólo nominalmente á España, dejándoles, bajo las manos de los virreyes, una libertad de acción que jamás gozaron las provincias españolas. Habíamos escrito aquel Código de Indias, cuyas sábias y justas leyes, si al espíritu del tiempo se atiende, han sido la admiración de propios y extraños. Habíamos fundado un Consejo, en el cual se sentaban hombres de ánimo recto, de corazón imparcial y generoso. En las Audiencias los magistrados españoles, según confesión de los mismos americanos, se distinguían por su rectitud y por su justicia. La esclavitud existía, es verdad, pero nunca fué tan dura como la esclavitud entre los anglosajones. Bolívar confesaba que la tiranía política de España no llegó á tanto extremo que diera motivo y ocasión á protestas violentas y revolucionarias. Alejandro de Humboldt, en su viaje de principios del siglo, notaba la profunda paz reinante en aquella sociedad, paz que contrastaba con la actividad guerrera de su fecunda naturaleza. Es suficiente decir que en la inmensa línea que se extiende desde Buenos-Aires hasta Lima y Quito, bastaban dos mil hombres para mantener en su benévola obediencia nuestras innumerables colonias.

Los indios eran, en la legislación española, tratados como niños que necesitan la autoridad de sus padres. Exceptuábanlos nuestras leyes de la alcabala, del diezmo, del derecho de patente y sólo establecía sobre ellos una pequeña capitación; dejábalos su administración propia bajo sus caciques; prohibía á la raza blanca permanecer entre ellos para preservarles de su astucia y evitar que cayeran esclavos de una incontestable superioridad. Permitíales mezclar, si no por ley, por cos-

tumbre, á la misa sus antiguas ceremonias, á las procesiones sus pintorescas fiestas, al severo entierro católico sus tradiciones de otra vida material; y la Inquisición, que perseguía el pensamiento elevado y sublime de Cazalla, que abrasaba las traducciones de Santa Teresa, que detenía la mano de Brocense, que encarcelaba á Fray Luis de Leon, parábase complaciente en presencia de la herejía, de la ignorancia, y dejaba al indio mezclar sus antiguas ideas, sus creencias antiguas, los recuerdos recogidos en sus selvas, con la ortodoxia pura del catolicismo. Nosotros no negaremos que en los primeros tiempos de la conquista, los indígenas fueron maltratados, vendidos y comprados, uncidos al carro del vencedor como bestias, encerrados en las entrañas de la tierra para que buscaran el oro y arrojados á los ríos para que pescaran las perlas; y en el siglo diez y siete, oprimidos en su conciencia, en su espíritu, por una teocracia imperiosa; pero cuando llegó la época de la emancipación, la raza blanca se había reunido en las grandes ciudades, los puertos, en gran parte, se habían abierto al comercio, las misiones jesuíticas habían sido sustituidas por establecimientos científicos; el ejercicio de las armas, tan necesario para conquistar la libertad, les había sido ya permitido, al menos á los blancos; y España misma había auxiliado á la emancipación de los Estados-Unidos.

La emancipación fué un hecho necesario. Sentíase el movimiento que separaba las colonias de su metrópoli; sentíase bajo el silencio del despotismo. Aranda había aconsejado ya á Carlos III que emancipara toda América menos las islas, que fundara allí grandes imperios, con los ojos puestos en la república naciente, en la república á quien España había auxiliado en sus primeros años, cuyo poder se convertiría pronto en gigantesco, cuyo ejemplo sería un lumínar para toda América, y cuya vecindad un incentivo de emancipación á nuestras mismas colonias. El gran político veía como una fatalidad inevitable el hecho de la independencia de América.

Y de esto se descubrían por todas partes innumerables pruebas; destellos del gran volcán que llevaba en sus entrañas el Nuevo Mundo. En 1770 el cacique de Jungasuca, descendiente de los condes de Oropesa por la línea materna, se levanta en armas contra España. En 1781 las explosiones revolucionarias estallaban en el suelo mismo de ciudades como Santa Fé de Bogotá. Y el Brasil trataba en 1789, al mismo tiempo que la tribuna francesa decía al mundo que el hombre es libre, trataba también de sacudir el yugo portugués. De suerte que no es un hecho aislado, sino un hecho universal y humano, el hecho de la independencia de América.

Europa coloniza en Asia, porque Asia ha perdido al pié de sus antiguos altares y de sus petrificadas teocracias el sentido general humano que aguijonea la actividad de los pueblos. Pero Europa no puede colonizar en América, porque América, la América de los puritanos, la América de la conciencia libre; porque América, la América de Washington, la América de la democracia y la república, ha sobrepuesto al sentido de la vieja Europa con sus instituciones verdaderamente humanitarias, cuyo planteamiento no ha de costar aún, ha de costar á Francia, á Inglaterra, á Alemania, como á España é Italia, procelosas revoluciones.

Porque hay otro hecho, que no podemos, que no debemos olvidar nunca: América es un país en su esencia democrático, y en su forma republicano. Vino á la historia en aquellos tiempos en que el mundo salía de las sombras de la Edad Media para entrar en la edad victoriosa del Renacimiento. La brújula había fijado el punto de mira á los navegantes, señalándoles algo inmóvil y eterno como Dios, en la movilidad y vaguedad del turbulento Océano. La pólvora había sido un rayo, con el cual podía el pueblo llegar á la cima de los castillos y abrasar las potentes alas del águila feudal. Por los libros de Copérnico la tierra dejaba de ser plana, como la piedra inmóvil de un sepulcro, para pasar á ser una esfera bruñida por la luz, concertando sus armoniosos movimientos y sus parábolas con todo el universo. Los horizontes de la vida se agrandaban hasta lo infinito con los descubrimientos de la astronomía, y los trabajos del génio se vinculaban hasta la eternidad con el descubrimiento de la imprenta. Los nominalistas y los realistas se habían desvanecido como una procesion de fantasmas para abrir paso á la observación y en la experiencia que reconquistaban el mundo real, y devolvían su santa maternidad á la naturaleza. Sobre estas maravillas de la vida y de la ciencia, tendía sus guirnalda de mirtos y laureles el arte. La música tomaba el vuelo hacia lo infinito en los hosannas de Palestrino y en el coral de Lutero; las monstruosas esculturas de la Edad Media, que parecían rígidas como cadáveres, ó encorvadas bajo el peso de una maldición como los condenados del Dante, se erguían, se dibujaban en las admirables formas griegas, alzaban al cielo con éstasis la esférica cabeza ceñida de los esplendores de la hermosura, y fluían de sus labios entreabiertos por la sonrisa de la felicidad, invisibles, pero vivas inspiraciones; las tablas se animaban en aquellos días de una segunda primavera para el espíritu, con los pinceles de Leonardo de Vinci y de Rafael, que habían arrancado al iris sus colores, y á la antigüedad resucitada de su sepulcro de diez siglos la perfección plástica; sobre las pie-

dras y los metales estendían Benvenuto Cellini y Berruguete una eflorescencia misteriosa, al lado de Miguel Angel que creaba su raza de Titanes; y mientras de las ruinas de Constantinopla venían como luminosas apariciones los poetas y los filósofos de la antigüedad á completar la historia; mientras los Manucios entraban en Venecia con los tipos de la imprenta para escribir el testamento del mundo clásico; mientras la rotonda surgía como una corona mística en la frente de las grandes iglesias greco-romanas que divinizaban el panteón de los dioses antiguos, Colon traía en su débil esquife las inocentes razas y las misteriosas esencias del mundo de lo porvenir, como un rejuvenecimiento de la naturaleza que coincidía con el rejuvenecimiento del espíritu, como una renovación de la vida que coincidía con la renovación de la ciencia; como un paraíso que abría el Eterno al hombre regenerado por la libertad y por el trabajo.

América es el premio dado á la humanidad por haber tenido fuerza bastante para derrocar el despotismo teocrático y conciencia bastante para proclamar la libertad del pensamiento. Allí no cabrán nuestras viejas instituciones y nuestro corrompido feudalismo. Allí, en el seno de la inmensa naturaleza, sólo cabrá la inmensa igualdad social. La raza anglo-sajona, tan aristocrática y tan supersticiosamente histórica, al tocar aquella tierra virgen se convertirá en una raza democrática y promulgará el derecho de todos los hombres sobre la ruina de todas las gerarquías. La independencia y la república se confundirán en América y serán el mismo pensamiento, la misma causa. Así los hijos de Massachusetts, descendientes de los regicidas, y los hijos de Virginia, descendientes de los caballeros, plebeyos los unos, patricios los otros, se reunieron bajo la amenaza de la metrópoli, como los descendientes de Numa y los descendientes de Servio Tulio se reunieron en Roma bajo la espada de Annibal. La república surgió. En aquella sociedad nueva no hubo ni rey ni aristocracia, ni iglesia oficial, ni clero privilegiado; el pensamiento fué libre como el espíritu; la conciencia pudo dirigirse á Dios en completa espontaneidad, en comunión completa con lo infinito. El gobierno nació de todos y á todos fué responsable. Establecióse el jurado como reflejo de la conciencia popular. El sufragio fué universal. Los privilegios cesaron, y el mundo se asombró al ver que un pueblo niño tenía la madurez de los pueblos ancianos, y una sociedad recién fundada la firmeza de los más antiguos imperios; sociedad sin mancha, que nació en medio de una naturaleza gigante como Eva en el Paraíso, con la estrella de la libertad sobre su frente. Washington la fundó en la virtud y en la igualdad, mientras el viejo mundo no comprendía la libertad sino bajo la forma del absolutismo. Franklin, que sólo aspiró á la gloria desconocida en las viejas sociedades de ser un buen ciudadano, Franklin reconcilió América con Europa. Desde aquel punto, desde aquel glorioso instante, quedó ya establecida la libertad. El rayo descendió del cielo, ó fué á besar humilde las manos que habían quebrado el cetro de los reyes. No hubo remedio; el ejemplo de los Estados-Unidos fue un ideal para toda América, y se fundó sobre bases indestructibles en toda ella este gran bien, la independencia; y este otro bien todavía mayor, la república.

No en vano suceden los más graves y trascendentes hechos de la historia; no en vano España descubrió á América. Cuando sucede un hecho de esta clase, un hecho que es como un faro levantado por Dios en las riberas infinitas de los tiempos, cuyo curso no acaba nunca, ese hecho forzosamente ha de trascender á muchos siglos, ha de influir en muchas generaciones. Mueren los pueblos, se borran sus huellas de la tierra, su recuerdo de la historia; y sin embargo, esos hechos capitales que condensan en torno de un punto del espacio la materia cósmica, pasan de generación en generación, llevan su vida á los más profundos abismos, salvan esas grandes hileras de sepulcros donde yacen tantos pueblos enterrados, y se levantan á la inmortalidad, como si los bañara la luz de aquellas ideas eternas que Platon veía flotar en la mente de Dios. Pues bien, el hecho que no podremos borrar nunca, ni los españoles con nuestros errores, ni los americanos con sus ingratiudes; el hecho preparado por Dios desde el principio de los tiempos en el plan eterno de su providencia, que es como el ideal de la historia; el hecho que ha de influir en todos los siglos, es que España, cuando acababa de levantar la cruz sobre la cima de la Edad media, descubrió América y fué de esta suerte como el lazo de unión entre el antiguo y nuevo mundo, entre la antigua y la moderna historia.

¡Maravilloso, incomprensible secreto! España, que debía ser la tierra de las instituciones muertas, la tierra de la resistencia al espíritu nuevo, la tierra donde la Inquisición iba á quemar el pensamiento, la tierra cuyos ejércitos luchaban con Holanda el asilo de la libertad científica, y con Inglaterra el asilo de la libertad política, España estaba destinada, en el plan divino de la Providencia, á descubrir á América, la tierra de la libertad, el santuario de la conciencia libre, el gran laboratorio de los principios revolucionarios, la región que debía despertar al viejo mundo con su electricidad, al país de la democracia, al país de lo porvenir.

No tratemos de profundizar la esencia de los hechos históricos; es en vano. ¿Por qué se han pasado tantos siglos sin que el viejo mundo conociera al nuevo? ¿Por qué aquellos audaces navegantes, que habían llegado hasta tocar el Polo en sus maravillosas expediciones, los cartagineses y los griegos, los normandos y los anglo-sajones, los venecianos y los genoveses, no descubrieron el nuevo mundo, no se deslizaron por ese Atlántico inmenso, infinito, cuyas brisas estaban cargadas con los aromas de la virgen naturaleza que renovaba los primeros días de la creación? ¿Por qué los islandeses, que según sus tradiciones, abordaron á América, no supieron retenerla y conservarla? Estos son los secretos de la historia.

Sin duda quiso Dios premiar el término de aquella grandiosa epopeya de siete siglos, en que detuvimos á los árabes en Covadonga, los almohades en Toledo, los almohades en las Navas, los benimerines en el Salado, hasta llegar á Granada, pues sabido es que desde lo alto de las Torres Bermejas descubrimos la cima de los Andes; desde el punto donde concluye la Edad Media, el punto donde debía comenzarse la Edad moderna, como si fuera pequeño y estrecho el antiguo mundo para abarcar nuestra gloria. Era el premio de siete siglos de sacrificios, el premio de aquella cruzada inacabable en que habíamos salvado las nacionalidades é interpuesto nuestro pecho entre Europa y Africa para favorecer la civilización cristiana. El nuevo mundo fué entregado á España. El nuevo mundo ha sido descubierto por España. Ante este hecho capital todo calla, y América en su prosperidad, como en su desgracia, ya esté en paz con nosotros, ya en guerra, no podrá desconocer que España es su madre, y si quiere injuriarnos, si quiere maldecirnos, tendrá que maldecirnos é injuriarnos en nuestra propia lengua.

EMILIO CASTELAR.

## EL NOVELISTA Y AUTOR DRAMÁTICO

GUSTAVO FREYTAG.

Los novelistas alemanes contemporáneos más reputados son, en union de Bertoldo Auerbach, Pablo Heyse, Federico Spielhagen y Juan Hopfen, el egiptólogo Jorge Ebers y el teutonófilo Gustavo Freytag. Los dos últimos se parecen en que el uno en su histórico ciclo egipcio de cinco novelas que, teniendo el colorido de Makart, acaba de terminarse con la novela *Adriano*, referente al Harun al Raschid de los emperadores, que emprendió un viaje á la estatua de Memnon y fué á la par orador y poeta, estatuario y pintor, y filósofo escéptico; el otro en su estensa composición genealógica titulada *Los Antepasados*, la descripción de los destinos de una sola stirpe cuyo nieto se encuentra aún entre los vivos, han pisado un territorio fronterizo en que se dan la mano el poeta y el sábio; ambos son los inventores de un género singular de novelas científicas que reúne los elementos históricos y arqueológicos, etnológicos y nacionales. Ambos están dotados de la facultad de penetrar con su fantasía poética por el rudo material de las antigüedades históricas, y de refundirlo, como si dijéramos, en vida épica; pero el mayor artista entre los dos no es conocedor de los jeroglíficos, que pudo sumergirse con sumo gozo en los encantos de un mundo extranjero cuando los destinos de su patria germánica habían empezado ya á emprender un vuelo poderoso, sino Gustavo Freytag, que, principiando su carrera como periodista alemán, creó en el protagonista de su comedia *Los Periodistas* el tipo del genuino periodista, y que, abandonando despues á la bruja que se llama política, se sumergió en el pasado germánico, impulsándole su genio artístico á dar figura á las inspiraciones con que sus estudios del pasado habían llenado su alma.

Pero el que fué el mayor artista nos ofrece la mayor desilusion. Freytag, que en su novela *Los Antepasados* se acerca tímido á la edad actual, mientras Ebers se aparta de ella buscando mayor espacio para su fantasía, Freytag deja al final de su obra una impresion extraña en nuestras almas: su novela de dos familias que acompañamos por entre el torrente de la historia alemana hasta la edad presente; aquella novela escrita con tanto arte y una ilustracion pasmosa; aquella serie de grandes antepasados, concluye con un sencillo periodista, con un poeta que ve impasible pasar las ondas de la historia patria; en fin, con un escritor en que reconocemos al mismo Freytag. Este no es el verdadero representante de la Edad actual; el verdadero hubiera sido Bismarck.

Honraremos siempre al periodismo que vive y se desarrolla al calor de los sentimientos nacionales; al periodismo que enaltece las grandes figuras de la Historia; al periodismo que, cual centinela, está á las puertas de la nacion para que no se perjudique á su grandeza ni á su gloria; pero los periodistas fundan su satisfaccion más en estar al servicio de las ideas más altas que en tener un abolengo muy esclarecido.

El egiptólogo Ebers se despidió del lector presentándonos á un emperador que en su lecho mortuario pregunta en versos elegantes á su alma: «Alma mia, errante y delicada; compañera y huésped del cuerpo durante tanto espacio de tiempo, ¿adónde vas?» La pregunta del emperador Adriano es inmortal. Pero Freytag, cuya musa es el amor

á la patria germánica, se despidió del lector con una frase problemática de su héroe el periodista, que dice: «¡Cuanto más se extiende por los siglos la vida de una nacion, tanto más se disminuye la fuerza que las hazañas de los antepasados ejercitan sobre el destino de los nietos, y tanto mayor se hace la influencia del pueblo entero sobre el individuo y la libertad con que el hombre pueda crear el propio su dicha y su infortunio.» Esta frase no se comprende en una época como la actual, en que es tan poderosa y mágica la influencia de un solo grande hombre sobre la nacion alemana.

A Freytag le llamaremos un selecto autor, un clásico, por su moderacion noble y la claridad cristalina y el donaire de su estilo. Contrajo un gran mérito respecto á nuestro pueblo al publicar sus estudios de cultura titulados: *Cuadros del pasado germánico*, y *Nuevos cuadros de la vida del pueblo germano* y *Cuadros de la antigüedad germánica*, siendo sus *Antepasados*, de cuya primera parte he visto una version española en la *Revista Europea*, asimismo ilustraciones de nuestra historia. A él se debe la mejor comedia moderna, *Los Periodistas*, que salió en 1854, brillando en ella cual Narciso del humor freytagiano la magnífica figura del periodista Bolz, y además una copia de deliciosas pinturas de género. A él se debe una excelente representacion del trabajo comercial en la novela *Soll und Haben* (Deber y Haber), que nos encanta con sus pinturas de género, recordando ora á Watteau, ora á Teniers, ora á Rembrandt, mientras la novela *El Manuscrito Perdido* nos cautiva con sus sentencias ingeniosas; pero el autor acertó más en pintarnos la esfera estrecha del mercader que el grandioso y admirable trabajo espiritual del catedrático alemán. Es como si el poeta nos representase el tráfico al por menor de la ciencia en vez de la investigación que trata de penetrar en las profundidades del Universo.

¿Qué diríamos de la tragedia romana *Los Fabios*? En vez de figurar heroicas, vemos bajo-relieves adornados con pinturas de género.

No hablaremos del drama de Freytag titulado, *Kunz von der Rosen* ó sea Conrado de las Rosas. Es una comedia histórica, en que llaman la atencion el bufon principal de Maximiliano I, y el emperador. Há poco, LA AMÉRICA, de D. Eduardo Asquerino, refería una anécdota relativa á Kunz von der Rosen, que me complazco en repetir. Jugando á los naipes con varios cortesanos, mientras Maximiliano estaba á su lado presenciando el juego, Conrado, que no tenia más que tres reyes, y que para ganar necesitaba los cuatro, luego que echó sobre la mesa el tercero, asió del cuello á Maximiliano y dijo: «Aquí está el cuarto, que gana»; y con esto, arrebatando el dinero que había sobre la mesa, y metiéndosele en la escarcela, echó á correr haciendo resonar sus cascabeles.

En los dramas *Valentina* y *El Conde Waldemar*, pinta Freytag la salvacion por el amor verdadero y entrañable. Esperamos que el autor de los *Periodistas*, que es de la talla de D. Manuel Tamayo y Baus (el Sr. Estébanez, autor del *Drama nuevo*), no dejará huérfano el teatro alemán de sus admirables producciones.

Nació Gustavo Freytag en Kreuzburg (Silesia), el 13 de Julio de 1816, como hijo de un médico y alcalde. Cuando abandonó la Universidad literaria, las auras primaverales de la libertad se agitaban por Alemania; y el joven, que había rendido ya su tributo á la literatura y á la estética, á aquella escribiendo acerca de la esclarecida monja de Gaudersheim, Roswitha; á ésta, publicando *El tecnicismo del drama*, se hizo periodista para sumergirse despues en las antigüedades alemanas y para escribir la comedia más aplaudida y excelentes novelas.

El alemán Gustavo Freytag es una naturaleza aristocrática como el autor de *Pepita Jimenez*, don Juan Valera.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, Diciembre de 1880.

## LOS BUFONES EN ITALIA.

El más popular de todos los bufones, no solo de Italia sino del mundo entero, fué sin disputa el que tuvo el rey de los lombardos, Albuino, en el año 572 de nuestra era. De sus astucias y agudezas se escribieron historias largas, y uno de los primeros libros que se imprimieron en Europa cuando Guttenberg descubrió la imprenta fué la historia de este bufon, de su mujer, de su hijo y de su nieto. Hoy mismo, aunque desde largo tiempo no se han hecho ediciones de esta importante obra, apenas habrá poblacion en que no se encuentren algunos ejemplares antiguos de la vida de Bertoldo, de su mujer Marcolfa, de su hijo Bertoldino y de su nieto Cacaseno.

Bertoldo, según cuenta la historia de Lombardia, traducida en esta parte á todas las lenguas, era feísimo y no muy limpio en su persona, enano y deforme; sus cejas parecían cerdas; sus ojos brillaban como dos antorchas, su cabello era del color de las zanahorias, y toda su persona estaba calificada para el importante oficio de bufon, pues no podía mirársele sin soltar la carcajada.

Esto es lo que hicieron los nobles personajes de la corte del rey Albuino y las elegantes damas de la reina Rosmunda el primer día en que, es-

tando todos reunidos en un besamanos, entró en el salon del trono Bertoldo, y sin descubrirse siquiera, se sentó junto al rey.

Albuino, poco satisfecho de aquel descaro, le preguntó quién era, cuándo había nacido y en qué país. El bufon respondió en el acto: soy un hombre; nací el día en que me parió mi madre y mi país es el mundo entero.

Esta respuesta indicó á los cortesanos y al rey que aquella rústica y ridícula figura ocultaba bajo su áspera corteza un gran talento, y para sondearle le hicieron varias preguntas.

—¿Cuál es la cosa más veloz en el mundo?—El pensamiento, dijo Bertoldo.—¿Cuál es el mejor vino?—El que se bebe en casa ajena.—¿Cuál es el peor fuego?—El que se encuentra en casa con una mujer de mal genio y criados sin vergüenza.

—Bertoldo, le preguntó el rey, ¿me podrias traer agua en una criba sin derramar una gota?—Si señor: dijo Bertoldo, toda la que se quiera, con tal que esté helada.—Por tan ingeniosa respuesta, repuso Albuino, te daré lo que quieras.—No harás, exclamó Bertoldo, no me puedes dar lo que yo quiero porque no lo tienes. Deseo la felicidad y tú no tienes de ella ni un grano.—¿No crees que soy feliz? No ves esta brillante multitud que me obedece y está pendiente de mis menores gestos?—Sí, dijo Bertoldo, todos están alrededor de tu trono como las hormigas en torno de un cangrejo muerto y con el mismo objeto de chuparle la sustancia.—De esta manera fué satirizando Bertoldo al rey y á la corte tan audazmente, que el rey hubo de amenazarle con echarle de su palacio á latigazos. No obstante, como algunos chistes de Bertoldo fueran recompensados con las carcajadas de los nobles y las damas, no se llevó adelante la amenaza del vapuleo, de donde se deduce que la corte del rey Albuino era más tentada de la risa ó de mejor condicion que nuestras cortes modernas, donde si se admiten bufones son para hacer reír á costa del prójimo, no á costa de los mismos reyes y cortesanos que los mantienen.

La escena se interrumpió entónces por la llegada de dos mujeres que iban á pedir justicia al rey: tratábase de un espejo de cristal, objeto entónces precioso, que una de ellas había robado á la otra: ambas se acusaban de ladronas, y cada cual reclamaba la propiedad del espejo. El rey, que era un personaje muy religioso, se acordó del juicio de Salomon, y queriendo imitarle, mandó romper el espejo y luego, antes que se ejecutase su mandato, hizo que fuese entregado á la mujer que había manifestado sentimiento por la rotura de una joya tan preciosa. Toda la corte aplaudió la sabiduría del monarca y éste se volvió muy satisfecho á Bertoldo preguntándole si no le parecía ver en su persona la vera efigie de Salomon. Bertoldo contestó que lo que veía era la vera efigie de un mentecato, y apoyó su aserto en una diatriba contra las mujeres en general y contra las dos que acababan de salir de allí en particular. El monarca, que era muy galante, hizo entónces un entusiasta panegirico del bello sexo.

—Quiero ser ahorcado, dijo Bertoldo, si no te hago cambiar de opinion antes de la noche de mañana.—Acepto el reto, contestó el rey: si mañana no me haces cambiar de opinion, serás ahorcado.

Bertoldo se fué á acostar á las caballerizas, y en su cama de paja estuvo reflexionando sobre el modo de cumplir la promesa. Por la mañana fué á visitar á la mujer que se había llevado el espejo, y la anunció que el rey acababa de dar un decreto por el cual se permitía á todo varon casarse con siete mujeres. Furiosa la mujer, corrió á contárselo á las vecinas, y cundiendo el rumor por todas partes, una multitud de mujeres invadió los salones de palacio.

Siempre las mujeres han podido hablar libremente; pero en aquella época y en la corte de Albuino esta libertad, si hemos de creer á las antiguas crónicas, no tenía límites.

En vano el rey quiso hacerse oír de aquellas furias que hablaban todas á un tiempo. Su voz quedó ahogada en el diluvio de reconvenções, exclamaciones y gritos furiosos que arrancaba á la muchedumbre mujeril el supuesto decreto. A tanto llegó el tumulto, que el monarca tuvo que taparse los oídos y mandar á sus guardias que despejaran el salon. Cuando estuvo despejado, Bertoldo miró al rey, y éste reconoció, en fin, que el bufon había ganado la apuesta.

Pero llegó á conocimiento de la reina Rosmunda la parte que en la insurreccion había tenido Bertoldo y mandándole llamar le ordenó llevar al capitán de su guardia una carta, en la cual le encargaba que diese al portador una buena tunda de latigazos. Bertoldo, que había oído dictar esta carta á la reina, la suplicó que añadiese que la tunda se diera no á la cabeza, sino al resto del cuerpo. La reina condescendió y envió á Bertoldo bien escoltado. Cuando llegó al capitán de guardias, se presentó como cabeza de aquella escolta y mostró la carta, en virtud de la cual sufrieron el vapuleo los que le habían acompañado y él quedó libre.

La corte celebró mucho el chiste y sólo impuso por penitencia á Bertoldo que sostuviese un torneo de agudezas con el bufon oficial del rey, que se llamaba Fagotto. Los chistes de Fagotto eran demasiado groseros para ser aquí contados y Bertoldo obtuvo fácilmente la victoria.

Habiendo pedido las mujeres igualdad de derechos con los hombres, Bertoldo sugirió al rey la idea de librarse de aquella exigencia diciéndoles que estaba concedida, y nombrando á varias de

ellas para que custodiasen una caja cerrada con su tapa, dentro de la cual había puesto un pájaro. No bien tuvieron la caja en su poder, cuando movidas de la curiosidad alzaron la tapa; voló el pájaro, y como no pudieron saber de qué especie era, no fué posible reemplazarlo. En fin, el rey las perdonó, é irritado Bertoldo juró que no volvería á inclinarse delante de un rey tan majadero. Albuino quiso hacerle faltar á su juramento: mandó poner tablas al través de la puerta que daba entrada al salón del trono, de modo que nadie pudiera penetrar sin bajar la cabeza é inclinar el cuerpo. Hecho esto, hizo llamar á Bertoldo á su presencia. Bertoldo que vió aquel aparato, inmediatamente se volvió de espaldas, é inclinándose hácia fuera, adoptó para entrar esa posición, que según dicen en cierta comedia, humilla al que la vé. El rey irritado mandó ahorcar al irrespetuoso bufon, y éste sólo pudo conseguir la gracia de ser ahorcado del árbol que él eligiese y no de otro. Llévatele al bosque, y ya se supondrá que ningún árbol le gustó para la operación, por lo cual hubo el rey de reirse y perdonarle.

Después de Bertoldo hace mención la historia de Gonella, bufon favorito de Borso, duque de Ferrara, y que lo había sido de su padre el conde Nicolás de Este, que falleció en 1441. Gonella estaba recién casado cuando el duque de Ferrara le mandó que llevase á su mujer á palacio para asistir á la duquesa, que estaba enferma. —Está bien, dijo el bufon; vendrá, pero adviérte que es tan sorda como una tápia, y que es preciso, para hablar con ella, gritar mucho. —No importa, contestó el duque; tráela de todos modos. —Gonella volvió á su casa y dijo á su mujer: —Es preciso que vayas á asistir á la duquesa; pero te encargo que cuando hables con el duque, levantes mucho la voz, porque es el hombre más sordo que hay en Ferrara. Acudió la mujer á palacio, y hallando al duque á la cabecera de la cama de su esposa, le saludó á gritos. El duque la contestó en el mismo tono, y entre los dos aturrieron de tal modo á la pobre duquesa, que los tuvo que mandar salir y se descubrió la trama de Gonella.

Otro día, yendo á misa, le pidieron limosna tres ciegos. ¡Pobre gente, dijo el bufon; ahí va un florín para que lo repartais entre los tres! No había dado nada, pero cada uno de los ciegos creyó que había sido defraudado por los otros dos, y armaron una escena de palos, que divirtió mucho á los circunstantes y después á la corte del duque cuando supo la ocurrencia.

La duquesa, sin embargo, no gustó del lance, y para castigar al bufon le mandó entrar en su cuarto, donde tenía prevenidas seis de sus doncellas con órden de darle una buena paliza cuando entrara. Gonella advirtió, desde luego, lo que le estaba preparado, y dijo: mis espaldas están á vuestra disposición, señoritas, pero pido un favor y es que aquella á quien yo abrace la última sea la primera que me dé un palo, y que la más desvergonzada sea la que me dé más fuerte. Las doncellas, al oír aquello, vacilaron un momento y Gonella lo aprovechó para escaparse.

En otra ocasión, disputando con el duque sobre el número de médicos que había en Ferrara, el duque sostenía que apenas llegarían á una docena. Yo traeré mañana una lista de ellos con las señas de sus domicilios, y apuesto cien florines á que son muchos más. Aceptada la apuesta, Gonella se cubrió la cara con un pañuelo y salió á la calle. Todo el que le encontraba le preguntaba qué tenía, y él contestaba siempre: un gran dolor de muelas. En el momento cada uno le daba el remedio que creía infalible para el caso, y Gonella apuntaba, no la receta, sino el nombre y domicilio de su autor. Al día siguiente se presentó en palacio con una gran lista y también con la cara vendada. —¿Qué tienes? le preguntó el duque. —Un gran dolor de muelas, contestó el bufon. —El remedio más infalible es sacárselas, repuso el duque. —Gonella entonces añadió el nombre de su soberano á la lista y se la presentó.

El pobre Gonella murió de una manera trágica. El duque Borso adoleció de una gran fiebre, que los médicos declararon mortal, á no ser que el duque recibiera un gran susto. Nadie quería esponerse á dársele, temiendo las consecuencias, hasta que al fin Gonella tomó la empresa á su cargo. Paseando con el duque, en un momento en que le dejó la fiebre, y al entrar con él en un barco, sobre el lago, le arrojó al agua de improviso. El duque, que no sabía nadar, pidió socorro y se llevó un gran susto; le sacaron al fin Gonella y los que tenían preparado todo para ello y le llevaron á la cama, donde en efecto, el baño, la irritación y el susto le proporcionaron un copioso sudor, que le curó de la fiebre. Sin embargo, no perdonó á Gonella, y le mandó salir de Ferrara y no volver á pisar su tierra. Gonella se retiró á Pádua, pero no pudiendo estar allí mucho tiempo, llenó un carro de tierra del país, y subido en él, entró en Ferrara de nuevo. Cuando el duque lo supo, mandó prenderle y que se hiciera con él toda la ceremonia de quitarle la vida en el cadalso; sólo que en vez de cortarle la cabeza, cuando la tuviera en el tajo, se debía echar sobre ella una gota de agua y después dejarle libre. El duque quería devolverle susto por susto. Pero sucedió que el pobre Gonella creyó que la cosa iba de veras: salió de la cárcel con las manos atadas á la espalda; llegó al cadalso, subió con trabajo las escaleras, puso sobre el tajo la cabeza, y cuando el verdugo, después de

haberle echado unas gotas de agua le mandó levantar, estaba muerto.

En la corte del duque de Toscana, Fernando I, había un bufon llamado Mericucci, que se hacía llamar conde, y que para rozarse con gente de categoría en la corte había tomado el oficio de parásito. Una de sus manías era la convicción en que estaba de que no había un solo rincón del globo donde no conocieran su nombre, y le apreciaban de tal modo, que reyes y emperadores ardían en deseos de hacer conocimiento con él. En la casa del Gran Duque no permitía que nadie le precediese en los sitios de honor, y generalmente se retiraba á un gabinete elevado junto al gran salón de palacio donde hacía que los pajes le sirvieran de comer: estos sufrieron su manía por algún tiempo; pero una tarde quitaron la escalera de mano por donde subía al gabinete, acumularon un montón de paja mojada en su lugar, la prendieron fuego y el bufon hubiera muerto asfixiado si el Archiduque no hubiera acudido á sus gritos y después de haberse reído mucho de la travesura de los pajes no le hubiera mandado dejar en libertad.

Fernando I tenía otro bufon llamado Ciajerius, cuya locura consistía en profetizar cosas tristes y amonestar en tono solemne á cuantos le oían. Era muy instruido en la lengua latina y el Gran Duque le nombró tutor de sus hijos para que se le enseñase. Ciajerius; después de haber cumplido esta misión, pidió permiso para ir á Pádua á tomar el grado de doctor en leyes. Fernando se lo negó, creyendo que la dignidad de doctor quedaría rebajada si se confería á su bufon; pero Ciajerius logró escaparse á Pádua, y sometiéndose á exámen, volvió triunfante á Florencia con su diploma doctoral. Fernando reprendió severamente al claustro de la Universidad por haber hecho doctor á su bufon, cuando él, Gran Duque y todo, no había podido doctorarse; pero los profesores contestaron que no sabían el oficio del candidato y que ninguno en la Universidad había hecho exámenes tan brillantes.

Después de Ciajerius recuerda la historia un bufon del Dux de Génova, Juan Andrés Doria, llamado Feo. Estando el Dux enfermo y condenado á tomar remedios muy desagradables, llamó á su bufon y le mandó que los tomase con él y se sujetase á la misma dieta. Feo trató de excusarse. —No hay excusa que valga, dijo el Dux; tú has comido y bebido bien conmigo mientras yo estaba bueno; has participado de mi buena suerte, y ahora tienes que participar de la mala. En efecto, el bueno del Dux se divirtió mucho durante su enfermedad con los gestos que hacía su bufon al tomar las repugnantes pociones que los médicos le recetaban.

Vincencio, duque de Mantua, para obsequiar al duque Federico de Witemberg en el año 1600, armó á su bufon de una daga y un palo y le mandó luchar con un oso, después de haber hecho cortar las uñas y arrancar los dientes al animal. Los ilustres espectadores se divirtieron mucho en ver al bufon y al oso atacarse y caer alternativamente, ya encima, ya debajo el uno del otro, hasta que, temiendo que muriera el bufon, separaron á los dos contendientes.

El duque de Milan tenía también un bufon del cual se cuenta que decidió una cuestión originada entre los cirujanos y los doctores en leyes de la Universidad de Pavia: consultado el bufon por el duque, contestó:—cuando un asesino marcha al patíbulo, siempre vá delante del verdugo; por consiguiente los cirujanos deben ir delante y los leuistas detrás.

Cuando Dante, fugitivo, fué recibido en la corte de Cane della Scala, encontró allí una multitud de juglares, cantadores y bufones, que no perdonaban á nadie con sus chistes profesionales. —¿Qué es esto? preguntó uno de ellos en el banquete que daba Cane. —¿Cómo es que vuestra merced, tan celebrado por su talento ó instrucción, se encuentra pobre y desamparado, mientras yo que soy un loco, me hallo rico y admitido en todas partes?—Eso no tiene nada de particular, contestó Dante. Cuando yo encuentre un patron que se me parezca como vuestra merced lo ha encontrado, también me veré rico y bien cuidado como vuestra merced.

Entre los Papas se cuentan también algunos que fueron aficionados á tener bufones á su lado. Dícese que Leon X, concedía más fácilmente audiencia á un bufon de talento que á un gran filósofo. En su corte brilló un famoso bufon llamado Querno, natural de Nápoles, de cuerpo diminuto, pero de apetito grande y de sed inextinguible. Háblase también de otros dos llamados el uno Martinus, gran bebedor y el otro Marianus, fraile mendicante, que de un bocado se tragaba un pichon entero asado ó cocido.

Igualmente se hace mención de los bufones Gozoldo, Britonio y Baraballa. Este último, que como sus compañeros llevaba el nombre de archipoeta, fué el héroe de una marcha triunfal para celebrar el Carnaval en Roma. Se le montó sobre un elefante y fué llevado en procesion al Capitolio, donde le pusieron una corona de pámpanos, zanahorias y hojas de berza. Los versos disparatados y absurdos de este archipoeta le proporcionaron sin duda semejante honor.

El Papa Paulo II se divertía también con bufones, y de Benedicto XIV se cuenta que acostumbraba á chancearse por sí propio con algunos de sus cardenales. Habiendo una vez sabido que el cardenal Pasionei había elegido varios libros y mandado que se los llevaran á su casa, el Papa

ordenó que en lugar de ellos le pusieran las obras de los más famosos herejes, y acudiendo á su casa mientras el cardenal los examinaba, tuvo un buen rato presenciando el horror del cardenal y viendo cómo cogía cada obra con un par de tenazas y la arrojaba al fuego.

Y basta por ahora de bufones italianos para no meternos en más honduras.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

#### POETAS ARÁBIGO-ALMERIENSES.

Hizo sus estudios en Granada y alcanzó gran reputación en las letras y ciencias, que le valió el ser nombrado *wacir* ó consejero por el califa Almanzor de los Almorávides. Dejó escritas varias obras de múltiple erudición y que alcanzaron grande estima, entre ellas un *Tratado de Lógica*, unas *Epístolas familiares* y un *Diwan* ó colección de poesías, de las cuales Ibn Aljathib cita algunas en su *Yhatha* (1). Mohammed ben Ibrahim ben Salim, Abu Abdallah, murió en 749-1348. Fué varón muy docto y favorecido de los reyes; dejó escritas no pocas obras, entre ellas: 1.º *El Compendio de las perlas ensartadas acerca de la Gramática*. 2.º Un libro de anécdotas titulado *La arboleda del País*, y muchos versos, de los cuales copia dos poemas el citado Aljathib (2).—Mohamad ben Aiatin, literato ilustre que explicó humanidades en Canjayaz y publicó un curioso análisis sobre sus doctrinas (3).—Chahwrar ben Mohammed Abn Atochibi, conocido por Ibn Althah. Floreció bajo la dinastía Amerita, ó sea bajo el gobierno de Almanzor en Córdoba, distinguiéndose como poeta y literato (4).—Abulhacam Obaidallah ben Almutchaffar ben Abdallah. Viajó por el Oriente y murió en 1154; fué, además de poeta, médico, músico y geómetra (5).—Abu Chafar Abn ed ben Alí Ibn Fatima Alansari, floreció en la segunda mitad del siglo xiv y fué uno de los maestros del famoso Ibn Aljathib. Se distinguió, por sus grandes conocimientos en literatura, poesía, historia y medicina. Dejó escritas muchas obras, entre ellas: 1.º Una historia de Almería titulada *Excelencias de Almería sobre las demás ciudades de España*. 2.º Un tratado acerca de la peste que desoló en su tiempo gran parte del mundo, el cual se conserva en la biblioteca del Escorial, código número 1.780, según el catálogo de Casiri (II, 334). 3.º Un *Diwan* ó colección de poesías, de la que existe un ejemplar en la misma biblioteca, número 379, escrita en 1337. Murió en 1349 (6).—Mohammed ben Xalbathur Abu Abdallah; murió en Marruecos año de 1353. Fué varón principal y jefe de escuadra; se distinguió también por el saber y compuso varios poemas, de los cuales se citan algunos en la *Yhatha*.—Mohammed ben Chafar Abu Addallah, conocido por Albalhan; ejerció diversos cargos de importancia, entre ellos el de *wali* ó prefecto de la *taa* de Marchena, y murió en 1262. Se distinguió como gramático y poeta, dejando varias obras escritas en estilo muy elegante, entre las que citaremos un poema de teología, otro de retórica y un tratado sobre la epidemia titulado *La rectitud de la intención* (7).—Mohammed ben Alí Alballisi ó el de Velez. Escribió una obra en prosa y verso titulada «Libro de las sales (gracias y chistes) y los pensamientos ingeniosos en forma de diálogos entre maestros de varias profesiones,» muy útil para estudiar los usos, costumbres y manera de ser de aquella sociedad. Forma un volumen en folio de escritura elegante que lleva el número 497 entre los M. S. S. árabes del Escorial, y es autógrafo, según Casiri, citado por Simonet (8).—Por último, Abn Oizman Ibn Leon, autor de un excelente poema de agricultura, que se conserva m. s. en la biblioteca de la Universidad de Granada; floreció en la primera mitad del siglo xiv, cuyo código, señalado con el núm. 36, fué escrito en Almería, año 749-1348 (9).

#### II

Gran número de poetas había atraído á la ciudad de Almería, el Espejo de España (10), la munificencia de Almotasim, cuando cierto día un jóven pobremente vestido, desconocido en la corte—que venía de la entonces muy celebrada y pintoresca villa de Berja, donde había sido educado por su padre, hombre de grande ingenio é instrucción y que se llamaba Abul-Fadh Djafar-Ibu Charaf—se presentó en ella. Deseoso de adquirir fortuna, se introdujo en Palacio esperando, que no obstante la humildad de su traje, que contrastaba singular-

(1) Simonet: *Descrip.*, 173.

(2) Simonet: *Ibidem*, 189.

(3) Santoya: *Crónica de la prov. de Almería en la Crónica general de España*, pág. 63.

(4) Simonet: *Ibidem*, 159.—*Ley. hist. arab.*, p. 206.

(5) Simonet: *Descrip.*, 164.

(6) Simonet: *Ibidem*, 189-90.

(7) Simonet: *Ibidem*, 194.

(8) Simonet: *Descrip.*, 206.—Véase también á S. Quintana, *Hist. de la Filosof. Univ.*, I, 207.

(9) Simonet: *Estad. bibliog.*, etc. art. 1.º.

(10) Espejo, significa Almería en la lengua árabe, según Simonet (*Leys. hist. arab.*, 351 y *Descrip.*, 137), Garbin (*Est. hist. cit.*) y C. Navarro (en el *Vocabulario de su Sahumerio*). Sobre los demás nombres asignados á nuestra ciudad en épocas pasadas, remitimos á nuestros lectores al *Estudio histórico-crítico* que publicamos en la *Revista de Almería*, 1879.

mente con el elegante atavío de los pulidos cortesanos, las puertas se le franquearon a la vista de su título de poeta. Realizada su esperanza y cuando estuvo en presencia del príncipe, le recitó un poema laudatorio en el que emplea, según la costumbre de los árabes, lo mismo símiles que si cantase a una dama, para poder así desplegar mejor el lujo de su fantasía. Pinta primeramente la huida de la noche y los astros, que fatigados por el largo insomnio, iban cayendo sucesivamente como las hojas de los árboles. Entonces el poeta celebra el aura de la mañana que va disipando las nieblas, y las flores que exhalan sus primeros perfumes como en obsequio a la aurora que aparece enrojecida de pudor y humedecidas sus mejillas con las lágrimas del rocío. Pero la luz del alba, más que del advenimiento del sol, proviene de que la imagen de la mujer amada, apartando su cabellera, espesa y negra como la noche, deja ver su rostro más esplendente que la aurora, la cual le había robado su resplandor y las rosadas tintas de sus mejillas. Después el poeta cree ver en los ojos de su adorada el brillo y el poder irresistible de las espadas, y al fin, aproximando más su descripción a la persona del príncipe a quien elogia, celebra su apostura sobre el fogoso caballo, el cual, sin embargo, se deja conducir por él como una tímida gacela (1). Hé aquí el poema de Ibn Xarraf, traducido del árabe por el erudito Schack y del alemán a nuestro idioma por el eminente literato Valera:

«Larga fué la noche triste  
que precedió a mi partida;  
las estrellas se quejaban  
de velada tan prolija.  
El viento de la mañana  
agitó al fin la sombría  
vestidura de la noche,  
mientras las esencias ricas  
de las flores olorosas  
en sus alas difundía.  
Se alzó en Oriente la aurora;  
virgen ruborosa y tímida,  
húmedas por el rocío  
las rosas de sus mejillas,  
en tanto la noche huyendo  
de estrella en estrella iba,  
y a su paso las estrellas  
cual hojas secas caían.  
Salió, por último, el sol,  
que con su fulgor disipa  
las tinieblas y las sombras,  
y los cielos ilumina.  
Yo, desvelado en mi tienda,  
en vano dormir quería;  
sólo a mis párpados sueño  
trajo el aura matutina.  
Mientras que durmiendo estaba,  
rendido ya de fatiga,  
mientras que en torno las flores,  
frescas, lozanas se abrían  
para beber el rocío  
que el alba en perlas destila,  
se me apareció fantástica  
la imagen de mi querida,  
de aquella por quien el alma  
constantemente suspira.  
A calmar vino mi anhelo  
su aparición peregrina.  
¡Cuán hermosa con sus anchas  
caderas me parecía!  
¡Cuán esbelta su figura  
en el aire sostenida!  
Cuando echó atrás los cabellos  
que la frente le cubrían,  
ví que ahuyentaba la noche  
el alba con su sonrisa,  
pues sus perfumadas trenzas  
son como noche negrísima,  
y cual la luz de la aurora  
sus sonrosadas mejillas» (2).

Encantado Almotasim de la poesía celestial de Ibn Charaf, manifestó públicamente su admiración hacia el joven poeta, que sabía revestir su pensamiento con tanta gracia y colorido. Desde entonces la fortuna del vate de Berja quedó hecha; quizás él mismo lo ignoraba; pero ya los poetas que rodeaban al régulo almeriense no tenían duda de ello, y algunos concibieron una violenta envidia. Entre este número se contaba Ibn-Okht-Ghanim, de Málaga, cuyo verdadero nombre era de humilde cuna, y como el único mérito de su padre era haber sido marido de la hermana del célebre filólogo Ghanim, no se le llamaba de otro modo que «el hijo de la hermana de Ghanim», apodo muy desagradable y humillante para un hombre que vivía en una sociedad tan aristocrática como era entonces la sociedad andaluza. Por lo demás, era muy buen poeta y un verdadero pozo de ciencia. Había leído infinidad de libros sobre gramática, jurisprudencia, teología, medicina; más aún, se los sabía de memoria, pues tenía una retentiva prodigiosa; pero era envidioso y veía en el recién llegado un rival que podría suplantarlo con el tiempo en el favor del Soberano. Queriendo desconcertarlo se puso a mirar su traje rústico con impertinente curiosidad, y le preguntó de qué desierto venía. Esta insolencia le costó cara; sin per-

der su aplomo en lo más mínimo, Ibn Charaf, cuyo nombre, tomado en el sentido de apelativo, significa hijo de la nobleza, respondió con arrogancia: «Aunque mi traje sea el de un habitante del desierto, desciendo, sin embargo, de una noble familia. No tengo que avergonzarme de mi condición, ni llevo el nombre de un tío materno.» Los zumbones se pusieron de su lado, y en aquel momento su adversario, avergonzado de su derrota, guardó silencio; pero más tarde se vengó componiendo contra Ibn Charaf la siguiente sátira (1):

«Se cree en Irac nacido  
este coplero de Berja;  
se finge que es un Bothóri,  
y se declara poeta.  
Cuando sus coplas recita  
se aburren hasta las piedras,  
y quien no muere al oírle  
en no volver sólo piensa,  
á escuchar del chafallon  
las obrillas chapuceras.  
¡Oh Dschafer, cómo tus versos  
este infeliz estropea!  
¡Cómo á los grandes ingenios  
groseramente remeda!  
Del licor que beben ellos  
no quiere el cielo que beba;  
inficionan la poesía  
sus lábios cuando la besan.» (2)

Por fortuna Ibn Charaf podía pasarse sin la estimación del sobrino de Ghanim. Había sabido agradar al monarca que lo colmaba de favores. Cierta vez que tuvo un altercado con un intendente, que quería hacerle pagar un impuesto demasiado considerable por la parte de campo que poseía cerca de una aldea, elevó sus quejas al soberano y después recitó lo siguiente:

«Desde que tú gobiernas  
no esgrime su puñal el asesino;  
sólo vírgenes tiernas  
la muerte dan con su mirar divino.

El rey gustó mucho de estos versos, que son dos solamente en el original, y preguntó al poeta cuántas casas (en árabe *beit*) contenía su aldea; y como Ibn Charaf dijese que cerca de cincuenta, el príncipe añadió: está bien; en premio de este dístico (en árabe *beit* también), quiero dártelas todas en plena propiedad, y así ningún recaudador podrá en lo sucesivo exigirte tributos (3).

El ya citado ben Charaf ó Charaf celebró las delicias de su pueblo natal en estos versos:

«Es toda ella un vergel del que se queda prendado el mismo tísú: tales son los pintados tapices con que la cubren las flores.

Sus ojos, que brillan sobre las dos mejillas de sus collados, tienen una hermosura que seduce al que los contempla. «Todo lugar en ella es un paraíso, y todo camino hacia ella un infierno.

En este último verso se alude, según parece, á los malos caminos que conducían á la población de Berja, tan deliciosa en su interior (4).

Por los años de 276-889 ardía en todo su furor la guerra civil entre los árabes y muladíes. La ciudad de Elvira, donde florecía el antiguo cristianismo, abundando en ella y su comarca los mozárabes y musuladíes, era el foco de la guerra contra la raza árabe que capitaneaba Sarwaz. Por lo mismo, este caudillo, para hostilizar de cerca y tener á raya á los de Elvira, se hizo fuerte en el vecino castillo de Granada, cuyo baluarte principal era la Alhambra. Entonces sucedió aquel caso que relata Ibn Hayyan, refiriéndose á testigos oculares. Los muladíes de Elvira hacían frecuentes salidas para asaltar el castillo de Granada, que tenían los de Sarwaz, y combatiéndole fuertemente aportillaban sus muros, de suerte que los cercados se veían en grande apuro, teniendo que pelear de día para defenderse, y de noche trabajar en la reparación de sus murallas. Cierta día, los de Elvira, que sitiaban el castillo, arrojaron dentro de él un cartel en donde estaban escritos los siguientes versos, compuestos por el poeta Abderraman-ben-Ahmed, llamado Alabli ó el de Abla:

«Sus mansiones están desiertas, convertidas en páramos por donde los huracanes arrebatan los torbellinos de polvo. «En vano guarecidos en la fortaleza de la Alhambra meditan sus planes inicuos, porque allí los rodean los peligros y derrotas.

«Lo mismo que sucedió á sus padres, que fueron en aquel refugio el blanco de nuestras lanzas y espadas cortadoras» (5).

Para los cantos en alabanza de los califas y príncipes, se presentaban las *mualakat* á los árabes de todos los tiempos como modelos clásicos. Así es que siempre ponían en estos cantos encomiásticos las reminiscencias de la antigua poesía. Las quejas de amor y las descripciones de la vida de los beduinos no podían faltar en ellos, y hace una impresión extraña el considerar que los ojos del poeta se apartan de la magnificencia que le rodea, del suelo fértil de Andalucía y del lujo extraordinario de las cortes de sus príncipes, y se fi-

jan en los desiertos de Arabia como en una patria mejor y más antigua. Así Ibn-ul-Habbad empieza una *Kasida* en loor de Almotasim, rey de Almería, como si fuese un pastor errante de la época de Amr-ul-Kais:

«A índico ámbar trasciende  
la solitaria vereda;  
¿pasó por aqueste valle  
dichoso Lubua la bella?  
Que no está léjos mi amada  
estos aromas me muestran,  
y al punto mi corazón  
enamorado despierta.  
En el desierto, á menudo,  
su antorcha la señal era  
que dirigía mis pasos  
en las noches sin estrellas.  
Relinchaba alegremente  
siempre mi caballo al verla,  
y la caravana entonces  
caminaba más de prisa.  
Detengámonos ahora  
do suele morar aquella  
con cuyo recuerdo el alma  
de continuo se sustenta.  
Este es el valle de Lubua,  
y la única fuente ésta  
en que puede hallar hartura  
el alma mía sedienta.  
¡Cuán delicioso es el valle  
y cuán fecunda la tierra  
do la tribu de mi amada  
sus rebaños apacienta!  
¡Bendito y querido el suelo  
en que se estampó su huella!  
¡El lugar en que ha vivido  
mi amada bendito sea!  
Aquí mis tiernos suspiros  
y mis amorosas penas  
nacieron, y la esperanza  
con que el alma mía sueña» (1).

Los reyes que solían habitar, como ya se ha dicho, en palacios suntuosos, en medio de fértiles jardines, son casi siempre representados como príncipes nómadas, en cuyo campamento hallan un refugio los que vagan en el desierto durante la noche. Ibn-Billita, por ejemplo, dice en una *kasida*:

«Vierten las nubes abundante lluvia  
de Almotasim para imitar la gracia;  
del árbol gentilicio de este príncipe,  
que ornó la antigüedad de perlas raras  
y á las edades primitivas llega,  
su espléndido collar hizo la fama.  
Bajo sus tiendas reposó la gloria,  
que siempre sus banderas acompaña.  
¡Oh príncipe, tú enciendes por las noches  
un fuego con que indicas tu morada,  
y guías al perdido caminante  
y le albergas después y le regalas!  
Yo digo, si pregunta en el desierto  
por tí, señor, la errante caravana:  
nadie cual él: ¿quién antorcha criar puede  
donde brilla del sol la lumbre clara?» (2)

Del aristocrático Ibn-Abbas Motamid, caballeresco como pocos y notabilísimo poeta, según nos dice un escritor (3), ministro que fué del segundo régulo de Almería (4), son estos versos:

«Aunque todos los hombres fuesen mis esclavos, mi alma no estaría satisfecha. Querria subir á un lugar más elevado que las más altas estrellas, y una vez llegado allí, querria subir más todavía.»

También compuso un verso, que repetía en ocasiones, pero especialmente cuando jugaba al ajedrez:

«Cuando se trata de mí, decía, la desgracia duerme y tiene prohibición expresa de herirme.»

Este desafío hecho al destino, escribió en Almería la indignación general, y un atrevido poeta, haciéndose intérprete de la opinión pública, sustituyó á la segunda mitad del verso estas palabras, que eran una verdadera profecía:

«Mas ya llegará el tiempo en que el destino, que nunca duerme, la despierte» (á la desgracia) (5).

Un día cantaba un mulsuman almeriense que paseaba en una barquilla sobre el Guadalquivir:

«No me habéis de este río,  
ni tampoco de sus bareas;  
ni de Sehanta-Bus ver quiero  
sus jardines ni sus galas,  
que vale más que el Eden  
aquella ruda albahaca  
que crece en los matorrales  
de mi inolvidable patria.»

Una joven mulsumana que oyó el canto del mancebo le preguntó por su patria, y después de saberlo, satirizó los elogios del marinero á su amado país. En efecto, aunque Almería estuvo rica y floreciente, lo debió, más que á los favores de la naturaleza, al movimiento de su comercio. Su

(1) Schack, I, 187-88.

(2) Schack, I, 189.

(3) Morayta: *La España árabe durante el siglo XI, en la Enciclop. Repub.*, pág. 655.

(4) Para más detalles, véase á Dozy, *Hist. de los Musulm.* IV, 45 y S. S.

(5) Dozy: *Ibidem*, IV, 46 y 47.

(1) Dozy: *Invest.*, I, 335-36.

(2) Schack, I, 197-98.

(3) Dozy: *Ibidem*, I, 337.—Schack, I, 83-4.

(4) Simonet: *Descrip.*, 148.

(5) Dozy: *Hist. de los musulm. esp.*, 11, 256, trad. de Castro.—Simonet: *Descrip.*, pág. 30.

(1) Simonet: *El siglo de oro de la lit. árabe, esp.*, páginas 46 y 47.

(2) Schack: *Obra cit.*, I, 189-91.—Garbin: *Almería bajo la dinastía Sommadihita*, en la *Rev. de Andalucía*.

gran poblacion y su riqueza permitirian, no obstante, en aquellos felices tiempos, que se embellecieran sus alrededores con hermosos jardines y la ciudad con los suntuosos edificios que ponderan los historiadores y poetas árabes (1).

De Ar-Rusafi, escritor oriundo de Almería, según Contreras (2), es la preciosa composición titulada «A una tejedora», que dice así:

«Olvida tus amores,  
me dicen los amigos;  
no es digna la muchacha  
de todo tu cariño.  
Yo siempre les respondo:  
vuestro consejo admito;  
mas seguirle no puede  
mi corazón cautivo.  
De su dulce mirada  
me detiene el hechizo,  
y el olor que en sus labios  
entre perlas respiro.  
Si echa la lanzadera,  
brincan todos los hilos,  
y mi corazón brinca  
y versos la dedico.  
Si en el telar sentada  
forma un bello tejido,  
me parece que urde  
y trama mi destino.  
Mas si entre las madejas  
trabajando la miro,  
me parece una corza  
que en la red ha caído» (3).

Almotasim, como es sabido, gozaba en reunir á los altos señores, wazires y poetas de su corte en el palacio ó alcázar de la Sommadihia, con los cuales, como príncipe que era muy aficionado á las letras, celebraba con frecuencia certámenes poéticos. Allí también él mismo compuso, entre otros versos, los siguientes, en que describe un gran manantial de agua que brotando en medio de un pabellón, se dividía después en muchos brazos y canales para regar los jardines inmediatos:

«Contemplad la hermosura de ese agua, que al derramarse de la fuente, parece una sierpe manchada que se desnuda de su piel al huir» (4).

También compuso dos notables descripciones de Berja y Dalias, no traducidas del árabe, que nosotros sepamos, por ninguno de los orientalistas modernos.

De la encantadora hija de Almotasim, llamada Ummalkiram, nos ha conservado el tiempo algunos de los tiernos y enamorados acentos que dirigió á su querido amante, el apuesto Sammar de Dénia. Hé aquí el siguiente fragmento, único que conocemos:

«¿Quién extraña el amor que me domina?  
El solo le mantiene,  
rayo de luna que á la tierra viene,  
y con su amor mis noches ilumina.  
El es todo mi bien, toda mi gloria;  
cuando de mí se aleja,  
ansioso el corazón, nunca le deja  
y le guarda presente la memoria» (5).

Rafiaddaula, príncipe de Almería, el mejor poeta de su familia, canta los placeres que proporciona la bebida en una alegre sociedad de amigos, á quienes presenta reunidos en la ribera de un claro arroyuelo, mientras el viento mece suavemente las hojas de los árboles, trinan las aves y se arrullan las tórtolas; y compara el brillante color rojo del vino á las mejillas de la gentil manceba su escanciadora (6). La composición á que nos referimos es como sigue:

«Las copas, Abul-Alá,  
están de vino colmadas,  
á los huéspedes alegran  
y de mano en mano pasan.  
Besa el céfiro y agita  
levemente la enramada;  
su olor despiden las flores,  
y los pajarillos cantan,  
mientras las tórtolas gimen  
columpiándose en las ramas.  
Ven á beber con nosotros  
aquí á la orilla del agua.  
La copa hasta el fondo apura,  
en ella no dejes nada.  
El rojo vino encendido,  
que te sirve esta muchacha,  
se diría que ha brotado  
de sus mejillas de grana» (7).

Hasta el famoso sabio Al-Becri, incurre y se deleita en estos deportes:

«Casi no puedo aguardar  
que el vaso brille en mi diestra,  
beber ansiando el perfume  
de rosas y de violetas.  
Resuenen, pues, los cantares;  
empiece, amigos, la fiesta;  
y de oculto á nuestros goces,

(1) Garbin: *Estudios*, ya menc.

(2) Art. cit.

(3) Schack, I, 123-24.

(4) Simonet: *Alcázares famosos en las hist. árabes*, artículos publicados en esta *Revista*, año de 59 á 60.

(5) Schack, I, 115.

(6) Simonet: *Disc. doct.*, pág. 48.

(7) Schack, I, 173.

libre dejando la rienda,  
evitemos las miradas  
de la censura severa.  
Para retardar la orgía  
ningun pretexto nos queda,  
porque ya viene la luna  
de ayunos y penitencias,  
y cometen gran pecado  
cuantos entónces se alegran» (1).

Estotros versos, cuya expresión es aguda y picante, según Dozy (2), son del príncipe Izzeddaula, conocido también por Abu Djafar, que se los envió á su amada:

«Lleno de afán y tristeza  
este billete te escribo,  
y el corazón, si es posible,  
en el billete te envío.  
Piensa al leerle, señora,  
que hasta tí vengo yo mismo;  
que sus letras son mis ojos  
y te dicen mi cariño.  
De besos cubro el billete,  
porque pronto tus pulidos  
blancos dedos, romperán  
el sello del sobreescrito» (3).

Con el intento de halagar al indómito emir de los mushimes Yusuf ben Texifin, y cuando aún alumbraba su alma algún rayo de esperanza, envió Almotasim á su hijo Obaidalah para felicitarle con motivo de su conquista de Granada, como lo habían hecho los emires de Badajoz y de Sevilla. Pero al califa victorioso no se ocultaban los sentimientos de temor y de odio que anidaban en los corazones de aquellos débiles príncipes despechados, y no consintió que los aduladores pisaran los umbrales de su palacio. Al infante de Almería, aunque Yusuf le recibió con agasajo en los primeros momentos, concluyó por reducirle á prisión. El contrastado príncipe informaba á su padre y soberano de su situación desgraciada, y del ultraje recibido en carta que ha llegado hasta nosotros, en la cual insertaba las siguientes lamentaciones, escritas con aquella poética dulzura que gustamos en todas las endechas elegantes y tiernas que se conservan de esta régia familia de poetas.

«Ay de mí! que después de haber vivido  
en el fausto y el lujo y la opulencia,  
gimo en infame cárcel affigido  
por la angustia fatal y la indigencia.  
Antes con brazo libre, vigoroso,  
guiaba mi alazán en la carrera;  
y ahora este duro hierro, ignominioso,  
me sujeta, y oprime, y desespera.  
Yo antes libre, y de espléndidos honores  
colmado, cual cumplía á mi grandeza;  
hoy del desprecio sufro los horrores  
y del mísero siervo la tristeza.  
¿Quién pensara que el bárbaro africano  
mis fueros de legado así ultrajara,  
y contra ley el déspota inhumano  
en un vil calabozo me arrojara!  
¡Oh mi noble Almería! ¡oh patria hermosa  
por mí siempre querida, idolatrada!  
¡Ya nunca te veré!.. ¡Oh suerte odiosa,  
qué pena me tenias preparada!»

El venerable desventurado anciano recibió con el alma profundamente lastimada la infausta noticia de la desgracia de su hijo, doliéndole todavía más recibir aquel inesperado ultraje del rudo hijo del desierto, á quien él había tan prodigamente dispensado sus halagos. Puso á seguida todo género de arduos y medios en juego para arrancar al príncipe de las garras de aquel buitre. Pero en el entretanto contestaba á las melancólicas querellas de Obaidalah con tiernos apasionados versos en los que el triste anciano revelaba su indignación y su pena, pero le confortaba para que conllevara la adversidad con dignidad y resignación:

«¡Oh hijo del alma mía!  
¡Oh dulce prenda del alma!  
Mis lágrimas y sollozos  
testigos son de mis ansias.  
Cuando llegó á nuestro oído  
la nueva de tus desgracias,  
las vainas al punto mismo  
han roto nuestras espadas;  
las banderas y estandartes  
por sí propios se desgarran,  
y los roncocs atabales  
con hondo gemido claman.  
A la de Jacob mi pena  
¡oh, hijo! en todo se iguala:  
aquél lloró á su José,  
yo al hijo de mis entrañas.

.....  
Pero soportemos, hijo,  
nuestros males con constancia» (4).

Rafiaddaula pasó también la vida en Africa, donde tuvo que sufrir muchos ultrajes. Refiérese que, habiéndose hecho anunciar en casa de un alto personaje de la corte de los Almoravides, uno que se encontraba en la sala gritó con tono despreciativo:—«¿Qué nos quiere ese hombre de una familia caída?» Informado de este insulto Rafiaddaula, hizo llegar á él los siguientes versos:

(1) Schack, I, 171.  
(2) *Invest.*, I, 352.  
(3) Schack, I, 125-26.  
(4) Garbin: *Estuds.* cit.

«Mi familia está caída, pero yo no lo estoy: la rama del árbol basta cuando la raíz no existe. ¿Qué daño os hubiera venido con decir:—¡Lo poco que hace, lo hace noblemente!— Todos los vasos conservan alguna gota de la materia fluida de que estuvieron llenos; pero las avispas, por mucho que hagan, jamás darán miel. Si todos los caminos por donde marchó hubiesen de conducirme hácia vos, me volvería atrás cuando os aperciese en una morada, porque el lugar en que os encontráis no será nunca un lugar honroso y lo que en semejante lugar se diga y se haga, no puede agradar á un hombre de buena educación.

«Os he reprendido en la esperanza de que os habíais de corregir, pero ya lo veis, las reprensiones de los nobles son corteses y amables.» (1)

Padece el corazón al ver á esta noble raza insultada por los bárbaros é insolentes advenedizos; á esta raza que conservaba en su miseria su arte de vida y sus aristocráticas maneras, y que aún tenía una ráfaga de genio para exhalar sus quejas lastimeras.

Un nieto de Almotasim, llamado Rachid-ad-daula parece que concibió el temerario proyecto de restaurar el abatido trono de sus abuelos. Al ménos fué acusado de atentar contra la seguridad del Estado, y lo redujeron á prisión, donde compuso estos versos:

«Mis nobles amigos me han acusado injustamente, pero cuando un hombre acusa, puede decirse: ese es un delator. Han proferido palabras ridículas cuyo alcance no conocían, mas de las cuales debieran, sin embargo, avengonzarse. Suceda lo que quiera, me resigno con mi suerte: resignarse y alimentar la esperanza de ser recompensado en otra vida, hé aquí el carácter del hombre noble. Acaso, he pensado, éstas no son más que tinieblas que me rodean momentáneamente: después de la noche viene el día. Si la muerte viniese á herirme, la sufriría sin murmurar, y si he cometido un pecado que Dios me lo perdone.»

«Sufrid con paciencia los reveses de la fortuna, todo puede convertirse en mejor: ¡ved la aurora, disipa las tinieblas! Sabeis que Dios regula vuestra suerte, fiaos de él por que muy pronto vereis al ángel Gabriel acudir en vuestra ayuda. Cuando el nombre se somete á los designios de la Providencia en la esperanza de una recompensa en la vida futura, rara vez acontece que no goce al día siguiente de las grandes alegrías del Paraíso» (2).

Después de morir el buen rey Mahomad, empuñó las riendas del Gobierno su hijo mayor Ahmed Izzad-daula, y según cuentan las crónicas musulmicas, su breve reinado fué tan angustioso como efímero.

Perdida toda esperanza de salvación para su pueblo, cuando llegó á noticia del nuevo emir de los almerienses el rendimiento de Sevilla y la deposición y ruina de los poderosos abbadidas, se resolvió á cumplir la voluntad y postreros consejos de su egregio padre. Aperciéndose, pues, en secreto una nave y comenzó á tratar de la entrega de la ciudad, saliendo fugitivo ántes de verificarse ésta, quizá por no sufrir tal dolorosa humillación á la vista de sus enemigos, tal vez por hacer imposible con su retirada todo intento de generosa inútil resistencia en sus leales almerienses. Ello es que, aprovechando las circunstancias del poco cuidado y diligencia que, desde que empezó á tratarse de la rendición de la plaza, ponían los sitiadores, que defendían la entrada del puerto, la familia real pudo llevar á cabo su fuga sin obstáculo alguno. Acogióse á estos últimos vástagos de la culta dinastía Sommadihita, siguiendo los consejos del sabio padre, á su antiguo aliado el poderoso señor de Bugía, y estuvieron en aquella ciudad como dependientes y vasallos de Almanzor-ben-Alanib-ben Balkin-ben Menad Zanhagi, quien señaló al príncipe destronado la villa de Ténés de Occidente para su residencia.

Vivió Izzad-daula en su destierro—aunque mirado con respeto y cortesía—devorado siempre por la triste nostalgia que le causaba la ausencia de la patria y la pérdida de su trono.

Y que vivió en el destierro triste y con el ánimo abatido, fija su mente en la infausta estrella que había presidido á su destino, lo revelan bien claramente los melancólicos ecos que arrancaba el dolor á aquel noble corazón afligido, patéticos lamentos que, á través de los siglos, han llegado hasta nosotros:

«A tus decretos, Dios mio,  
con humildad me resigno:  
antes he ocupado un trono,  
ahora me encuentro proscrito,  
y oscurcido, olvidado,  
en pobre extranjero asilo,  
y sin placeres ni aun penas  
del mundo olvidado vivo.  
Ya no me es dado el deleite  
de oprimir los lomos finos  
del potro, que á la carrera  
se lanza con fiero brío.  
Ya mis oídos no pueden  
gozar los cantos divinos  
que en mi palacio entonaban  
mil poetas peregrinos:  
ya no podrán ¡ay! mis manos  
prodigar el beneficio» (3).

Entre los hijos de Almotasim, uno sólo, Obaidalah, el que había caído prisionero en Granada, tomó alegre y filosóficamente su partido acerca de

(1) Dozy: *Invest.*, I, 369-70.  
(2) Dozy: *Ibidem*, I, 369-72.  
(3) Garbin: *Estudios* cit.

las vicisitudes de la fortuna. Habiéndose ido con un capitán almoravíd que le había tomado cariño, pasó su vida, según la expresión de un historiador árabe, entre las flores y las copas. Sus hermanos, menos fáciles de consolar, no dejaron de llorar su patria y su pasada grandeza.

Algunos de los hijos de Almotasim, al ver vacilar el trono de una dinastía que les había arrebatado el suyo, no supieron, ni procuraron, disimular su alegría, aunque al manifestarla se exponían a perder la cabeza. La conducta de éstos en Tleucen es una prueba evidente de su imprudencia y de su odio hacia los almoravides. Dos de ellos, Rafi-ad-daula, que era ya viejo, y Rachid-ad-daula, su sobrino, se encontraban en esta ciudad el año 1144, en ocasión que los Almoravides habían establecido su campamento en una montaña próxima. Un día que hablaban con uno de sus amigos, Ibu-al-Achiri, que después se dió a conocer por una historia de los almohades, oyeron en el campamento, donde se acababa de recibir la noticia de una victoria, un alegre redoble de tambores.

«¡Ah! gritó entonces Rafi-ad-daula, si mi vejez no me lo hubiese impedido, ya me hubiera ido con ellos, porque los amo con todo mi corazón.»

«Pues bien, le dijo su sobrino, improvisemos versos en su honor ya que no podemos servirle de otra manera más eficaz.»

Aceptada esta proposición, Rafi-ad-daula comenzó de la manera siguiente:

—«Gracias al rey Abb-ad-Mumau, el astro de la dicha vuelve á aparecer en el cielo.»

Rachid-ad-daula continuó:

—«Es un héroe y el brillo de su frente semejante al resplandor que esparce la luna en medio de la noche.»

Ibu-al-Achiri prosiguió:

—«Id á reuniros á él, encontrareis un príncipe que posee la arrogancia de un rey, pero de quien nadie tiene que temer cuando implora su protección.»

Estos versos no quedaron en secreto, y cuando llegaron á oídos del jefe de la plaza, Rafi-ad-daula (el más comprometido de los tres, porque el jefe había hecho confianza en él, encargándole que vigilase la reparación del muro del arrabal), se vió obligado á buscar su salvación en una pronta fuga. Consiguió escapar de la ciudad y ganó el campamento de los Almohades. Algun tiempo después, cuando murió Techuñin, los Almoravides se vieron obligados á evacuar á Tleucen. Raschid-ad-daula abrazó entonces el partido de Abb-al-Mumau, en cuyo honor compuso extensos poemas, y por un extraño capricho de la fortuna, este nieto de un rey que había pensionado á toda una pléyade de poetas, como afirma Dozy (1), acabó por descender él mismo al rango de poeta pensionado.

ANTONIO M. DUMOVICH.

## LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID Y EL DOCTOR LENZ.

La Sociedad Geográfica de Madrid, que á pesar del corto número de años que cuenta desde su instalación, ha logrado colocarse á la altura de las más importantes del extranjero y que sostiene correspondencia con todas ellas, incluso las situadas en las más apartadas regiones, acaba de recibir y festejar á uno de los más intrépidos viajeros de nuestros días.

El doctor Lenz, sábio geólogo alemán, nacido en Leipzig, naturalizado en Austria por razón del cargo científico que en aquel país desempeña, se hallaba próximo á cruzar por España, de regreso á su patria, de la expedición que, comisionado por la Sociedad Alemana de exploraciones al África, había realizado desde Tánger á las inmediaciones del Cabo Verde, siguiendo por Marruecos, atravesando el Sahara y después de visitar Timbuctú, cruzar el inexplorado país que media entre la célebre ciudad africana y el Senegal. Inmediatamente que por las manifestaciones del sábio y notable geógrafo señor Coello, tuvo la Sociedad conocimiento de la próxima llegada del sábio viajero, se puso en contacto con la legación imperial de Austria en esta corte, á fin de conocer la fecha de la llegada del doctor Lenz.

El señor conde de Ludolf, ministro de Austria y sábio fundador de la Geográfica de Madrid, después de obtener las noticias apetecidas de sus agentes consulares con una actividad que honra tanto al distinguido diplomático como al entusiasta por los adelantos científicos, participó la noticia del arribo del ilustre geólogo, y al punto una comisión de la Sociedad, á cuyo frente figuraba el vicepresidente de la misma, señor Fernandez Duro, cumplimentó al doctor Lenz, teniendo el gusto de saber que este señor retrasaría su salida de Madrid por dos días, con el objeto de corresponder á los deseos de la Sociedad, ofreciéndola las primicias de sus exploraciones en una conferencia pública que tendría lugar el jueves 10 del pasado mes. En efecto, á las nueve de la noche y en el gran salón de la Academia de la Historia y ante una concurrencia que apenas cabía en aquel recinto, compuesta de los personajes más eminentes que en ciencias y letras tiene Madrid, y después de unas notables frases en que el señor Coello, presidente honorario de la Sociedad, patentizó una vez más la justicia de su bien sentada reputación científica, el doctor Lenz dió principio á su conferencia, sirviéndose del idioma francés como de más fácil comprensión para la generalidad de los asistentes.

Después de una breve noticia de sus primeros viajes, el geólogo-viajero entró de lleno en la exposición del que acaba de realizar. Señaló á Tánger como el punto de su partida

para Anghera y Tetuan, desde donde, acompañado por dos intérpretes, uno español y otro francés, se dirigió á Fez y Mequinez, cerca de cuya ciudad halló abundantes minas y la antigua y romana *Voluvis*, cuyas inscripciones examinó, y después de pasar junto al sepulcro de Muley Edris, se dirigió á Rabat. Hizo notar que en esta población, lo mismo que en la capital marroquí, existen almenares idénticos y construidos en la misma época y tal vez por el mismo arquitecto que la Giralda de Sevilla.

Describió la situación que ocupa la ciudad de Marruecos en una estensa planicie, y á la falda de las montañas del Atlas, situación que, dijo, la dá gran semejanza á nuestra morisca Granada. Tras una breve estancia en aquella ciudad emprendió su marcha hacia la cordillera, tardando en cruzarla unos diez días, y no sin correr algunos peligros á causa de que sus habitantes, de mezclas razas y casi independientes, entre las que descuellan los *Xeluj* (antiguos mauritanos), no ven con gusto la llegada de viajeros.

Al descender por la falda meridional del Atlas atravesó algunas colinas *cretáceas*, después una meseta *triásica* y más allá otra *carbonífera* que termina en una dilatada llanura. Pasó así al país del Sus, deteniéndose algun tiempo en su capital, Tarudant, ciudad compuesta de malas viviendas y en la cual se vió expuesto á los insultos de sus abrasados moradores.

Al salir del valle del Vad-Sus comienzan otras montañas que llamó anti-Atlas, á causa de la situación que ocupan frente al Atlas verdadero. Cerca de esta cadena de montañas se celebra un concurrido *Zoco* junto al sepulcro de Sidi Exán. El jefe de aquellas tribus, Marebta, le dió guías para su caravana, compuesta de nueve camellos, que conducían las provisiones de alcazúz, café y odres llenos de agua.

Con estos elementos, y cruzando el río Draa entre la capital del Vad Nun y Acka, entró en el Sahara ó gran desierto, tardando cuarenta y tres días en cruzarlo, pasando primeramente por Tenduf. Como el viaje lo hacia de noche para librarse de los rayos del sol, y por parajes no frecuentados por las caravanas para evitar los ataques de los salteadores, perdió dos árabes de su compañía, que al adelantarse, como es muchas veces su costumbre, sin duda se quedaron dormidos y no fué posible encontrarlos, siendo lo más probable que allí muriesen de hambre y de sed.

Además de las observaciones con que el doctor Lenz ha enriquecido los conocimientos sobre la geología de aquel terreno desolado, hizo muchas acerca de la altitud sobre el nivel del mar, resultando de 150 metros la cifra más baja, lo cual, dijo, demuestra lo quimérico del proyecto de inundar el desierto. Sin duda, añadió, se habrá querido fundar tan absurdo pensamiento por analogía, al saber que hay junto á la costa septentrional del África, por la Argelia y Túnez, varias hondonadas con lagunas ó pantanos llamados *Xots*, algunos de los cuales se hallan, efectivamente, varios metros más bajos que el nivel del Mediterráneo.

Antes de llegar á Timbuctú pasó por la población de Arauan, atravesando en varios sitios montañas de arena que llaman *Aleg*, pero con agua abundante; recordó que entre aquel punto y Timbuctú fué asesinado en 1828 el mayor Laing, según se dice, por no haber acertado á curar al Sherif de Valait.

Entre las dos ciudades hay 15 jornadas; de modo que Timbuctú está aislada y lejana de todo otro poblado; sin embargo, se hace en ella un activo comercio, especialmente con los Tuareg, y la habitan muchas familias notables; contándose entre los artículos más importantes de su comercio, los esclavos que, procedentes del Sudan, se envían al Norte y á Marruecos, las plumas de avestruz y la sal de que salen cargados muchos camellos.

Desde Timbuctú partió Lenz hacia el Senegal, encaminándose directamente á San Luis, por Medina, cruzando la divisoria poco elevada entre el Níger y el Senegal, donde, dice, existen poblaciones mayores que Timbuctú, tales como Segu, Sicoló y otras, habitadas por gentes que emigraron de Marruecos.

Después de tres meses de marcha, llegó al Senegal, donde se halla la colonia francesa, apoyada por pequeñas fortalezas, situadas en la margen izquierda de aquel río hasta cerca del reino de Segu.

Poco después de su salida de Timbuctú, se vió atacado por hombres pertenecientes á tribus salvajes y crueles, de los que se vió libre gracias al Xerif que le servía de guía, que invocó en su auxilio su descendencia del profeta y la hospitalidad que ordena la religión.

Terminó el Sr. Lenz su relato haciendo algunas observaciones acerca del ferro-carril que desean construir los franceses con el ánimo de unir la Argelia con sus posesiones del Senegal, proyecto que cree el viajero de imposible realización. Sin hacerse dueños de Segú y del Tuat, es de muy difícil ejecución á causa de las arenas movedizas y los *Aregs*, que son verdaderas dunas del desierto; aparte de que, suponiéndolo factible, no tendría el proyecto la importancia que le atribuyen, pues con solo ocho ó diez trenes habría bastante para transportar las mercancías que hoy conducen las caravanas.

Terminado este discurso, el presidente, después de dar al señor Lenz las más cumplidas gracias á nombre de la Sociedad, de recordar los nombres de los viajeros españoles que han cruzado el Asia, y entre ellos el del malogrado Gatell, y de manifestar al doctor que, una vez cumplidas las formalidades reglamentarias, le sería otorgado el título de sábio correspondiente honorario, lo cual agradeció vivamente el señor Lenz, se dió por terminado al acto.

Grandes plácemes recibió el Sr. Lenz de todos los concurrentes, los cuales acordaron, según se acostumbra en las Sociedades extranjeras, ofrecerle un banquete que ha tenido lugar en el café de Fornos.

La sala del restaurant, decorada con los escudos de Austria, España y de la Sociedad Geográfica, las banderas de Austria, Alemania y España, vistosamente enlazadas, y la mesa espléndidamente adornada y servida, daban al salón un carácter especial que contribuyó no poco á realzar la solemnidad del acto.

Ocupó el centro de la mesa el Sr. Cánovas del Castillo, presidente de la Sociedad Geográfica, teniendo á su derecha

al doctor Lenz y al Sr. Fernandez Duro, y á la izquierda al Sr. Saavedra.

El Sr. Coello, presidente honorario, tomó puesto frente al Sr. Cánovas, teniendo á su derecha al Sr. Von Conring, notable escritor de viajes por Marruecos, y á su izquierda el señor Rieman, joven viajero, que también ha recorrido parte de Africa.

Los demás sitios eran ocupados indistintamente por los demás sócios, en número considerable.

MANUEL DE FORONDA.

## LA FUENTE DEL CURA.

I

Allá á mediados del siglo xv, reinando en Castilla el señor don Juan el II. ó mejor dicho, el condestable don Alvaro de Luna, había en la villa fuerte de Madrid, en un altozano al norte á dos tiros de arcabuz del portillo de Santo Domingo, una bellísima casa de campo que pertenecía á un sacerdote llamado don Diego Enriquez, caballero de San Juan de Jerusalem, sobrino de doña Isabel Enriquez, duquesa del Infantado, y rico, no sólo por los alimentos que le daba su tia, sino mayormente por la pingüe herencia que le habían dejado sus padres.

II

En 1462, época en que le damos á conocer á nuestros lectores, el don Diego, que no había cumplido sus treinta años, aún no era eclesiástico.

Había estudiado, es cierto, en la famosa Universidad de Salamanca, que entonces no tenía en España rival porque aún no había fundado el cardenal Cisneros la Complutense, latín, griego, filosofía, derecho civil y económico y á más matemáticas, geografía, cronología y no sabemos cuántas otras cosas, que pública y lícitamente en las escuelas se enseñaban, de lo que resultó que cayendo todos aquellos estudios sobre el despierto ingenio del don Diego, hicieron de él un sábio de más campanillas que un tiro de mulas de coche de noble; pero en lo que, según se murmuraba, era más fuerte don Diego, era en las ciencias ocultas, particularmente en la astrología judiciaria.

III

Las familias nobles, en aquellos tiempos en que la nobleza lo era todo, para que su ilustrísima sangre no se difundiese y se bastardease por entronques irregulares, y el mayorazgo mantuviese y perpetuase el lustre de la familia, tenían la propensión de relegar sus segundones al claustro, que era lo mismo que cortar todas las ramas del egrejo árbol, para que éste no pudiese producir fruto más que en el robusto guion, continuación del tronco.

IV

Así fué, que apenas acabados sus estudios y cuando apenas si contaba venticuatro años don Diego, se le cominó si no entraba en religion, ó por lo menos en el sacerdocio, se le quitarían los alimentos, se le dejaría reducido á sus propias fuerzas y se buscaría un pretesto plausible para echarle de la familia, relegarle y desconocerle, prohibiéndole usar su apellido, ni más ni menos que si en vez de haber visto la luz en un nobilísimo solar, hubiese sido, como vulgarmente se dice, *hijo de las malvas*.

V

Esta sentencia se lo notificó con muy buenos modos, pero con una gran firmeza, y como quien dice: «¡Ay de vos si no me obedecierais!» la duquesa del Infantado, doña Isabel Enriquez, su tia, que se jactaba de venir en línea recta de la famosa esposa del almirante Enriquez, que se conoce por excelencia en la historia de aquel tiempo con el sobrenombre honorífico de la *Rica-hembra*, y por razón de la sangre, y de la tradicion y del ejemplo, su nieta doña Isabel, tia de nuestro don Diego, aunque no se llamaba la *Rica-hembra*, era una hembra que valía por siete varones, y á más de esto la viudez, cuando todavía estaba oronda, rozagante y fresca, que aún no había llegado á los cuarenta, la tenía rígida y malavenida, y con histérico, por lo cual resultaba más agria que lo hubiera sido curada de aquellas dolencias.

VI

A don Diego se le cayó la casa encima cuando su nobilísima tia le ordenó que se ordenase, porque maldito si tenía pizca de afición á la Iglesia como no fuese para oír misa, y más aún, siendo su conducta suelta y tan suelta, que no había quien la cogiese, galanteador y pendenciero, como quien durante largos años se había picardeado en las escuelas y llevado la voz sobre los estudiantes.

VII

Además de esto, tenía el don Diego clavada, como una espina en el corazón, una mujer y no podía resollar sin que la espina le hiciese daño; y cabalmente la señora de sus pensamientos, que le traía casi loco, guardando el secreto de unos amores que no se atrevía á manifestar, era su propia tia doña Isabel, que tenía unos ojos de fuego, negros como la noche, como la noche profundos y como ella llenos de misterios; unas mejillas redondas, densas y pálidas, con fuerza de vida, con la blancura suave y sensual de la azucena; una boca pequeña y fresca, de labios húmedamente rojos; que cuando se sonreía, que era con frecuencia, causaba en sus mejillas dos oyitos en que se enterraban las almas de los más helados, y dejaban ver una dentadura que por sí misma enloquecía: esto sin contar con la riqueza de los cabellos rizados, negros como la endrina, y un lujo de formas mórvidas, macizas, duras, protuberantes, con una gran belleza y de tal manera incitativas, que toda locura á que por ellas se sintiera arrojado un hijo de Adán, habría sido disculpable; que tal era aquella Eva que mandaba á su sobrino se hiciese clérigo.

VIII

El, por su parte, era un real mozo y se parecía mucho á su tia, lo que nada tenía de extraño, siendo los dos de un mismo origen; y acontecía, que si el sobrino se tragaba el

(1) *Ibidem*, I, 374-75.

inmenso amor que sentía por su tía, la tía se atragantaba ocultando trabajosamente y con penas negras, que sólo ella y Dios sabían cómo eran y cuán insoportables, el ansia mortal que del amor de su sobrino tenía.

## IX

—¿Y cómo,—podrá decir el curioso lector,—no se casaban aquellos enamorados secretos que de tal manera por la no satisfacción de sus secretos amores se consumían, cuando todo ello era cuestión de dispensa y había dineros largos para que Roma alzase á la carrera las dificultades, permitiéndoles ser felices?

¡Válame Dios por la ignorancia de las cosas de otros tiempos!

¿Cómo una ilustrísima viuda, una dama de altos respetos, toda una duquesa del Infantado, había de cometer la indignidad imperdonable de violar su viudez, siquiera fuese con la autorización del Papa, ofendiendo la memoria, y aun pudiera ser muy bien que el alma en pena de su marido, dando lo que él tal vez echaba de ménos en la eternidad, el encanto de su hermosura y el paraíso de delicias de su alma enamorada, no ya á un cualquiera, que siempre hubiera sido monstruoso, sino á un su sobrino carnal, que ésto pasaba ya de los límites de lo inconcebible?

Para ser digna de su noble apellido, glorioso en la historia patria, de su gran título, de su enorme mayorazgo, y sobre todo, de la estimación del mundo, no había más que sufrir las continuas llamaradas que del corazón se la subían á la cabeza, abrasando su razón, quemándola, poniéndola negra de tristezas, y haciéndola una devanadera en que la madeja del amor se enmarañaba, sofocando la virtud, irritando la conciencia y causando los vuelcos nocturnos y los suspiros abrasados que sólo el silencio oía; hacer maravillosos esfuerzos para que los arrebatos de su pasión no se le saliesen del cuerpo convertidos en locura; ser una heroína desconocida, que se dejase muy atrás á aquel Guzman que desde los muros de Tarifa arrojó su cuchillo al infante don Juan el Tuerto, que le amenazaba con degollarle el hijo cautivo, si por su vida no le entregaba la ciudad que por don Alonso el XI defendía.

## X

Tal se vió de combatida y traspillada y abrasada doña Isabel, que vino á tener miedo de sí misma, y dudosa ya de las fuerzas de su virtud, sintiendo que se caía, y que el recato, riendas del honor, se la rompían, y la pasión brava é irritada se la desbocaba; preparándose para la batalla con siete días de oración, ayuno y disciplinazos, los cuales eran contraproducentes, porque á cada disciplinazo más soberbia la tentación rugía; apelando á todos los recursos de la fé y de la razón, y aun haciendo testamento; armándose de una serenidad y una severidad embusteras, llamó á su sobrino, y habiendo comparecido éste le dijo:

—Por madre me teneis á mí en el mundo...

Interrumpiéndola con vehemencia don Diego diciendo:

—No quiera Dios, señora y queridísima tía, que yo por madre os tenga, aunque, por vuestros beneficios, oficios de tal hagais en favor mio: dejad lo de madre á un lado, y sin título de ninguna otra cosa, mandadme lo que queráis que yo para daros gusto haga, que si yo no lo hiciera por ser vos quien sois, un imposible me hubiéreis pedido.

Turbóse doña Inés, se le fueron sin pedirla licencia la serenidad y la severidad, y con la lengua tartajosa, encendida como una amapola, y envolviendo en las llamas que se la salían por los hermosos ojos á su sobrino, dijo con desentono apresurada y desconcertadamente:

—Pues lo que yo quiero es que ahora mismo os vayais, que os ordeneis y que no volvais sino cuando hubiéreis cantado misa.

—Antes ciegue yo que lo vean vuestros hermosos ojos, señora mía,—dijo don Diego, con quien y por medio de los ojos abrasados en vivas llamas de amor no siendo poderosa á ocultarlo, se había desposado con el alma doña Isabel;—que si vos queréis que me encapille la sotana es por poner más estorbos al amor que me teneis, y que por los divinos ojos se os ha salido; y yo os digo que donde voy á profesar es en vuestros deliciosos brazos que el amor ha hecho para ventura mía, y de este corazón abrasado que no sabía cuánto vos le amábais.

Y como era desatentado y atrevido, á fuer de estudiante dejado de la mano de Dios, y vió lo aturdida que su tía estaba, que casi agonizaba, á ella se fué con los brazos abiertos y en ellos la estrechó tan de improviso y con tal fuerza, que á no ser doña Isabel tan grande y tan forzuda, del abrazo no se suelta; y aún así no se vió libre sino con gran detrimento de su persona y aun de su traje, que rasgándose alguna parte más de lo conveniente la casta hermosura del seno dejó al descubierto; de lo que tal vergüenza á doña Isabel la sobrevino, que cubriéndose con el brazo izquierdo lo que la avergonzaba y levantando el derecho, dió una terrible bofetada á su adorado sobrino, diciéndole toda indignada y furiosa:

—Tomad por lo que habeis hecho.

Y luego ella misma se dió otra descomunal bofetada, añadiendo:

—Y yo también, si por algo he dado ocasión á vuestra desvergüenza.

Y rompió á dar gritos llamando á sus criados, por lo cual, y teniendo por cierto que si no escapaba, allí á palos fenecería, por salir más pronto por el mirador se echó al jardín, y luego asaltando el muro, para lo que le sirvió de escala un árbol, á su posada se fué; mandó incontinenti le ensillasen un caballo, y aunque el tiempo era malo, frío y de ventisca y lluvia, de Guadalajara con su escudero se puso en una jornada en Madrid, y se fué á hacer cama que enfermo y muy enfermo venía, á la hermosa casa de campo que en un altozano, como ya se ha dicho, tenía fuera de los muros de la villa, frente á la puerta de Balnadú y el portillo de Santo Domingo.

## XI

Recobróse, cuanto pudo recobrase, doña Isabel, cuando vió que su sobrino había escapado y que su nombre y su virtud no habían menester ya defensa, se compuso rápida-

mente los desperfectos del traje, y sin poder de la misma manera componer el desorden de su semblante y de sus ojos, ni el temblor violento que la cogía de alto á bajo, dijo á sus doncellas y á sus criados que acudieron á sus voces apresurados:

—Váyanse, que todo ello no ha sido más que un ratón, y ya se ha ido.

Y se fueron, pero no sin que alguno murmurara:

—Parece mentira que siendo tan alentada y brava la señora la pongan tan á morir los ratones.

## XII

Pero tal había sido el ratón, que doña Isabel, no pudiendo ya resistir ni valerse, dió en el lecho, y los doctores dijeron que la señora tenía una calentura de mucho cuidado, y que fortuna sería si no se andaba con ella bien de prisa.

Nótese que allí en Madrid y en su casa de campo, don Diego no podía lamerse con otra calentura que tenía muy en cuidado á los doctores.

Pero en fin, sangría viene, sangría va, y las aguas cocidas de cuantas yerbas Dios crió, y las ventosas y los pediluvios; los doctores de la una y de la otra parte sacaron adelante ó ellos solos, á pesar de todo, se sacaron, á los enfermos, y limpios de la fiebre del cuerpo los dejaron; pero no de la fiebre del alma que crecía y crecía en ambos, y de tal manera que ella se dolía y se arrepentía de haber sido tan cruel, más para sí misma que para su enamorado, y él de haber sido tan cobarde, tan temedor de gritos, que bien pudo haber sofocado, despues de lo cual hubiera sobrevenido forzosamente el casamiento que era para don Diego no sólo un ansia del alma, si no también de la codicia y de la vanidad, dado que doña Isabel por estar próximamente emparentada con el rey, y por ser duquesa propietaria del Infantado, era un partido capaz de sacar de quicio al ménos ambicioso; y como don Diego se había certificado que su tía estaba por él muriendo en vida con una pasión que no le cabía en el cuerpo, y de él se la salía á borbotones, y conociendo además, que sería capaz de morir respetando su viudez, decidióse á ser saltador de su honra, y tomó por conquista lo que de otra manera no sería suyo aunque lo pidiese con las sangrientas entrañas en la mano.

## XIII

Ya fuerte don Diego, si no del alma, del cuerpo, se previno de dineros y de joyas de precio para comprar la fidelidad de alguna de las criadas de su tía, que eficazmente pudiera ayudarle en su empresa, cuando recibió una carta escrita en letra gorda y desigual por su tía, y cuyo comienzo no podía ser más amoroso.

Decía así:

«Mi muy querido sobrino de mi alma: Nuevas me han venido de que vos estais ahí enfermo, y que tan al cabo habeis estado, que se han tenido grandes temores por vuestra vida; cuánto lo habré yo sentido esto en mis entrañas, y cuánto me habré espantado, bien lo sabeis vos; que no se os oculta cuanto os amo por ser vos de mi propia sangre, hijo del hermano que más he querido, por lo que no ceño de dar gracias á Dios que os ha curado. Yo también he estado tan mala y tan al cabo, que no daban ya los médicos tres maravéis por mi vida: no os asustéis de esto, que ya gracias al Señor he escapado, aunque con gran tristeza, y con tal desgano de la vida, que me trae espantada, porque en desear mi muerte, creo que poco mortalmente revelándome contra la voluntad de Dios, que aún viéndome tan atribulada no me mata; y ahora quiero decirlo, que si en verdad me amais como yo os amo, me deis algo de tranquilidad y de conformidad con la vida, entrando vos en religión, que así me parece enmendareis vuestra vida, que está, según se me alcanza, en empeños imposibles, que lograr no podeis sin que sobrevengan tales desdichas, que á ser ciertas os pondrían la conciencia negra, y tal vez os condenarían por desesperado. Tanto os amo, que porque Dios me conceda la merced de que Él os toque en el corazón, aquí á este convento de Santa Clara de Madrid he venido á encerrarme, para vivir en penitencia áspera, hasta que vos, oyendo mis súplicas os hayais consagrado sacerdote: y nada más os digo, sino que estiméis el grande amor en que os tengo, y arrojeis de vos al demonio que os persuade, ansioso de condenaros. Vuestra tía que os quiere con su alma.—LA DUQUESA DEL INFANTADO.»

Quedóse perplejo don Diego viendo que su hermosa tía, desconfiando de sí misma y aún de la seguridad de su casa, había tomado asilo en sagrado, como criminal que huye de la justicia, y teniendo por seguro que su tía no saldría del convento mientras se creyese en peligro, y renunciando á su casamiento con ella, que por su tenacidad en sus creencias era ya imposible, y ya de todo punto loco y ardiendo por su hermosura, no vaciló valerse, para cobrar alguna esperanza, del sacrilegio.

Así fué, que cogiendo la pluma escribió con mano trémula:

«Mi muy amada tía; pues que vos creéis que yo estoy torcidamente empeñado en propósitos con cuya consecución podría perderse mi alma, y por el amor que me teneis, me ordenais que me ordene, sin más réplicas ni argumentos á obedeceros me allano, y tanto más cuanto que vos me decís que no tendréis paz en el alma sino cuando me veais sacerdote. Empezad á tenerla, conociendo cuánto os amo, dado que os obedezco.—Vuestro amantísimo sobrino, don Diego Henriquez de Cabrera.»

## XV

Dos meses despues, apadrinado por el rey, amadrinado por su tía, la duquesa del Infantado, que para esto había salido del convento de Santa Clara de Madrid, en el cual durante dos meses y por voto que había hecho estando enferma, había vivido reclusa, don Diego cantaba misa en la magnífica iglesia del convento de San Gregorio en Valladolid.

Aguose la fiesta, porque al llegar la consagración, á la madrina la dió un síncope tan grave, que hubieron de llevarla resuspenda y en gran peligro de muerte á su posada. Sobresaltóse el misacantano, se acabó tristemente la cere-

monia, no fué sabroso el banquete, y aquella noche, empujando ya á condenarse, don Diego llamó á uno de los doctores que cuidaban de la duquesa, y seduciéndole á fuerza de oro, logró que consintiese en que él acompañándola como si fuese su practicante, pudiese llegar hasta la duquesa y quedar á solas con ella.

Buscaron á don Diego traje que aparentase el oficio que quería representar; y ambos á dos, doctor y fingido practicante, salieron cuando era media noche por filo, y como para llegar á la posada de la duquesa que estaba cerca del Espolon, tuviesen que pasar por el cementerio de San Andrés, que era el de los ajusticiados, al pasar junto á su tapia por un callejón lóbrego y medroso, vió don Diego que venían encima muchos hombres, causando gran estruendo con las espadas sobre los broqueles, y que llegando cerca uno de ellos, decía: —¡A esos condenados que quieren ofender á Dios, matadlos!

A estas voces el doctor, que no tenía obligación de ser valiente, escapó tan ligero que no le alcanzara el viento, y don Diego se encontró solo, pero armado con un broquel y una espada de que se había prevenido: y como ardía en él la bravura de su noble sangre y aquella aventura le había echado á perder el propósito con que iba, sobre los que venían se arrojó furioso; pero antes de que llegara á ellos huyeron ó más bien se desvanecieron en la oscuridad, y sólo quedó delante de don Diego una mujer vestida de blanco y cubierta con un largo velo.

## XVI

Don Diego conocía demasiado á su tía, y por el talante que tenía aquella que había podido creerse fantasma, por su tía la tuvo, y con tal seguridad, que dando un grito de placer á ella se arrojó ansioso, y ella empezó á andar delante de él de tal manera, que si él corría corría más ella; y así la blanca sombra escapando, y don Diego siguiéndola, llegaron al lugar medroso que se llama Las tápias del verdugo, y allí, al pié de un nicho en que, alumbrando á un temeroso Ecce Homo, ardía una candelita.

Allí la blanca sombra se detuvo.

Abrióse el velo que hasta los piés la llegaba, y don Diego, absorto, vió ante sí á su tía, pero pálida como una muerta.

—Vas á ver,—le dijo con una voz que ponía espanto por que parecía venir de la eternidad,—lo que es lo que has querido lograr con un sacrilegio perdiendo tu alma.

Y entónces la carne empezó á caerse del semblante del hermoso espectro, y muy pronto, desapareciendo el encanto, quedó ante don Diego un horrendo esqueleto.

Por último, aquella pavorosa visión desapareció.

Don Diego lanzó una horrible carcajada y se llevó las manos á la cabeza, á la que se le había arrebatado la sangre. Sintió algo semejante á la agonía de la muerte.

Se encomendó á Dios, y volviendo en sí, se encontró en su posada sentado en un sillón al lado de la chimenea encendida.

—¡Pesadilla!—dijo,—¡sueño horrible de mi dolor y de mi amor! ¡pero yo no soy sacrilego, no! ¡yo para Dios no soy sacerdote! ¡porque me he de condenar por un amor que no puedo vencer!

Y á pesar de ser pasada la media noche, inquieto por la salud de doña Isabel, se vistió sus antiguas ropas galanas, se armó y se fué á la posada de la duquesa.

Nadie le salió al paso, lo que le convenció de que su aventura pasada había sido un sueño.

## XVII

Llegó, y recatándose, preguntó al portero.

—La señora duquesa,—dijo este,—ha muerto.

—¿Y cuándo? ¿y cuándo?—exclamó con un acento indefinido don Diego.

—Antes de las doce de la noche,—respondió el portero. Don Diego huyó espantado.

Al día siguiente salió de Valladolid para Madrid.

Llegó y se encerró en su casa de campo.

Desde entónces su vida fué una continua penitencia.

## XVIII

Un día, llamó á un escultor de los que habían ido á Madrid para hacer las estatuas y las ornamentaciones del convento de religiosas dominicas que entónces (1469) se fundaba.

—Yo,—le dijo,—como lo veis tengo en esta heredad mia cinco pozos y una fuente de agua cristalina: ¿porqué no habíamos de hacerles un hermoso pilón de mármol blanco, y en él un peñasco, y sobre el peñasco la estatua de una mujer que yo os diré? No reparéis en el costo que yo soy rico, ni atendais más que á la hermosura de la obra.

Aceptó el escultor, y seis meses despues la obra, hermosa sobre toda ponderación, estaba hecha, y el agua saltaba en ingeniosos juegos de los surtidores.

Sobre el peñasco, sentada, abatida, con los brazos abandonados y con la expresión de la más honda desesperación, había una estatua que representaba á doña Isabel.

Para la semejanza habían valido retratos.

Del pecho le saltaba un chorro de agua, que parecía representar las lágrimas en que su corazón se deshacía.

Nadie entendía lo que esto significaba.

## XIX

Poco tiempo despues adoleció de muerte don Diego.

Despues de su fallecimiento su confesor mandó quitar la estatua de la fuente y enterrarla.

En su lugar se puso una cruz.

Con el tiempo la fuente fué cambiando de forma, y tomando cada vez una más humilde.

Al fin, cuando por aquella parte se ensanchó Madrid, pasó por aquel lugar una calle á la que se le puso por nombre de la Fuente del Cura.

Hoy esta fuente es de vecindad.

## XX

Tal es la tradición que se nos ha contado, y así la hemos hecho aparecer en nuestro relato.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

## LA CONSULTA

A MÍ QUERIDO AMIGO EL DOCTOR CORTEZO.

Decid, señor maestro, vos que todo cuentan que lo sabeis, ¿una duda en que vivo, de algun modo explicarme podreis?

—Exponla; que si alcanza el poderío de mi ciencia á rasgar de tan hondo misterio el velo umbrío harélo sin tardar.

—Pues atento me oid, que brevemente á importunaros voy.

—Hable ya el curiosillo adolescente, que oidos todo soy.

—En region venturosa que yo ignoro dónde enclavada está, sé que una dama, de bondad tesoro, reside siglos há.

Pintaros sus corpóreas perfecciones fielmente no podré; de contemplar absorto sus facciones la dicha aún no gocé.

Mas si misterio oscuro, impenetrable su rostro es para mí, con su valer inmenso, perdurable, no me acontece así.

En el templo, en el valle, en la montaña, del rico en el hogar, del pastor en la misera cabaña y hasta en el ancho mar, do quier llega del sol la luz radiante y alienta humano sér, viejo caduco, jóven arrogante ó tímida mujer, de los lábios de todos á porfia brotan de *ella* en loor frases ardientes, llenas de armonía, impregnadas de amor.

Oyéndolas de gozo y pasmo henchido, he logrado saber que en el celeste alcázar ha nacido esa diosa ó mujer: que á la tierra por Dios fuera enviada para escudo y blason del hombre; que él la tiene venerada siempre en su corazon; que por *ella* combate valeroso en la tierra y el mar; canta, medita, sufre jubiloso, trabaja sin cesar; que del vicio y el crimen es verdugo, que nunca ha de morir; que á nadie de su amor el dulce yugo es dado sacudir.

Por *ella* á sapientísimos varones veces mil pregunté; mas en vano respuesta á mis razones anhelante esperé.

Mi súplica escucharon sonriendo con plácida bondad, y de mí se alejaron balbuciendo no se qué de mi edad.

Más resistir no puedo de esa duda el punzante agujon; dad generoso vuestra sábia ayuda á mi débil razon.

Esa mujer incógnita, bendita, llamada *Libertad*, ¿quién es? ¿por qué no muere? ¿dónde habita?

Maestro, contestad.

—No en alcázar granítico y gigante, del hombre creacion, reside tu adorada; más brillante y rica es su mansion.

Labrósele el autor de cielo y tierra en su obra principal; el soberbio palacio que la encierra es nuestra alma inmortal.

Allí majestuosa, iluminada de la excelsa razon por la luz que del hombre en la mirada riela, al corazon purísimos anhelos inspirando y en pos de la verdad al pensamiento intrépida lanzando, vive la *Libertad*.

Y esa incógnita dulce y adorable que en volcánico amor enciende como al siervo miserable al villano opresor; que al pueblo en defenderla bravo y fuerte, dichoso hace existir y en agonía estática, sin muerte al cobarde gemir, no es diosa, ni mujer, segun errando, dijiste poco há, sus óclicas virtudes ensalzando: es, hijo mio, la...

Pero ¡precio de mí de la alta ciencia iba, loco, á exponer arcanos que á tu tierna inteligencia no es dado aún comprender.

¡Oh Dios inexcrutable y sacrosanto! ¿por qué has de consentir que del hombre en la mente tarde tanto la verdad en lucir?

Niño, paciencia ten, calma el fogoso indagador afán que de tu pecho surge impetuoso cual lava de un volcan.

Pero extinguir no dejes inocente, esa antorcha, almo bien,

de ciencia y heroísmo pura fuente, nuncio de glorias cien.

Amoroso, consérvala encendida y ella el faro será que á la velera nave de tu vida puerto señalará.

Llega á la juventud en fausta hora, y entonces conocer lograrás los hechizos que atesora esa gentil mujer.

Los que antes la ocultaron y de enojos llenándote aún están, la gloria de ponerla ante tus ojos á disputarse irán.

Ufanos mostrárate sus preseas y con plausible fin de *ella* querrán que hasta la muerte seas bizarro paladin.

Hasta ese día aguarda; por ahora... bástate con saber que es ¡ay! una *extranjera* bienhechora de sin igual valer, que veces mil en nuestra España bella se quiso *avencindar*, y de esquilmo *transeunte* en ella nunca logró pasar.

J. R. GALLINAR.

## ¡CHIST!

## I

¡Tengo yo un ángel tan bello!  
¡con unos labios tan rojos!  
Negros, muy negros los ojos,  
rubio, muy rubio el cabello.

Junto á la cuna yo miro  
su faz dormida y serena,  
más blanca que una azucena,  
más suave que un suspiro.

En su rostro angelical  
brilla el alma candorosa,  
como el boton de una rosa  
en un vaso de cristal.

Venid, en su boca vierte  
el sueño blanda sonrisa.  
¡Eh!... no vengais tan de prisa;  
callad, que no se despierte.

## II

¿No veis con qué gracia va  
la tierna boca entreabriendo?  
Pues siempre que está durmiendo,  
siempre sonriendo está.

Tiene poco más de un año...  
No la beséis... duerme ahora,  
y al despertar siempre llora  
como si la hicieran daño.

Mirándola estoy dormida,  
y me estoy mirando en ella.  
Yo la veo como una estrella  
en la noche de mi vida.

¡Hermosa niña! ¡qué suerte  
le guardará la fortuna!  
No movais tanto la cuna;  
callad, que no se despierte.

## III

Es un ángel de hermosura  
de esos que una madre sueña;  
¡tiene la faz tan risueña!...  
¡y la mirada tan pura!...

¡Con qué indefinible anhelo  
miro su tez sonrosada!  
Es un alma desterrada,  
sí, desterrada del cielo.

Más bajo... no habéis tan fuerte;  
no turbeis su sueño blando;  
¡sueña! ¿Qué estará soñando?  
Callad, que no se despierte.

JOSÉ SELGAS.

## MODUS VIVENDI.

Dicen los hombres á coro  
que este mundo es un fandango,  
y yo repito y sostengo  
que es un fandango muy caro.

Porque si bien se examina  
y si se piensa despacio,  
se verá que en este mundo  
desde el rey hasta el villano  
(y yo llamo villanía  
al no tener un ochavo),  
desde que al hombre lo nacen  
hasta que va al Campo Santo,  
su vida entera la pasa  
por su desdicha pagando.

Apenas abre los ojos  
y ya han de aflojar los cuartos  
padres, padrinos ó deudos  
para que se haga cristiano.

No mama si á la nodriza  
no la pagan al contado;  
no aprende nada, si nada  
paga al que puede enseñarlo,  
y así que á hombrar empieza  
y cumple justos veinte años,  
que es la edad en que presume  
de calavera y de guapo,  
como no suelte la mosca

ha de ir á poder de un cabo  
que le haga formar en fila  
y le haga sudar el rancho.

Si se casa, entre curiales,  
presbíteros y monagos,  
le sacan lo que no tiene  
para pagar ese estado,  
que aunque lo dieran de balde  
resultaría muy caro.

Si ejerce cualquier oficio  
paga tributo tan alto,  
que si por un lado gana  
lo pierde por otro lado.

Si lo emplean, el descuento;  
si hereda, los mayorazgos;  
si es propietario, el tributo;  
¿pleitea? papel sellado;  
¿describe? sello indudable;  
¿viaja? su tanto al Estado;  
¿le condecoran? derechos;  
¿compra? hipoteca y letrados;  
si está enfermo, medicina,  
y si contrata, honorarios.

De la muerte nada digo,  
pues yo tengo averiguado  
que hay quien envejece adrede,  
porque el morir es más gasto.

Agréguese á lo que digo  
—y todo ello es necesario—  
lo que por gusto ó por vicio  
diariamente pagamos;  
y entre mujeres, caprichos,  
golosinas y regalos,  
lujo, vanidad, parientes,  
deudas, gabelas, atrasos,  
compras, viajes, diversiones,  
y limosnas y *sablazos*,  
raro es quien teniendo doce  
no se gasta veinticuatro,  
los ricos por que se sepa,  
y los pobres por gastarlo.

¿Qué habrá de balde en la vida,  
valle que acaba en pantano,  
á no ser los mil disgustos  
que imbéciles nos buscamos  
creyendo que son placeres  
para que resulten vanos?

Por eso un vecino mio,  
que está más pobre que chato,  
(y advierto que las narices  
se las quitó de un balazo  
un primo de su señora  
que se la llevó á unos baños  
y no ha vuelto á saber de ella  
desde el año treinta y cuatro),  
me decía la otra noche  
entre riendo y llorando,  
que esta vida lastimosa  
debe de pasarse á tragos.

—Yo me entiendo y Dios me entiende,  
repetía el tal don Pablo,  
que ha pasado más tormentas  
que un falucho de tabaco.  
Contra penas, vino seco;  
contra duelos, vino blanco;  
contra tristeza, *mollate*;  
contra angustias, *latigazo*.

Ríase usted de consuelos,  
no crea usted en milagros,  
desconfíe de los hombres  
y á las mujeres, cambiazlo:  
todas las penas del mundo  
se encierran dentro de un vaso:  
la cuestion está en beberlo,  
y al que se muera, enterrarlo.

¡Cuántas veces aburrido  
me encierro en mi cuarto cuarto,  
y oyendo llover afuera  
me obsequio yo y me regalo  
y con la botella en frente,  
y encendiendo mi cigarro  
chupando y bebiendo solo  
la noche entera me paso!

Allí me doy una orgía  
*unipersonal* y á tragos,  
y voy echando mi cuenta  
y siempre salgo alcanzado.

¿A qué he venido yo al mundo?  
¿qué papel es el que hago?  
el de pagar al casero  
y el de vivir de milagro.

Pues venga á nos el tu reino,  
quiero decir, el tu rancio  
negro mosto que adormece  
las penas en que me abraso;  
y mientras duren las sombras  
en que envuelve mis trabajos,  
esas horitas de ménos  
serán las que habré pasado.

Así mi vecino entiende  
la vida y sus sobresaltos,  
y á fé que razon le sobra  
si yo con él no me engaño.

Porque entre pitos y flautas,  
desazones y trabajos,  
fatigas y contratiempos,  
dolores y desengaños,  
no sé qué fandango es este  
de que he oido hablar tanto  
y que yo no bailé nunca  
porque me sale muy caro.

Venga, pues, la guitarrilla,  
saca niña el blanco jarro,  
vaya una copla de sangre

y echa las piernas por alto,  
y todo el que tenga penas  
venga á sentarse á mi lado  
que voy á echar un romance  
por cima del *Verbum caro*,  
pregonando *la sistema*  
de vivir bien y barato.

Nadie que llegar á viejo  
quiera en este mundo bajo,  
se tome penas por nada  
ni le dé gustos el diablo.

Las horas que tiene el día  
vivirlas hay á destajo;  
las de pesares, de prisa,  
las de alegrías, despacio.

La salud hay que guardarla  
bajo cuarenta candados,  
y en viendo al médico cerca  
recibirlo á farolazos.

Por las mujeres que viven  
hartas de dar desengaños,  
y cuanto más se las mima  
más disgustos dan al año,  
no hay que tomarse disgustos,  
no hay que tomarse cuidados,  
que con tomarlas á ellas  
hay bastante para el caso.

Nadie se ocupe ni mucho  
ni poco, ni así, ni asado,  
del Gobierno, que es *monserga*  
que suele dar muy mal pago;

¿Mandan los verdes? Corriente,  
¿Mandan los rojos? Andando.  
¿Mandan los blancos? Me alegro.  
¿Mandan los negros? ¡Comamos!

Oh! qué feliz el que puede  
ver la comedia en su palco,  
sin saber lo que sucede  
por dentro del escenario!

De los negocios, que al hombre  
quitan sueño, dan cuidados,  
le hacen helarse en invierno  
y achicharrarse en verano,  
hay que elegir desde luego  
los más pingües y más sanos,  
que son los que se hacen pronto  
sin exposicion ni daño:

comprar á muy bajo precio  
para vender luego caro;  
prestar á ochenta por ciento  
con diez firmas y escribano;  
aprovechar muchas gangas,  
desplumar á los incautos,  
evitar siempre dar liebre  
para procurar dar gato;

acertar el premio gordo  
y no descuidar los flacos,  
casarse con hembra rica,  
heredar á un millonario,  
jugar para no perder,  
introducir contrabando,  
tener á su padre alcalde  
y administrar mayorazgos,  
siempre han sido en esta España,  
de corazones hidalgos,  
caminos muy espeditos  
para hacer en breve plazo  
lo que en la vida de un hombre  
no logró nunca el trabajo.

Con esto, y con tener siempre  
carácter alegre y franco,  
sonrisas para los ricos,  
desdén para los tronados,  
manos para quitar motas,  
piés para escribir diarios,  
la voluntad movediza  
y flexible el espinazo,  
se llega donde se quiere,  
se arma un hombre en un verano,  
domina la situacion,  
hácese del mundo el amo,  
y le celebran los propios  
y le envidian los extraños.

Apréndase de memoria  
la leccion, el desdichado  
que por torpe ó por medroso  
no sale nunca del paso  
y si no le resultare  
como le tengo anunciado,  
convéznase, y no lo dude,  
de que es un tonto tan sándio,  
que no merece la suerte  
de ser español de ogaño.

EUSEBIO BLASCO.

## AL ÁNGEL DE MIS AMORES.

Me ama con el candor y la ternura  
de su alma de mujer, casta y sincera;  
y es su pasion tan grande y duradera  
como mi eterna y triste desventura.

Sólo su amor angelical procura  
templar la sana de mi suerte fiera,  
y ella feliz sería si pudiera  
comprar con su existencia mi ventura.

Cada suspiro que mi pecho exhala  
lo riegan con cien lágrimas sus ojos,  
y son mis penas su angustioso duelo.

Ningun cariño á su cariño iguala.  
Ah! prosternaos con piedad de hinojos,  
¡que os hablo de mi madre... de mi cielo.

CÁNDIDO RODRIGUEZ PINILLA.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

**HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA**  
 Paris, 10, Rue St. Georges  
 Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.  
**BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO,**  
 Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.  
 Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.



**VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.**  
 NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1881.  
**PARA PUERTO-RICO Y HABANA.**  
 Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.  
 Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para **SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,** con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.  
 Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.  
 Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

**CÁPSULAS y GRAGEAS**  
 De Bromuro de Alcanfor  
**del Doctor CLIN**  
 Laureado de la Facultad de Medicina de Paris.—PREMIO MONTYON.  
 Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vértigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.  
 Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantía en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C. y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

**CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS**  
 Preparadas por el Doctor CLIN.—PREMIO MONTYON.  
 Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Glúten, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Blenorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.  
 DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DÍA.  
 Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.  
 Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C. y la Medalla del PREMIO MONTYON.

**GRAGEAS, ELIXIR y JARABE**  
 DE  
**Hierro del Dr Rabuteau**  
 Laureado del Instituto de Francia.  
 Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginosos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Extenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Ampobrecimiento y la alteracion de la Sangre á consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.  
 LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.  
 EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.  
 JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.  
 El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.  
 ACOMPAÑA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.  
 Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantía la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C. y la Medalla del PREMIO MONTYON.  
 El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

**PILDORAS BOILLE**  
 de BROMHIDRATO de QUININA de BOILLE  
 Contra el Reumatismo diatésico y gotoso las Calenturas intermitentes, las Neuralgias, las Neurosis (Jaquecas), etc.  
 El Bromhidrato de Quinina de Boille es el de que se ha hecho uso exclusivo en todas las esperiencias que han tenido lugar en los Hospitales de Paris y de Francia.  
 EXIJE LA FIRMA DE  
 Depósito en Paris: E. BOILLE, 22, calle de la Bruyère.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba —Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniese y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet Maria Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

**VENDAJE ELECTRO MEDICAL**

INVENCION CON PRIVILEGIO DE 15 AÑOS, s. g. d. g. de los Hermanos MARIE, Médicos-Inventores, para la cura radical de las Hernias mas ó menos caracterizadas.—Hasta el día, los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener las hernia. Los Hermanos MARIE han resuelto el problema de contener y curar por medio del VENDAJE ELECTRO-MEDICAL, que contrae los nervios, los fortifica sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo.—GABINETE: rue de l'Arbre-Sec, 48, PARIS. Vendaje sencillo: 25 frs.—Indicar el costado.—Exigir la firma del inventor.

BANCO DE ESPAÑA.

Situacion del mismo en 31 de Marzo de 1881.

ACTIVO.		Pesetas. Céntimos.
Efectivo metálico.....	108.550.377'22	
Caja, de plata.....	3.818.613'57	115.971.991'30
Id. de oro.....	1.789.084'51	
Efectos á cobrar en este dia.....	1.813.916	
Efectivo en las sucursales.....	80.994.311'33	
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero....	36.786.951'06	122.780.793'64
Idem en poder de conductores...	7.999.531'25	
		238.752.784'94
Cartera de Madrid.....		367.772.659'07
Idem de las sucursales.....		97.994.071'28
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....		384.638'71
Bienes inmuebles y otras propiedades.....		3.756.494
		708.660.648

PASIVO.		Pesetas. Céntimos.
Capital.....		100.000.000
Fondo de reserva.....		10.000.000
Billetes emitidos en Madrid.....	106.758.100	271.924.475
Idem id. en las sucursales.....	165.166.375	
Depósitos en efectivo en Madrid.....		39.288.945'75
Idem id. en las sucursales.....		12.103.035'43
Cuentas corrientes en Madrid.....		151.438.747'19
Idem id. en las sucursales.....		56.963.804'57
Dividendos.....		2.990.796'03
Ganancias y pérdidas. } Realizadas.....	3.715.343'02	6.077.778'61
	2.362.435'59	
Intereses y amortizacion de billetes hipotecarios.....		1.092.340'15
Amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série interior.....		343.222'50
Idem id. de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série exterior.....		2.831.120
Idem id. de las obligaciones, ley 11 de Julio 1877.....		194.907'80
Idem id. de los bonos, emision 1.º Abril 1879.....		1.582.798'75
Reservas de contribuciones para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 3 Junio 1876.....		17.555.146'82
Idem id. para pago de amortizacion é intereses de los bonos, emision de 1.º Abril 1879.....		9.196.046'01
Fondos recibidos de Aduanas para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....		4.369.656'86
Diversos.....		20.307.826'53
		708.660.648

Madrid 31 de Marzo de 1881.—El Interventor general, Teodoro Rubio.—V.º B.—El Gobernador, Antonio Romero Ortiz.

BANCO DE ESPAÑA.

Desde el lúnes 4 del actual, y previa exhibicion de los correspondientes resguardos de depósito, se satisfarán por este Establecimiento los intereses de los valores que á continuacion se expresan.  
 Billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, trimestre de 1.º de Abril de 1881.  
 Cédulas hipotecarias del Banco Hipotecario de España, semestre de 1.º de Abril de 1881.  
 Madrid 2 de Abril de 1881.—El secretario, Manuel Ciudad.

sobre los productos de la renta de Aduanas creadas por virtud de la ley de 25 de Junio de 1878, se avisa á los tenedores de esta clase de valores, que desde mañana 30 del actual pueden presentar en las oficinas de este Establecimiento, y bajo facturas que al efecto se les facilitarán, los cupones del trimestre que vence en 1.º de Abril próximo, y las obligaciones amortizadas en el referido sorteo para el señalamiento del día en que habrá de realizarse su pago.  
 Madrid 29 de Marzo de 1881.—El Secretario, Manuel Ciudad.

Publicado en la Gaceta de Madrid correspondiente al día de ayer el resultado del sorteo de las Obligaciones del Tesoro de la isla de Cuba, Desde el día 6 del actual, y previa exhibicion de los correspondientes resguardos de depósito, se satisfarán por este establecimiento los in-

tereses de los valores que á continuacion se expresan:  
 Obligaciones del empréstito de la villa de Madrid.—Anualidad de 31 de Enero de 1881.

Obligaciones hipotecarias especiales del ferro-carril de Alar á Santander.—Semestre de 1.º de Abril de 1881.

Obligaciones del tranvía de estaciones y mercados.—Trimestre de 1.º idem.

Obligaciones del ferro-carril de Tudela á Bilbao.—Semestre de 1.º idem.

Obligaciones del ferro-carril de Córdoba á Málaga.—Idem de 1.º idem.

Obligaciones del ferro-carril de Asturias, Leon y Galicia.—Idem de 1.º idem.

Madrid 5 de Abril de 1881.—El secretario, Manuel Ciudad.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.

Préstamos al 6 por 100 en metálico.

Deseo este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés desde el 1.º de Febrero próximo pasado. El Banco comprará las cédulas.

Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 6 por 100 en metálico.

Las condiciones comunes á otros son las siguientes:

Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

La cantidad destinada á la amortizacion varia segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.

LA AMÉRICA

Año XXII

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos. En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.º